

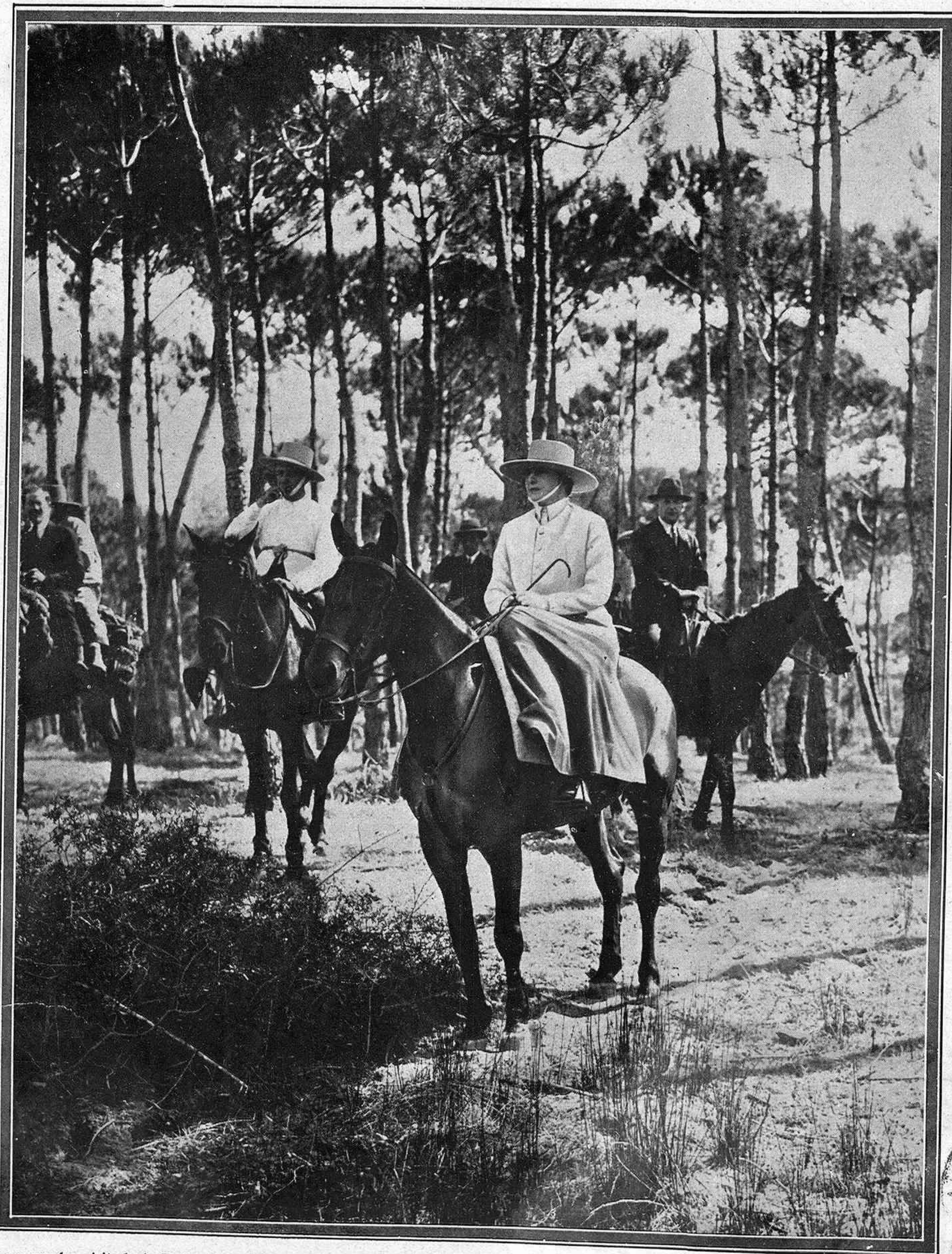
La Esfera

AÑO XIV.—NÚM. 696

MADRID, 7 MAYO 1927

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



Por primera vez ha visitado la Reina Doña Victoria el magnífico Coto de Doñana, propiedad del Duque de Tarifa. Para celebrar ese hecho se organizó una batida de jabalíes, muy del agrado de nuestra Soberana, quien lució su gentilísima figura vestida con el indumento típicamente andaluz
(Fot. Campúa)



La bellísima señora de Navarro Montalvo, esposa del agregado de la Embajada de Cuba en España y figura de distinción aristocrática, que prestigia con su elegancia los salones donde se reúne la alta sociedad madrileña (Fot. Calvache)

CRÓNICA MUNDANA

LA tierra de Don Juan es, durante el mes de Abril, uno de los grandes centros cosmopolitas. Las grandes modistas parisinas crearon sus modelos de primavera para «presenciar las primeras elegancias de Biarritz, el cortejo de las procesiones en Sevilla *et pour voir neiger les pommiers en Normandie*», dice la más sugestiva de las revistas francesas: *Vogue*. En el Real

de la Feria, en las ventas típicas, en las corridas de toros y en los bailes á bordo de los grandes barcos, coinciden la Princesa de la Tour d'Auvergne, la condesa Gerard de Rohan, el millonario Rothschild, Antonio Moreno, el *as* de la pantalla; los grandes duques de Rusia; *Bombita*, el ex matador...; el novelista Pierre Plessis...

Dos días en la capital de Andalucía nos dieron

una visión breve y maravillosa de la Feria Sevillana. La plaza de toros, trepidante bajo el sol de una luminosidad incomparable, una copa de manzanilla en Eritaña, el rasgueo de la guitarra y la voz apasionada de un *cantaor* en los salones señoriales del Palacio de las Dueñas...

¡Cómo no ha de ser espléndida Sevilla en esta época del año en que los lugares más áridos cobran una inesperada belleza y todo adquiere un nuevo valor en la suavidad de los atardeceres prolongados!...

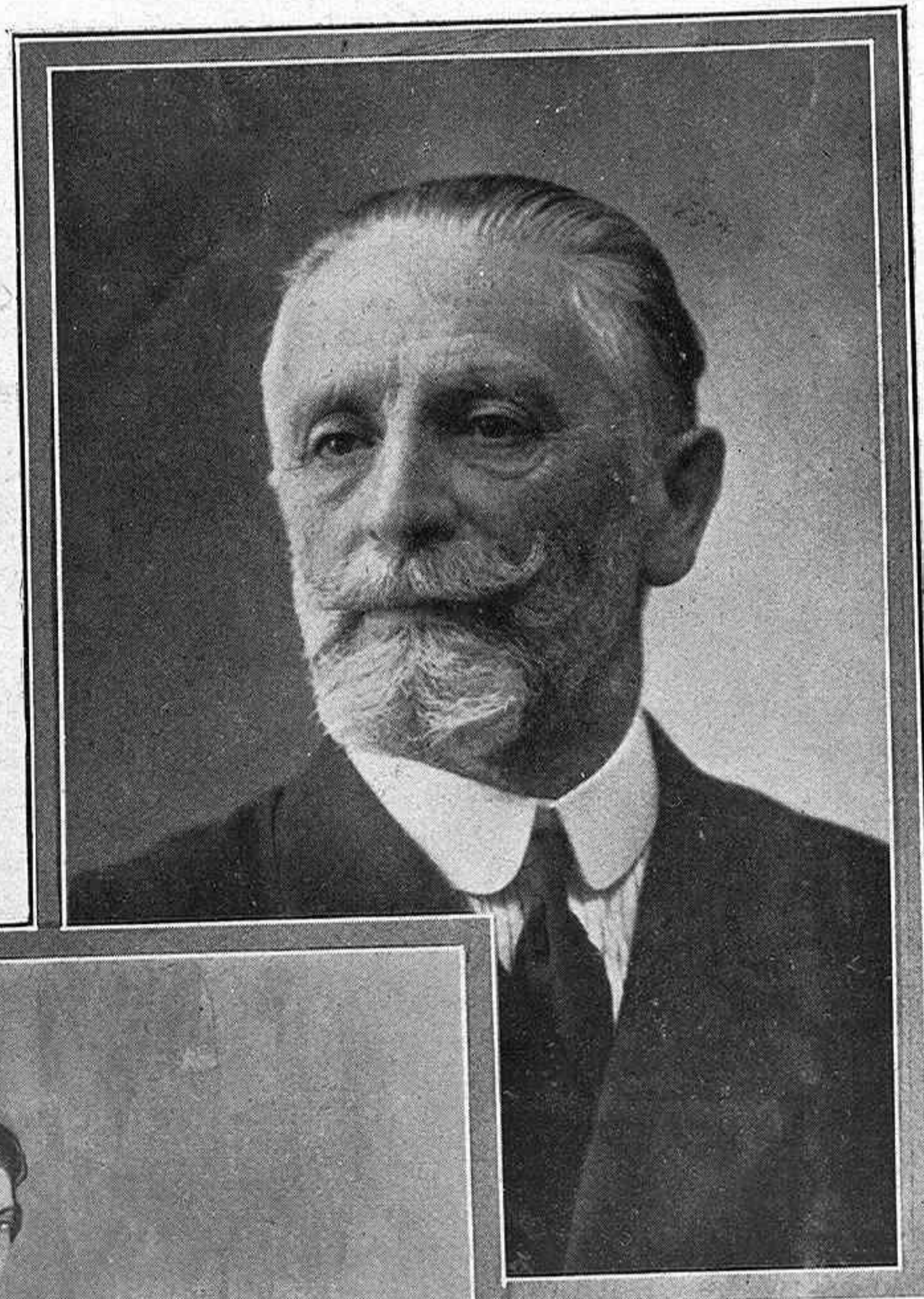
No sólo es preciso atender en estos días á nuestros amigos extranjeros, sino también á los amigos de nuestros amigos, que son también—pretende el refrán—amigos nuestros.

¡Cuántas cartas recibimos ahora concebidas en estos términos! «Le agradeceremos se ponga á la disposición de mi amiga la princesa A ó la condesa B, que llegará uno de estos días á Madrid. Usted sabrá enseñarles las maravillas de España y ayudarles á comprender el encanto de aquel país incomparable...»

Llegan las personas anunciadas, y nos vemos en un verdadero compromiso. Es necesario mostrarles algo que responda á la idea con que vienen dispuestas á ver España; la España presentida á través de *Carmen* y de Raquel Meller...

Inútil llevarlas á tomar el té en *Sakuska*, ni ofrecerles un almuerzo en el chalet del *golf*...

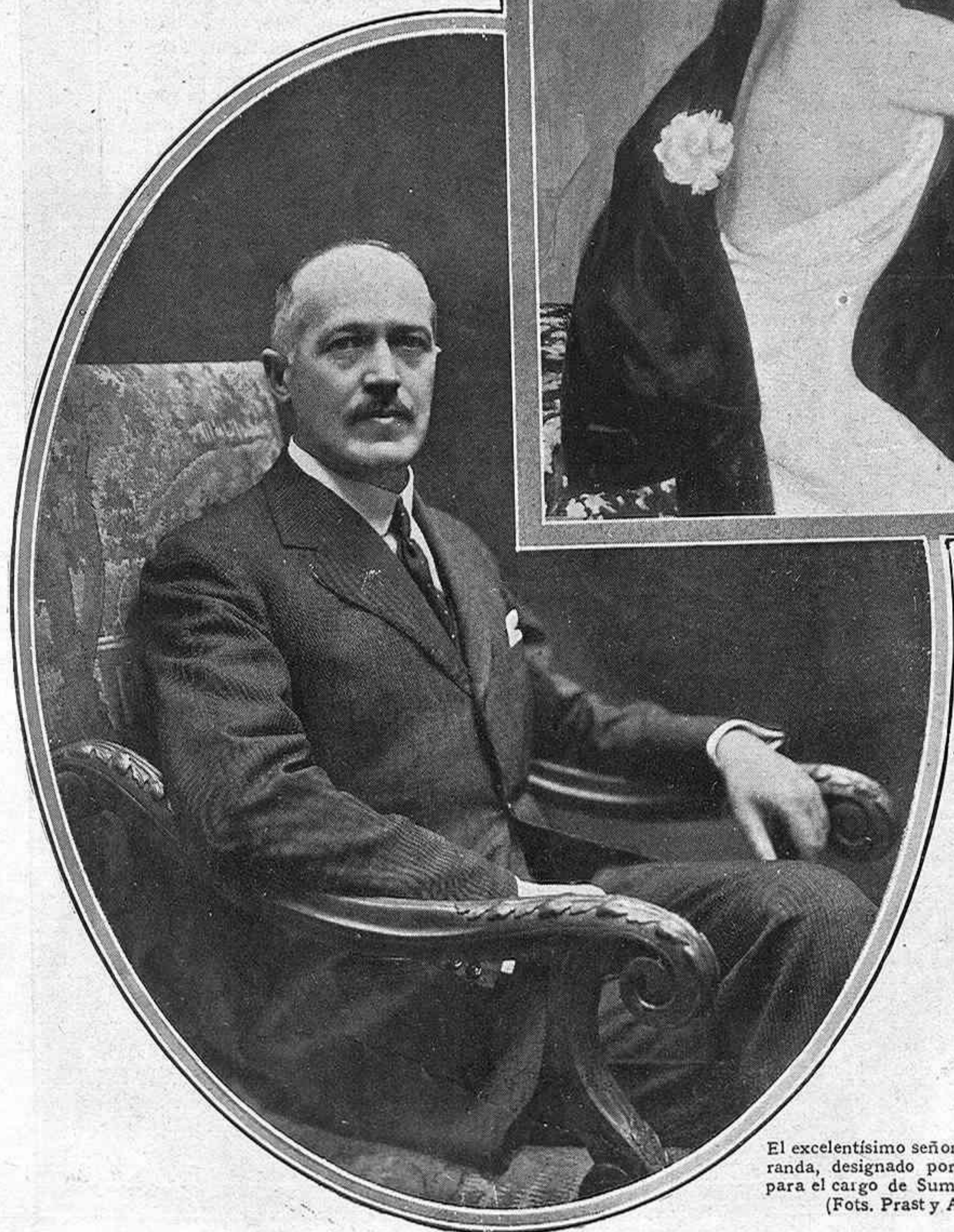
Son cosas desprovistas para los extranjeros de todo interés. Ellos vienen decididos en el fondo—aunque no lo confiesen—á encontrarse con Escamillo á la vuelta de una esquina, á ver muchas mujeres morenas luciendo una peineta y con un clavel en los labios, ni más ni menos que un anuncio de «Floralia»...



El excelentísimo señor conde de Maceda, nombrado recientemente Caballero y Montero Mayor del Monarca



Una bellissima dama extranjera que pasa actualmente una temporada en Madrid: madame Diehl. Este retrato es obra del pincel de la gran artista Helene Dufau y constituyó uno de los éxitos de la última Exposición celebrada en París



El excelentísimo señor duque de Miranda, designado por Su Majestad para el cargo de Sumiller de Corps (Fots. Prast y Alfonso)

«Desearía comprarme una capa», fué lo primero que me dijo un francés al llegar á la Corte. Era un día de Semana Santa, y no había en Madrid un sólo espectáculo. Las palabras del turista me dieron la solución del problema; algo imprevisto y típico, sobre todo típico, que podía hacerse en honor de un extranjero: llevarle á comprar una capa, y después de discutir precios con un tendero castizo, salíamos de una sastrería de la calle de la Cruz, embozado el francés—un vizconde con monóculo—en la más clásica de las capas españolas. Una comida á la luz vacilante de los candiles de «El Segoviano», una visita al café de la Magdalena, y creemos haber cumplido con el deber de proporcionar al extranjero la nota deseada de *couleur locale*... Nos queda un remordimiento, sin embargo. Acaso hemos contribuido con nuestra cortesía á acentuar la idea convencional, algo absurda, que de nosotros tienen los extranjeros...

¿No volverán á sus lares convencidos de que la vida española consiste en una comida indigesta y una juerga flamenca?...

AGUSTÍN DE FIGUEROA



Dos notas gráficas de la revolución china

Las presentes fotografías muestran, soslayando de momento la cuestión de la guerra civil en el Celeste Imperio, la influencia de las concesiones europeas, que han hecho de la ciudad de Shanghai una urbe típicamente europea, sin vestigios apenas de su clásica traza. Arriba descubrimos un paseo militar de la enseña estadounidense por las calles de Shanghai, y abajo la bandera nipona es paseada igualmente por las calles, táctica que siguen los países interventores en vista de las protestas que en otras ocasiones provocaron los desembarcos de las naciones protectoras. (Fots. Ma ín)



NUESTRAS ARTISTAS

LA CONCERTISTA
HERMINIA GAS

EL arte de la joven pianista Herminia Gas no puede pasar en silencio. Por las salas de conciertos barcelonesas, en las que, á igual que las de los demás sitios, poco se sabe más que condenar y ensalzar con «clichés» borrosos de puro usados, la bella concertista ha sorprendido en su actuación. Herminia Gas, para convencer al comprensivo auditorio de la Sala Mozart—y conste que á nosotros nos ha convencido sobradamente—, ha debido emplear una especial elocuencia en «desdoblar» las bellezas de los autores, en presentarlas á la atención vulgar para que ésta se fije, aprenda á oír y acabe por comprender y gozar de lo bello.

De Herminia Gas hay que hablar amparado en el elogio y sin regateos, puesto que lo que de ella nos encanta es la sensibilidad artística que posee, aunada á una comprensión así como á una intensidad que avasalla. La joven concertista es de las que somete los nervios de un auditorio á tensión y que en cuanto interpreta pone algo inconfundible.

Da mucho de sí el arte del piano; pero en él es preciso concentrarse. Es el sólo medio de lograr sutilizar, elevar y multiplicar las enormes expresiones. Por este camino se llega á exteriorizar cosas bellas, nobles, apasionadas, desconcertantes, impetuosas, románticas, castizas y regocijadas, que todo se halla en la inacabable literatura pianística.

Pues bien; Herminia Gas, que siente culto por la idealidad y que no ignora que en la música existen supremas cosas, sostiene por la intuición, unida á la comprensión, la superioridad de los autores. Su técnica, que es envidiable, le sirve á la notabilísima concertista para lograr las emociones. Pero, y ello debe tenerse muy en cuenta, demostrando al interpretar—como ahora lo demostró en sus conciertos de Barcelona—que sabe brillar por la sensibilidad tanto como por la inteligencia.

Así, y de esta manera, la señorita Gas interpreta de un modo digno y en un estilo sobrio y expresivo cuanto encierran clásicos, románticos y modernos. Bien está el goce que la música pueda producir en el oyente, pero lo importante en un intérprete es dar muestras ante todo de que se prefiere la verdad musical. Y de tal preferencia, así como de una marcada tendencia, que aplaudimos, á las grandes expresiones, la concertista catalana da visibles muestras.

Cuantos han oído á la señorita Gas ejecutar á Schumann, quedaron convencidos de que el fogoso romántico quedaba precisado de un modo delicioso, y que la maestría de la intérprete bastaba para conducir á puerto seguro las obras del coloso del piano. La crítica musical barcelonesa, que merecida fama tiene de difícil, ha reconocido en Herminia Gas á una concertista que poderosamente se destaca, y en la que ve á una intérprete de grandes vuelos.

Siente la señorita Gas franca tendencia por los compositores modernos y lo prueba integrando á sus programas á autores como Debussy, Scriabine y Max Reger. El perfecto mecanismo de la intérprete y la independencia en el ejecutar, bástanle para precisar á estos modernos compositores. Pero lo admirable de esta jovencita—diríais una niña—es la fina sensibilidad con que los interpreta, así como también es de notar, puesto que es de rigor el manifestarlo, que marca con poderoso relieve el diferente estilo peculiar de cada autor y que diferencia la personalidad de cada uno.

Ello, como á todos nos consta, no se logra más que poseyendo mucho talento y habiendo convertido la música en una religión.

Es dúctil su temperamento, y en su técnica, que es excelente, el auditorio sabe descubrir y apreciar algo más, mucho más que el tecleo de notas. Su presentación en la tanda de conciertos cuaresmales, en verdad que ha sorprendido. Estamos seguros que lo mismo sucederá cuando Herminia Gas se presente ante otros públicos. Las condiciones y calidades para vencer saltan á la vista, y en estos tiempos en que, por desgracia, el semitismo con visos de virtuosismo se ha adueñado de las salas de conciertos, es dable afirmar que jóvenes artistas de la categoría de la señorita Gas son indispensables en las audiciones, aunque no sea, aparte de otros méritos indiscutibles, más que para establecer remarkable diferencia entre lo que es joya ó bisutería.

Uno de los críticos barceloneses, después de oír á la señorita Gas en su último concierto de la Sala Mozart, que, por cierto, valióle un triunfo á la joven intérprete, dejó escrito lo siguiente, que bien merece ser reproducido:

«Herminia Gas es una pianista muy femenina, lo cual no es falta, en nuestro sentir, sino grandísimo mérito. La pianista que en cierto modo deja de ser mujer cuando interpreta y, por decirlo así, se neutraliza, comete muy grave pecado. El exquisito D. Juan Valera hubiera dicho que es una semisuicida. Cuando una pianista deja de ser femenil, se convierte en una marisa. bidilla del piano, cuando no en un marimacho.»

En cambio, Herminia Gas no quiere disimular sus cualidades de mujer. Y hace bien. Por algo dijimos que era una concertista dotada ampliamente de tanta comprensión como de sensibilidad é inteligencia.



HERMINIA GAS

Notabilísima pianista, que ha obtenido recientemente en Barcelona, en la Sala Mozart, un verdadero gran éxito artístico (Fot. Masana)



Herminia Gas, según un apunte del natural hecho por Opisso

RAFAEL MORAGAS



El gran Cecil B. de Mille, verdadera primera figura del arte cinematográfico, ha dirigido la nueva cinta «El rey de los reyes», en que se hace una admirable reconstitución de una interesantísima época histórica

CRONICA
CINEMATOGRAFICA

EL
NUEVO AMOR
DE
POLA NEGRI

YA ha llegado á los periódicos de España la fotografía en que Pola Negri y el príncipe Divani, juntos, sonríen á su nuevo amor. La crónica mundial ha re-

cogido y comentado la noticia de que en breve contraerán matrimonio la peliculara y el príncipe...

La noticia, en realidad, no necesita comentario. Hay en ella tal fuerza de sugestión, tal fuerza evocadora, que su simple enunciado lleva consigo la inevitable glosa. La noticia escueta es ya, de por sí, un magnífico comentario, sin necesidad de nuevas palabras ni inútiles encarecimientos.

¿Recordáis? No hace aún el año de aquella fecha... Rápidamente, cuando para él la vida, el arte y el amor eran una gran sonrisa, moría Rodolfo Valentino. El corazón de las mujeres del mundo estuvo unos días dolorosamente emocionado. Valentino era el artista de las mujeres. Era el ídolo lejano y bello en quien ellas prendían su pasión novelesca. Un coro de sollozos mundiales siguió a la muerte del *as*. En Norteamérica,

sinceridad, ó realmente se trataba de una farsa más en la artista que tantas farsas de dolor y de amor interpretó?

El tiempo comenzó á pasar, y aquel grito de dolor se fué haciendo eco, se fué perdiendo...

Y he aquí que, de pronto, se anuncia la boda de Pola Negri con el príncipe Divani. ¿El príncipe Divani?... Nosotros recordamos este nombre. Sí... Y lo recordamos, precisamente, unido al de Pola Negri y Rodolfo Valentino...

Ya conseguimos concretar el recuerdo. Fué en estas mismas páginas cinematográficas de la revista donde apareció, aun no hace un año, una fotografía, en que aparecían la artista de *film* Mae Murray y el príncipe David Divani de Georgia con Pola Negri y Rodolfo Valentino. Los dos



La bellísima Greta Nissen aspira con sonriente voluptuosidad el perfume de un ramo de ro-

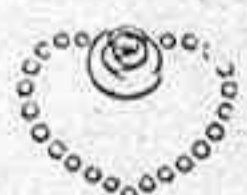
sas. Si no estuviera tan desacreditado el madrigal, cabía preguntar cuál era la rosa...

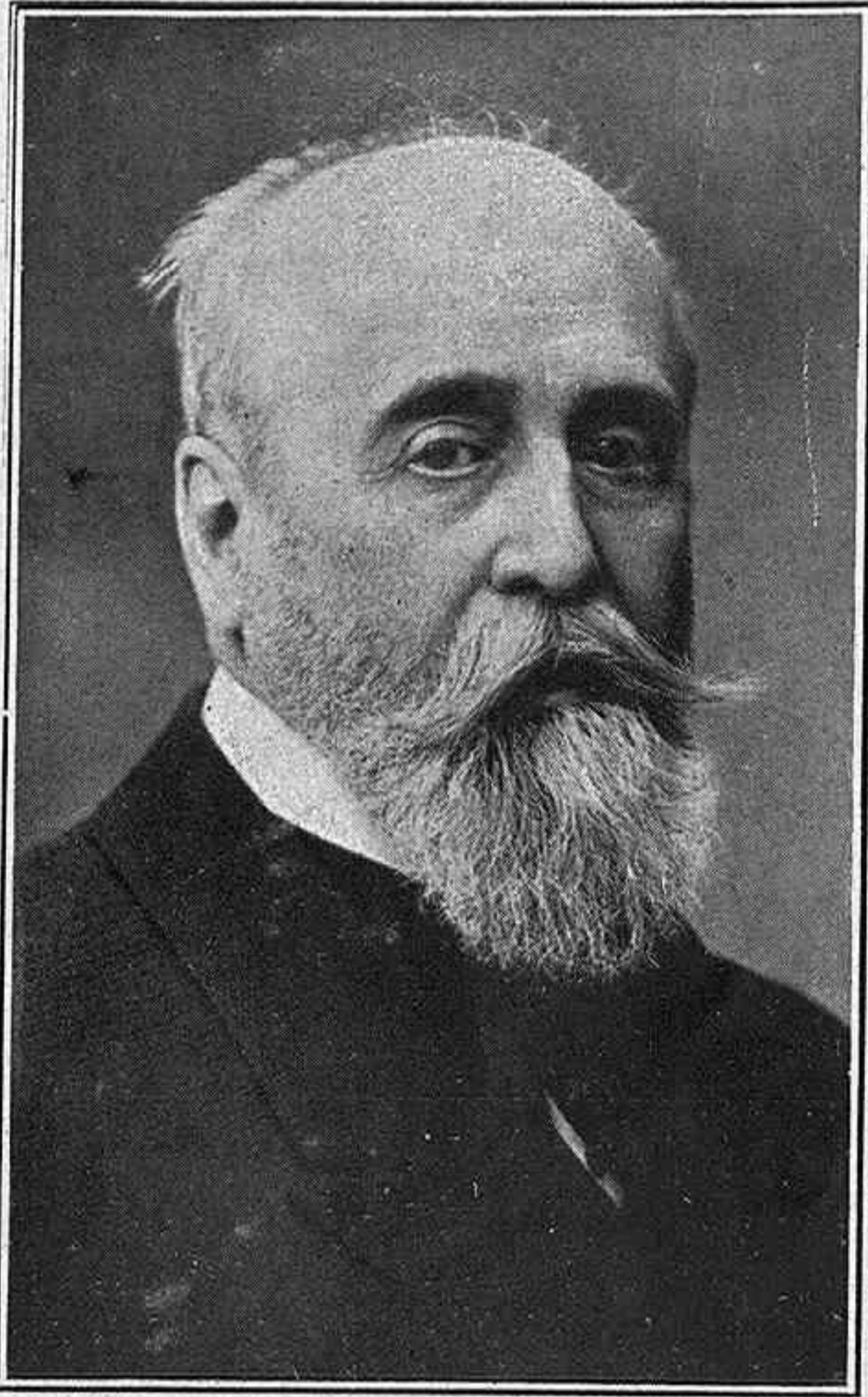
sobre todo, ese dolor adquirió formas teatrales, abultadas, hiperbólicas. Y sobre ese coro de dolores se destacó la angustia trágica, honda, inconsolable, de Pola Negri. ¿Recordáis, verdad?

Llegó á hablarse de que la artista se retiraría del mundo, en homenaje á aquel gran dolor. ¿Era aquella desesperación fruto de

primeros acababan de casarse, y habían sido padrinos de la boda Pola y Valentino... Ahora, la madrina de entonces se casó con el entonces esposo. Admirable... Pola Negri es una magnífica protagonista de esta película real. ¿Cuál será el desenlace de este *film* vivo en que han asomado sus rostros diversos el amor y la muerte?...

Pola Negri y el Príncipe Divani, que, según la crónica mundial, contraerán en breve matrimonio





D. SEGISMUNDO MORET

Fundador de la Asociación Española para el progreso de las Ciencias, cuyas asambleas presidió los años 1908, 1910 y 1911

SE ha dicho en repetidas ocasiones que para conocer la estructura y la vida interna de un pueblo ha de estudiarse su intrahistoria, su idealidad, la función que en su desenvolvimiento jurídico, político, ético y económico han ejercido y ejercen los pensadores, los pedagogos y los hombres de acción dedicados a dirigir y encauzar las multitudes.

En este respecto, en este enjuiciamiento, no puede negarse que en España ha sido, hasta ahora, bien menguada la eficiencia de los hombres de cátedra, de los publicistas y de cuantos más ó menos directamente se dedicaron al noble apostolado de elevar el nivel medio de las muchedumbres en todos los sectores de la sociedad.

Las multitudes, como los individuos, á medida que avanzan en el camino de su desenvolvimiento general, es indiscutible que sienten la necesidad de agregar á su acervo espiritual algunos valores científicos que vengan á constituir algo así como un oasis en la aridez de esta vida moderna tan prosaica y tan metalizada.

Por esto creemos que ha de mirarse con extrema simpatía la labor de los hombres de 1927 que han de intervenir en las actuaciones de estas Asambleas, cuya finalidad es bien altruista: despertar en todas las clases la curiosidad intelectual y procurar que los temas científicos ocupen un lugar preferente en nuestra ideología y en nuestra cultura general.

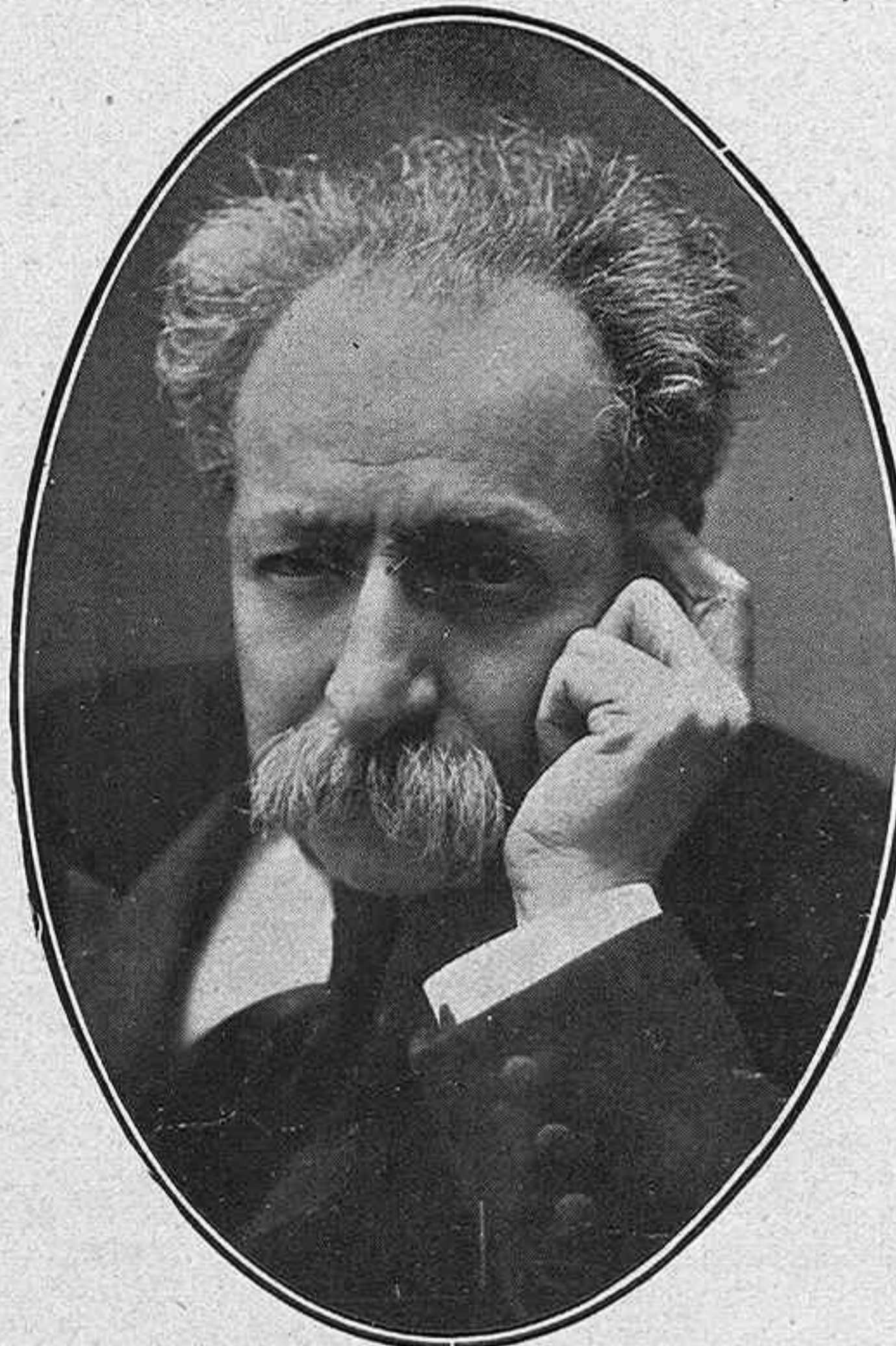
Es tarea difícil y espinosa, á qué negarlo, la de educar á las muchedumbres; pero no porque la Historia nos muestre con bastante frecuencia que fueron muchos más lo que se preocuparon de su propio encumbramiento y de la satisfacción de apetitos bastardos que del mejoramiento colectivo, no por esto debemos dejar de reconocer que también abundaron, y aún abundan, espíritus puros y desinteresados que se preocupan del bien general.

Y ahí tenemos á esos hombres que han organizado en Cádiz este Congreso para el progreso de las Ciencias, que no desmienten el abolengo racial de sus antecesores en la misión de organizar estas Asambleas científicas que vienen celebrándose desde el año 1908.

Don Segismundo Moret y Prendergast, aquel gran estadista, aquel gran político, fué el precursor y fundador de la Asociación española para el progreso de las Ciencias, y á su completo desarrollo contribuyeron hombres de tanta valía como D. Antonio Ríos Rosas, D. Luis Simarro, don Ignacio Bolívar, D. José R. Carracido, D. José

Por la cultura patria

Asociación Española para el progreso de las Ciencias



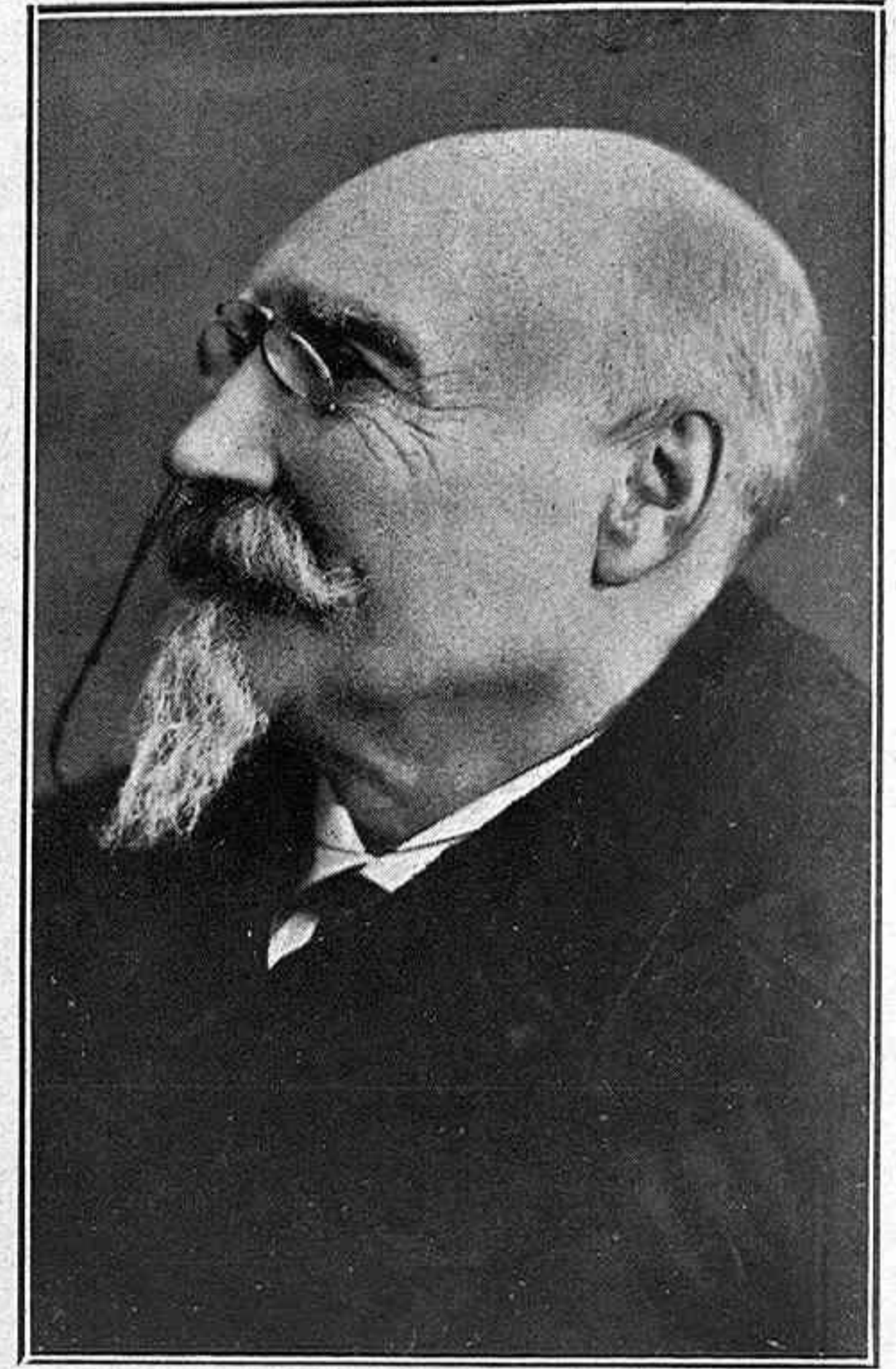
DOCTOR CARRACIDO

Presidente los años 1921 y 1923
(Fot. Padró)



VIZCONDE DE EZA

Presidente el año 1925 en Coimbra, y de la actual Asamblea que se celebra en Cádiz



D. JOSE ECHEGARAY

Presidente de estas importantísimas y culturales asambleas en los años 1913 y 1915

Echegaray, D. Gumersindo y D. Tomás Azcárate, D. Eduardo Dato, D. Santiago Ramón y Cajal, D. Leonardo Torres Quevedo, el conde de San Diego, D. Francisco Giner de los Ríos, D. Federico Oláriz y D. Eduardo Saavedra.

El primer Congreso de esta Asociación se celebró en Zaragoza el año 1908; el segundo, en Valencia, el año 1910; el tercero, en Granada, el año 1911; el cuarto, en Madrid, el año 1913; el quinto, en Valladolid, el año 1915; el sexto, en Sevilla, en 1917; el séptimo, presidido por SS. MM. Don Alfonso y Doña Victoria, en Bilbao, el año 1919; el octavo, en Oporto, en 1921; el noveno, en Salamanca, el año 1923, y el décimo y último, en Coimbra, el año 1915.

Tal es el brillantísimo historial que lleva á la undécima Asamblea de Cádiz, este año de 1927, la Asociación para el progreso de las Ciencias.

En la Guía del Congresista que ha repartido el Comité Central, su secretario general, D. Ricardo García Mercet, hace resaltar que los discursos inaugurales de estos Congresos, las conferencias que se pronuncian ó leen durante los mismos y las notas ó comunicaciones presentadas en cada sección, aparecen después reunidos en una serie de volúmenes que constituyen el resultado documental de estas Asambleas científicas, y la serie de tales publicaciones compone por sí sola una rica biblioteca, cuya importancia consideramos innecesario enaltecer, ya que colaboran en su formación los hombres de ciencia más prestigiosos de nuestro país y algunas celebridades de Portugal, Francia y Bélgica.

•••••

Nuestro Monarca, Don Alfonso XIII, cuidadoso como buen Rey de la cultura patria, ha prestado siempre sumia atención á estos Congresos, alentándolos con sus consejos y á veces con su presencia.

Este año, como aquel otro de 1919, en Bilbao, también Don Alfonso ha realizado con su presencia la sesión inaugural del Congreso de Cádiz, que así seguramente ha sumado una página más de gran relieve á su brillantísimo historial.

Y la población gaditana, la histórica y gloriosa Gades, puede afirmarse que dejará á gran altura su bien cimentado pabellón de ciudad culta y hospitalaria, que siempre y en toda ocasión ha sabido reunir en su murado recinto la elegancia y la espiritualidad en sus costumbres y en sus procedimientos.

José RECIO DIAZ

COMENTARIOS

DOS AMIGOS DE CARRETERA

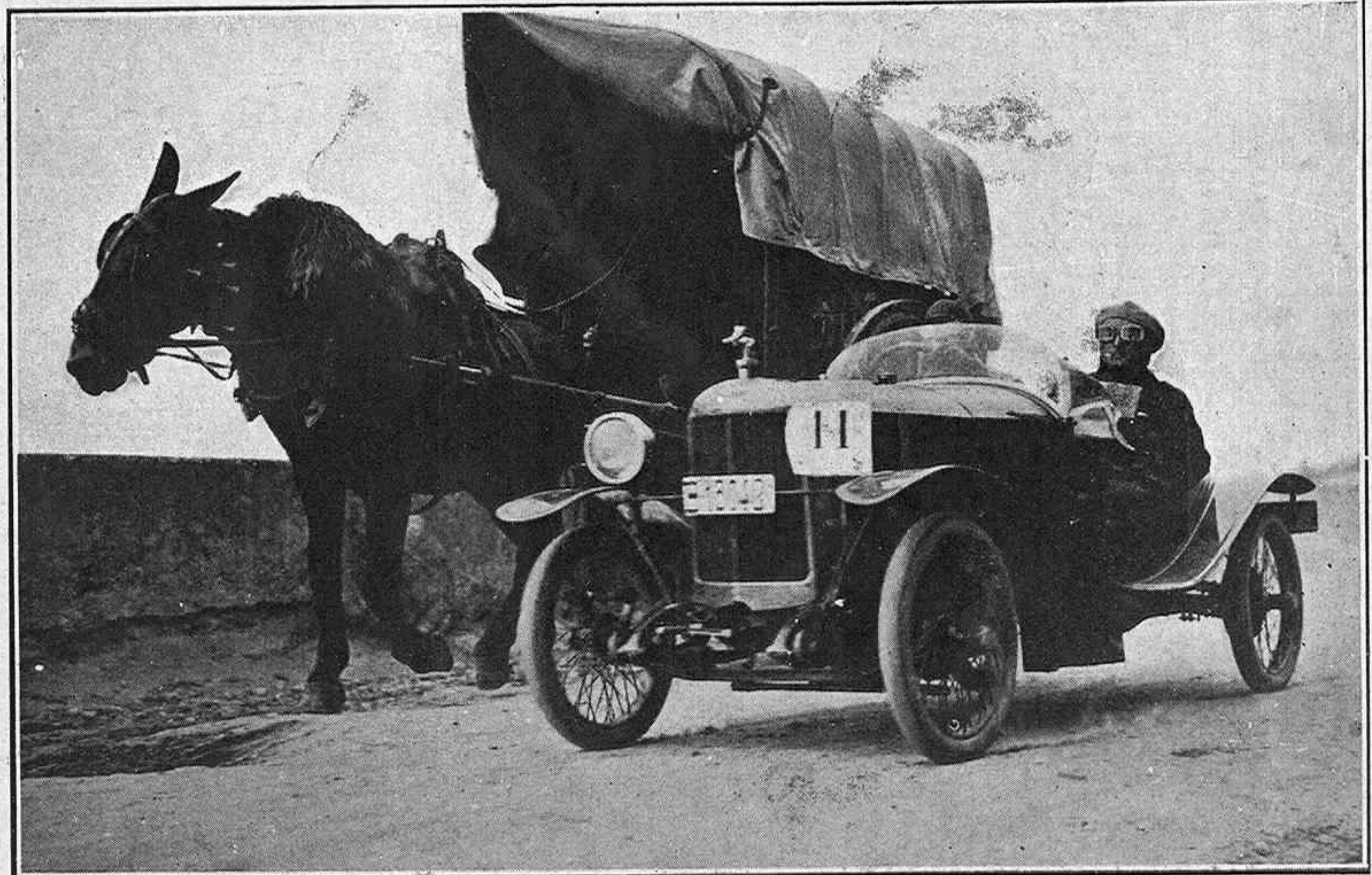
IBA el buen labriego dormitando muy tendido en el fondo de su carro, bajo el picudo toldo y sobre un montón de paja que cubre la tabla de los ejes. Fiado en la llanura del camino y en la costumbre del mulo, la molicie fué adueñándose de su cuerpo, apretando sus párpados y ofreciendo tentadoramente el zumo goloso de las vides desde la panza reventona de una bota de cuero.

La mañana, espléndida, no tenía más encanto para él que el calorcillo de su sol; el mulo, más filósofo, avanzaba lentamente, irguiendo alguna vez su cabeza como queriendo aspirar el aire, y deteniéndose en la cuneta, cuando un rincón embrujado le incitaba á pacer de su verdaje.

De repente, oyó á lo lejos un moscardón que alarmantemente se acercaba aumentando su ruido.

El mulo seguía su paso invariable. El carrero, incorporándose, masculló interjecciones inexplicables, asomó la cabeza y en unos segundos vió primero muy lejos, luego rozando la rueda, y en seguida perderse en el horizonte, una masa de hierro brillante, con un poco de cristal y unas cabezas de fenómeno que al pasar le miraron un instante.

El pequeño coche devorador de kilómetros y el clásico carro, que jamás tuvo prisa, son dos buenos amigos de carretera que han logrado, tras no pocas luchas que ha costado la vida á mucha gente, congeniar y conocerse. En cuanto se oye el moscardón lejano, el mulo se arrima á la cuneta, sin necesidad que el carrero le obligue; en el instante que á lo lejos divisa la silueta de un carro, el motorista desvía sus ruedas del posible roce.



El pequeño coche devorador de kilómetros y el clásico carro, que jamás tuvo prisa, son dos buenos amigos de carretera...
(Fot. Gaspar)

Y, sin embargo, esto tan sencillo, tan á la altura de cualquier inteligencia, ha sembrado de sangre las carreteras españolas porque los carreros iban—y van—durmiendo, de espaldas al deber y con la suprema inconsciencia de la ignorancia. Ha sido preciso que pasara el tiempo necesario para que los mulos aprendiesen su papel, más por propia domesticación que por indicación ajena.

El ruido del motor ha podido mucho más que las interjecciones del carretero, y racionalmente, el irracional—valga la paradoja—

ha comprendido que su mal estaba en apartarse de aquella sonoridad que unos momentos después le dejaba la carretera libre para que él sólo siguiera su marcha cansina de arrastrar un dormido.

Los dos amigos de carretera han tenido estos últimos años muy buenos triunfos; las estadísticas marcan un descenso notable en la columna de accidentes por choque, que cinco años atrás era aterradora. Los clubs motoristas han circulado felicitaciones á sus socios con este motivo.

Enhorabuena; pero no estaría de más que alguien se ocupase de felicitar á los mulos, ya que, lamentándolo mucho, no es posible hacerlo á los carreros, ni quien se haya atrevido á imponerles una sanción por sus negligencias censurables.

La fuerza que lleva el motor en su entraña está dominada por el volante que regula el hombre; la inteligencia del carro estriba en un instinto animal en que confía el hombre...

Necesariamente tenían que llegar á ser buenos amigos.

Es una eterna manifestación de las vidas paralelas desde Plutarco hasta nuestros días.

Entonces eran Agnonids y Arquestrato contra Focim, á pesar de Solm de Platea y Dinarco de Corinto; ahora son los cilindros, los caballos de fuerza, el cambio de marcha y las bujías sin engrasar contra el respingo de una bestia que no entiende más que su mal.

Siempre tuvo la culpa la molicie que aprieta los párpados, ofreciendo el zumo goloso de las vides sobre montones de paja, bajo picudo toldo y con caricia de mañana perfumada.

Los dos amigos de carretera son una página de nuestra historia.

VILA SAN-JUAN



He aquí un aspecto inesperado de las buenas relaciones en que se encuentran los antiguos motores de sangre y los nuevos motores de explosión...
Los caballos tienen ya, en California por lo menos, su «auto» especial, en el que salvan, sin fatiga, las grandes distancias
(Fot. Marín)

E L D E S E O

C U E N T O



CUANDO vino al mundo era tan menudita, que casi no se atrevía uno á tocarla.

Tenía una carita muy arrugada, unos cuantos pelitos, unas manos diminutas, con unos dedos que se movían como si fueran bichitos, y un cuerpecito chiquitín, chiquitín, que daba compasión.

Le pusieron en la pila María Teresa, y resultaba, en verdad, cómico un nombre tan largo y tan importante para tan poca cosa.

No lloraba nunca. No gritaba. Los padres decían:

— ¡Qué buena es!

Pero la enfermera que asistía á la mamá mo-

vía la cabeza sin comentar ni recalcar la frase. Pensaba que la niña no gritaba porque no tenía fuerzas bastantes para ello.

Las primeras veces que la sacaron de paseo, la gente se paraba á contemplarla debajo de sus tules, y las amas y niñeras hacían corro en torno á ese prodigio de menudencia y de fragilidad.

Todos pensaban que no viviría. Las amigas de la madre, cuando le hacían mimos, al besarla murmuraban:

— ¡Pobrecita!...

Y el médico que la había visto nacer no se atrevía á ocultar enteramente á los padres que no la podrían criar.

El hecho era tan patente, que ya nadie se recataba para decirlo, y hasta se anhelaba llegase el fin cuanto antes, puesto que fatalmente habría de llegar pronto. ¿Por qué acostumbrarse á querer á un ser que no ha de quedarse?

Pero los padres, tal vez porque no la veían tal como era, ó porque los padres quieren más apasionadamente á los hijos en peligro, los padres, pese á todo, en contra de todo, no perdieron la esperanza.

Tuvo todas las enfermedades que tienen los niños, y curó de todas, mientras otros de apariencia robusta no las lograron vencer. Ahora que de cada enfermedad salía todavía más grá-

cil, más poquita cosa. Así cumplió un año, luego dos; no andaba y dejaba caer la cabecita hacia atrás como harta de la vida... Le brindaban el aire y el sol como á planta de estufa. El termómetro regulaba no sólo todos sus paseos fuera de casa, sino incluso, dentro de ésta, el paso de una habitación á otra.

—Es una paradoja viviente—declaró un día el médico—. Cuando un organismo se defiende de tal modo, ya todo es posible, hasta lo imposible, hasta lo inverosímil. Sigán cuidándola. No desmayen. Yo, lo confieso, no entiendo una palabra.

Y la vida del padre y de la madre concentróse aun más intensa, más estrechamente en torno á la cuna.

Cuando cumplió los tres años se intentó echarla á andar. De cuatro, arrastrábase de una silla á otra. De cinco, ya anduvo sola. Fué una alegría inmensa, un frenesí; el primer triunfo, el primer fulgor de esperanza.

Y poco á poco María Teresa pareció vivir de veras. Un día tendió los brazos, otro se sonrió. Luego comenzó á hablar, y ya fué siendo como esos niños que, sin ser muy fuertes, son, sin embargo, casi normales.

Cierto es que los padres se avergonzaban todavía. Cuando les preguntaban la edad de su hija: cinco años, y no parecía tener más de dos ó tres. Pero ¿qué importaba eso junto á lo sufrido, junto á lo que se temía?

Poco á poco la personalidad también se fué formando. Ella, que nunca gritaba, aprendió— así, solita—á rabiar, á ser voluntariosa y caprichosa. En realidad, eran los suyos antes veleidades de caprichos que empeños verdaderos, pues no le dejaban lugar para desear nada. Apenas si fruncía las cejas y esbozaba un mimito, y ya estaba en brazos de alguien que le preguntaba:

—¿Qué quieres tú, di, rica mía?

Y el exceso de cariño privóla de este modo del primer placer de los niños: la rabieta. Así es que á veces lloraba por no tener por qué llorar. Sabía pocas cosas y pedía pocas; pero, para ella, dábale á cada palabra un significado nuevo. Cuando era más mala que un dolor, decían: «Está triste.» Pataleaba, y lo llamaban pupa. Y cuando exigía algo era que lo deseaba.

Sin comprender exactamente el porqué, no tardó en advertir que todo había de doblegarse ante ella. Allí no había más que una voluntad, pero soberana: la suya. Si, de raro en raro, alguien objetaba que aquellos eran ya demasiados mimos, el padre ó la madre afirmaban, con los ojos en blanco y toda la expresión iluminada por el éxtasis:

—¡Nunca bastantes!

Insensiblemente fué creciendo, desarrollándose; se le pintaron de carmín la boca y las mejillas blancas, y aconteció este milagro que nadie se hubiera atrevido á esperar: que llegó á ser completamente igual á los demás niños de su edad. Ya había tal costumbre de obedecerle en todo, que esta transformación no cambió nada. Siguió viviendo independiente, autoritaria, nunca contrariada ni contradecida, como potro sal-

vaje que no tuviera otra misión que brincar, comer y dormir. A veces iniciaba tímidamente el padre:

—Convendría, sin embargo...

Pero la madre cortábale al punto la frase:

—Hay tiempo. Es pronto aún.

Ya era una guapa chica, muy alta, robusta, que á los doce años no sabía leer ni escribir, y no sentía afición sino por vivir á su antojo, sin que nadie estorbara sus caprichos. Ahora los que preguntaban su edad, exclamaban:

—¡Qué alta! ¡Qué hermosa!

Lo cual halagaba su vanidad. No mucho, pues estaba sobradamente acostumbrada á la admiración general. Y el que la hubiera dicho que todos los niños no vivían como ella, que á su edad todos tenían obligaciones, incluso las niñas, la haría pasmado de asombro.

Cuando, por rara casualidad, se la contrariaba, por poco que fuese, tenía un modo de decir: «Todavía no me siento del todo bien», que ponía

—Vas á volver á París. Tendrás una institutriz. Estudiarás tus lecciones, aprenderás lo que te manden. Ya eres una pollita y has de vivir como todo el mundo. Claro está que procuraremos no cansarte, pero no hay más remedio. Hay que obedecer.

Quedó como avelada. ¿Terminarse aquella zanagería independiente, aquel no hacer sino lo que le placía? Una palabra, sobre todo, traspasábala como un puñal: *obedecer*. Era una palabra que, dirigida á ella, sonábale como vocablo exótico y hermético.

Intentó rebelarse. Rebeldía breve. No era nada tonta, y comprendió pronto que aquel no era el buen camino. Fingió, pues, someterse. Pero á los pocos días de su nueva existencia quejóse de dolores mal definidos, de una gran laxitud. Llamóse apresuradamente al médico, á ese mismo médico que la había visto cuando chiquitina. La reconoció detenidamente, muy detenidamente, y al despedirse dijo á los padres:

—¡Pura pamemal!

Se las da de enferma, mejor dicho, se las quiere dar, y no tiene nada. No tengan temor alguno ni vacilación alguna. ¡Qué demonio! Es preciso que sepa arreglarse en el mundo. Siempre no van ustedes á estar detrás de ella, y así como les decía que fuesen sus esclavos cuando no hubiera dado dos cuartos por su vida, así les afirmo hoy que si flaquean ahora cometen un verdadero crimen.

María Teresa prosiguió, pues, sus lecciones y dejó de quejarse. Pero permanecía horas y horas silenciosa, postrada, inmóvil, triste y dulce, demasiado dulce. Y, sin embargo, le pasaban aún infinidad de caprichos, intentaban distraerla, animarla por todos los medios humanos. Halagaban su coquetería; le hacían regalos y más regalos; le hablaban de posibles viajes... Ella seguía con su dulzura excesiva y su resignación.

Le preguntaban:

—¿Te duele algo?

—No...

—¿Quieres algo? ¿Deseas algo?

—No...

Y los padres se consumían porque no la veían reír nunca.

Un día, sentados junto á ella, preguntábanle por centésima vez:

—¿Te duele algo?... ¿Quieres algo?... ¿Quieres ir al teatro?... ¿Quieres un traje nuevo?... ¿Qué quieres? ¿Qué deseas?...

Y ella entonces, abriendo muy grandes los ojos, siguiendo en lontananza el recuerdo del tiempo feliz en que nada estorbaba su santísima voluntad; en que podía ir y venir á su antojo; en que dormía todo el día al pie de un árbol y se pasaba todas las horas del día correteando por los campos, según le placía; aquel tiempo feliz en que se sentía como mecida por una interminable, una eterna pereza, contestó, rotunda y arisca:

—Deseo estar enferma...

MAURICIO LEVEL

Traducido del francés por Margarita Nelken.

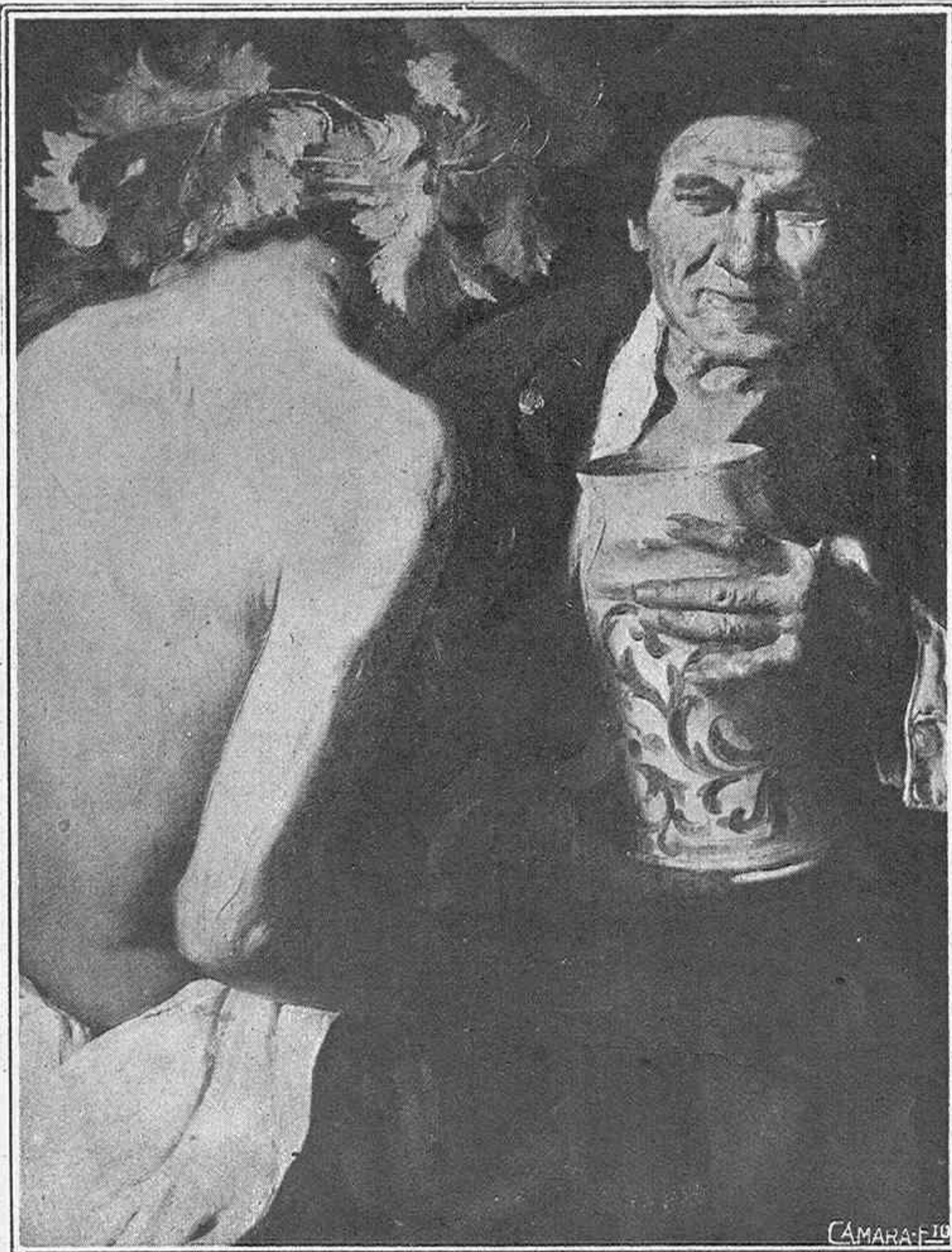
(Dibujos de Manchón)



punto final á la discusión. Pues sabía perfectamente en qué consistía el secreto de su nunca turbada dicha, y esgrimía, cual arma irresistible, su dolencia de antaño.

Empero, ya había entrado en los catorce años, y algunos parientes y amigos se atrevieron á hacer comprender al padre y á la madre que aquello no podía durar más tiempo. Les mostraron, con hartas pruebas, que su hija era una muchacha sana, fuerte, rebosante de salud como ninguna; mas tan alejada de las normas habituales de la existencia, que no tardaría en sufrir por ello. Hubo coloquios interminables, múltiples consultas de médicos. Fué menester auscultar á María Teresa, hacer saltar á María Teresa, hacer correr y toser á María Teresa. Uno se había hecho tan absolutamente á la idea de verla siempre mañucha, que no podía figurársela buena.

Al principio no distinguió muy bien hacia qué fin tenebroso se encaminaban todos esos discursos, todos esos reconocimientos, y se prestó á ellos sin gran oposición. Incluso no le disgustaba ver que se preocupaban tanto por su salud. Pero un día he aquí que sus padres anunciáronle con tono solemne:

UN PINTOR VALENCIANO **BARTOLOMÉ MONGRELL**

«Ofrenda á Baco»



«Retrato de niña»

ANTES de exponerlas en el Salón Vilches, de Madrid, presentó Bartolomé Mongrell sus obras en el Círculo de Bellas Artes de Valencia.

Fué allí, en aquel amable y discreto lugar, alcurniado por muchos años de positivo fervor artístico, donde vi primero estos lienzos tan saturados de valencianía.

Pudieron luego tener más espléndido albergue; serles consentidos más propicio espacio entre unos y otros para el oportuno reposo de la mirada; adquirir más dilatados ecos, según legítimo deseo del artista; pero en la sala pequeña del Círculo valenciano tenían, además del valor peculiar é intrínseco y del buen prestigio tradicional de la Sociedad que les amparaba, la condición esencial de ser expuestos en el propio ambiente donde fueron creados.

Podía el contemplador de las figuras que Bartolomé Mongrell ama para sus modelos y de los indumentos pomposos con que los viste, hallar, apenas traspusiera el umbral del Círculo y se mezclara al hervor

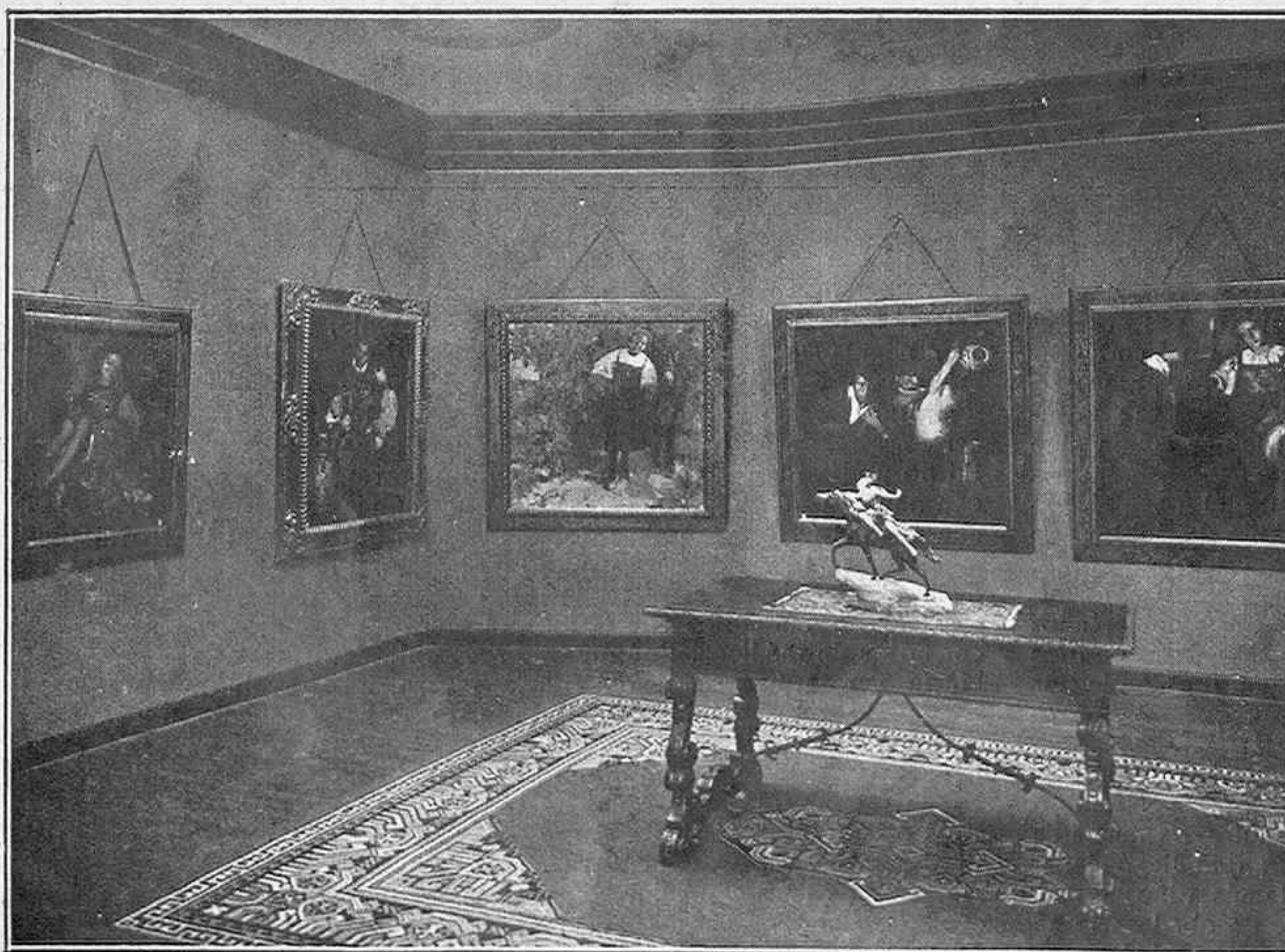
de las calles típicas, encontrar rostros fraternos y aun gemelos de los pintados; descubrir en los arcones familiares de la burguesía y aun de la gente de la huerta, trajes iguales á los que el artista siente el voluptuoso gozo de reproducir;

en las fábricas de tejidos —donde los antiguos telares movidos á mano aun resisten é incluso triunfan de la mecánica y la electricidad—hallar los ricos damascos, las áureas fantasías, los florecimientos esplendorosos de las sedas de colores combinados con la experiencia visual de los jardines inmediatos.

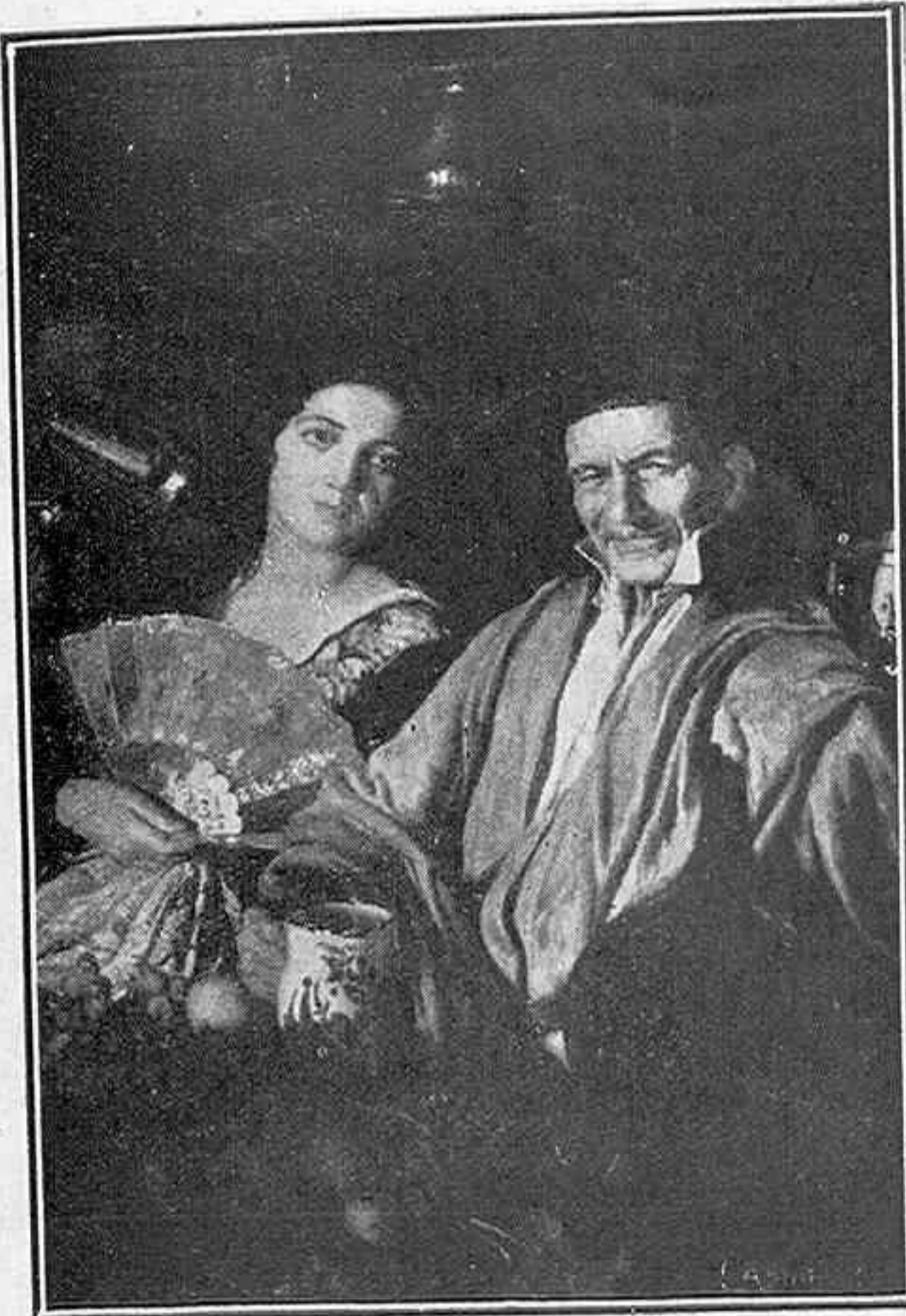
Encontrar, asimismo, le era fácil este sentido barroquizante, ese regusto de licor denso y aromoso que tiene la pintura de Bartolomé Mongrell en la obsesión ornamental y en el sabor sensual que se descubre en todos los aspectos de la vida valenciana. Instinto estético consubstancial del temperamento, ancestralia no desmentida de clasicismo mediterráneo, de molicie, fuego é inteligencia árabes.

Es, ciertamente, así como gusta ver á un pintor, bajo la luz que ilumina su arte, en contacto inmediato con las sugerencias que le atraen y con la vida viva de cuanto en sus lienzos se refleja.

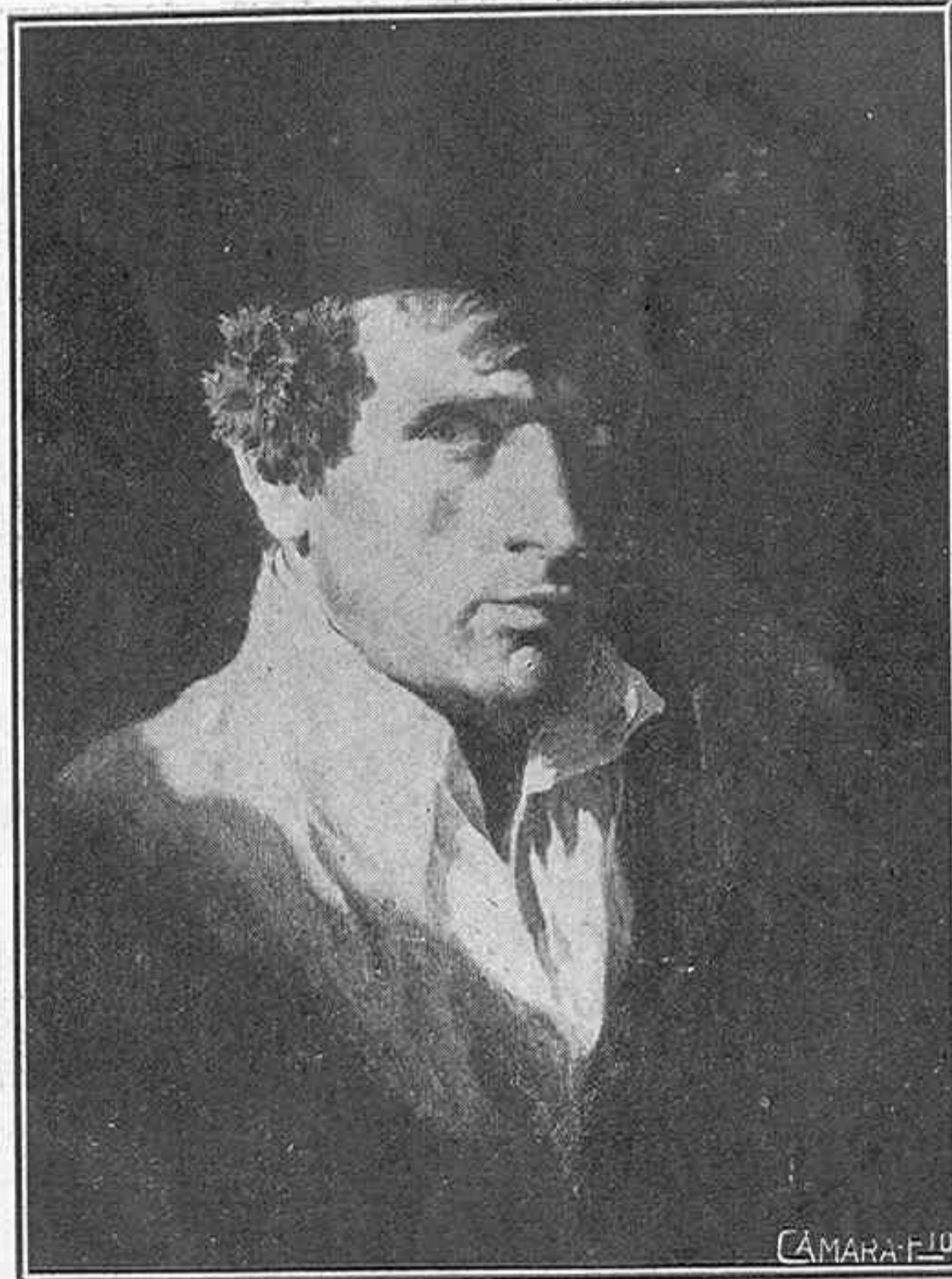
En Madrid, por ejemplo, y á pesar de la indumentaria de sus tipos característicos y de la semejanza de asuntos y



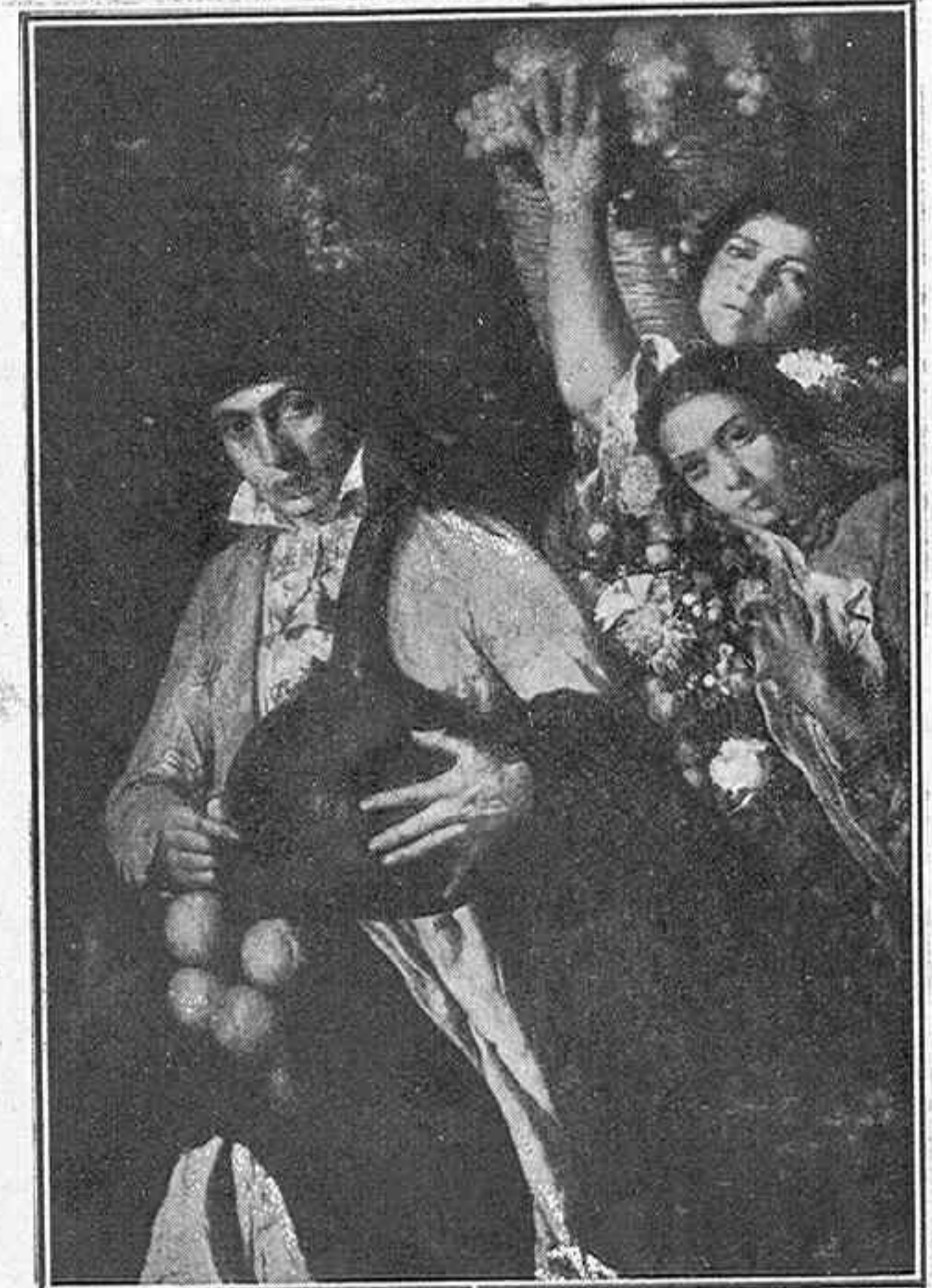
Una vista de la Exposición de Bartolomé Mongrell en el Salón de la Casa Vilches



«Alcalde y clavariesa»



«Tipo valenciano»



«A la fiesta»

composiciones con otros cuadros anteriores y admirados de José Pinazo, ha podido parecer menos entrañablemente valenciano de lo que en realidad es.

Bartolomé Mongrell diríase, en efecto, que, antes de los Ribalta y los Ribera, se preocupa de los Velázquez y los Murillo, por lo que se refiere á sus preferencias temáticas y cromáticas. Y que, buscándole antecedentes más directos, no está tanto en la línea directa de los sorollistas puros, como ávido de asimilarse las pegadizas lechosidades y charoladas calideces con que otros pintores procuran elegantizarse, á costa de su capacidad primigenia, sin lograrlo del todo.

Su pintura, pues, adolece de alguna melosa dulzonería que le barniza demasiado el arranque fuerte y viril de su espontaneidad; peca

también de afán de hacerla rica con un criterio de los detalles acumulados, de calidades densas, pesadas, donde se respira con cierto sofoco. Sus personajes habituales—chiquillas rubias vestidas con ropas de mayores y de abuelas; mozos flacos, cetrinos, que muestran insospechados torsos desnudos color de manteca rosada, ó visten las sedas y terciopelos del XVIII galán; viejos borrachines que copian los báquicos convencionalismos—, están como *metidos á la fuerza* en las proporciones del cuadro; se siente la angustia de la atmósfera enrarecida donde alientan, y el agobio excesivo de los accesorios, prodigados con un afán suntuario ó colorista, no siempre oportuno.

Pero lo que importa afirmar antes de nada es el valencianismo congénito, reiterado, perseve-

rante, de Bartolomé Mongrell; la nobleza pictural aun en sus más notorios errores.

Valencianía no atañadera solamente á los motivos y al indumento, sino de más honda fuente espiritual brotada, que se manifiesta por el gusto de las telas opulentas, reflejos metálicos, las flores, los frutos y las reminiscencias orientales.

¿Se ha visto bien en Madrid esta significación concreta de la pintura de Bartolomé Mongrell?

Lo ignoro. Pero yo sí he creído verla en Valencia, en aquella amable y acogedora salita del Círculo de Bellas Artes, donde sonaba la eufónica, la clara parla valenciana frente á los cuadros que, además del idioma vernacular, hablan con el acento clásico de las buenas escuelas españolas de ayer.

José FRANCES

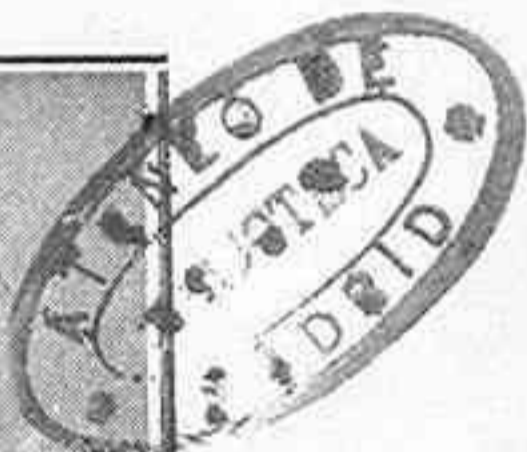


«La hilandera»



«Pastorcillo»

(Fots. Cortés)





La célebre tonadillera «La Goya», que ha debutado con un verdadero gran éxito en el Teatro de la Princesa
(Fot. Masana)

LA VIDA DEL TEATRO

EL SECRETO DE BENAVENTE

TAMBIÉN esta vez los críticos han aplaudido á Benavente. No faltará quien diga, como antaño, que ha sido para que rabie *Azorín*; pero *Azorín*, seguramente, no se dejará engañar por esos aduladores. Como buen católico, sabe que contra el primero de los pecados capitales hay una virtud, capital también: dejarse de pompas y vanidades.

Por muy á menos que hayamos venido, y aunque hayamos dejado de ser el país de las parejas, aún nos quedan las de orden público por lo menos; ya no podemos decir á diario, Calvo y Vico, *Lagaritjo* y *Frascuelo*, Gayarre y Masini, ni, sobre todo, Cánovas y Sagasta; pero dos dramaturgos, sobre todo si uno había de andar por una acera y otro por la de enfrente, ya los admitirían de buena gana los dramaturgos.

Pero, por desgracia, Benavente sigue estando de non, y hoy por hoy, la característica principal de su teatro, con tener tantas, es esa: la de ser completamente distinto de todos los teatros de sus colegas en dramaturgia castellana, y no serlo por casualidad; nada más fácil para un aspirante á la gloria escénica que descubrir el «secreto de Benavente». Lo difícil sería, después de conocerle, utilizarle.

Ahora mismo Benavente está en Londres llevado por la semana de Sha-

kespeare, y eso porque Benavente no es aquél autor profesional que vivía de sus comedias y tenía no sólo cierto nombrecito, sino hasta crédito en casa de Fiscovich, que era entonces el encargado de conceder el *regium exequatur* en nombre de Talía, reina y señora, que llegó una noche, hace algunos años, al saloncillo de la Zarzuela y dijo con gesto de Arquímedes:

—¡Señores! ¡Vaya un autorcito que he descubierto! Es inglés, y estoy leyendo una traducción...

—¿Cómo se llama?

—Shakespeare.

Y aquel autor no era de los peores; no tenía cultura; pero á lo menos tenía sensibilidad; leía á Shakespeare y ¡le descubría! Por ahí andan muchos que le leen, con guía encomiástica, como los *turistas* que visitan monumentos famosos y como los *turistas*, también, no se enteran.

Benavente se enteró á tiempo, y por sí solo; y cuando en su primera época los críticos le reputaron de imitador del ingenio galo ó, más concretamente, de algún ingenio galo, debió reirse mucho, como las máscaras que embroman y no son descubiertas, pensando que no le habían conocido; es posible que en la careta llevase á Prevost ó á Lavedan; pero dentro llevaba á Shakespeare, y Shakespeare apareció luego



RICARDO SIMO-RASO
Gran actor, que actúa al frente de su excelente Compañía cómica en el Reina Victoria



PEDRO ZORRILLA
Que es también primera figura de la Compañía que actúa en el Reina Victoria



EVA STACHINO

Que, al frente de una gran Compañía lírica, ha embarcado en Barcelona para actuar en los escenarios de América

en las obras del autor de *Gente conocida*, que no se parecen en la traza externa, en el movimiento de los personajes, ni en el indumento que los caracteriza, á las del dramaturgo inglés; pero que tienen de ellas el movimiento fluente y diverso de la vida y la hondura trágica—por lo que tiene de fatal—de los caracteres.

Es posible que, como á los de Shakespeare, oyesse hablar á los personajes de los ingenios galos, como oyó á los de la «comedia» italiana; pero á los suyos los oye hablar en la realidad, que no habla lo mismo por boca de las muchachas educadas en el *Sacre Coeur*, lectoras á hurtadillas de novelas francesas pecaminosas, de *Gente conocida*, que en labios de tipos tan recios y tan rudamente personales como el protagonista de *El hijo de Polichinela*. Para hablar como los personajes de Shakespeare es necesario sentir muy hondo ó, por lo menos, pensar muy alto, porque ya nos advirtió Benavente mismo que «cuando no se tiene corazón es necesario hacerse uno con la cabeza, porque sin corazón no se puede vivir».

Para hablar como Shakespeare es necesario haber seguido otro consejo famoso y llenado el es-

píritu de ideas y de sentimientos; de ideas mediante una cultura superior, y de sentimientos mediante la vida misma, engendradora de ellos—parte no genésica—por sí misma, si se tiene sensibilidad suficiente ó interpretada por la cultura sino se tiene sensibilidad.

En el teatro de Benavente la cultura no «chorea» en citas, como en esas conferencias al uso que aún hay—¡ay!—quien toma por muestras de verdadero saber; palpita en los personajes, y así, mientras Polichinela habla en el prólogo ó su contrafigura en los actos de la comedia nueva, se oye pensar á Mendel, por ejemplo, y se siente el rumor más lejano de la inmensa falange determinista y aletear del espíritu de los pensadores que no se avienen á que haya medidas y cánones para la moral social; mas, en el fondo, para la moral de los fuertes, que para

la moral de los débiles, es decir, para la moral individual.

La aparente versatilidad formal del teatro de Benavente es, como su enorme riqueza de ideas, fruto de esa cultura incesantemente renovada y del acierto estético que lleva á elegir para cada idea, para cada sentimiento y para cada emoción su forma determinada, propia. Polichinela y su contrafigura podrían decir la misma verdad; pero no la dirían del mismo modo.

Y eso mismo ocurre á los dramaturgos superrealistas; unos buscan la forma de expresión de sus símbolos en las formas abstrusas de una filosofía quizás mal traducida ó mal interpretada, y otros, como Benavente, en los diálogos cándidamente cínicos de los muñecos del teatro guignol. Los unos quizás expresaran, si supieran, una filosofía toda soberbia de hombres que por un antropocentrismo ególatra se empeñan en creerse más que hombres; los otros expresan la filosofía, toda humildad, de los que en medio de las grandezas humanas, tan justamente conquistadas, siguen sintiéndose un poco muñecos...

ALEJANDRO MIQUIS

EL PASADO DE CLEMENCEAU

MONSIEUR Jorge Benjamín Clemenceau, á quien ninguno de sus contemporáneos llama venerable, á pesar de sus ochenta años bien cumplidos y de sus memorables y saludables acciones durante la guerra de los mundos, contó hace muchos años á un periodista los incidentes de su existencia durante los primeros años de su juventud y los pormenores de sus primeras lides políticas. Las confesiones de M. Clemenceau las recogió después el publicista aludido en un curioso volumen que lleva el título de *Los profetas*, y por él desfilan buen número de sujetos más ó menos venerables, menos ó más detados del don de la videncia.

Pero Clemenceau nunca fué profeta, si otorgamos á esta palabra el sentido tradicional y misterioso que el vocablo integra. Siempre fué un hombre de realidades cstensibles y tangibles, contantes y senantes.

Muchísimas de entre ellas sonaron tanto, que sus ecos tardaron años en apagarse; pero no tuvieron la virtud ni la fuerza suficientes para acorrallar al tigre enfurecido.

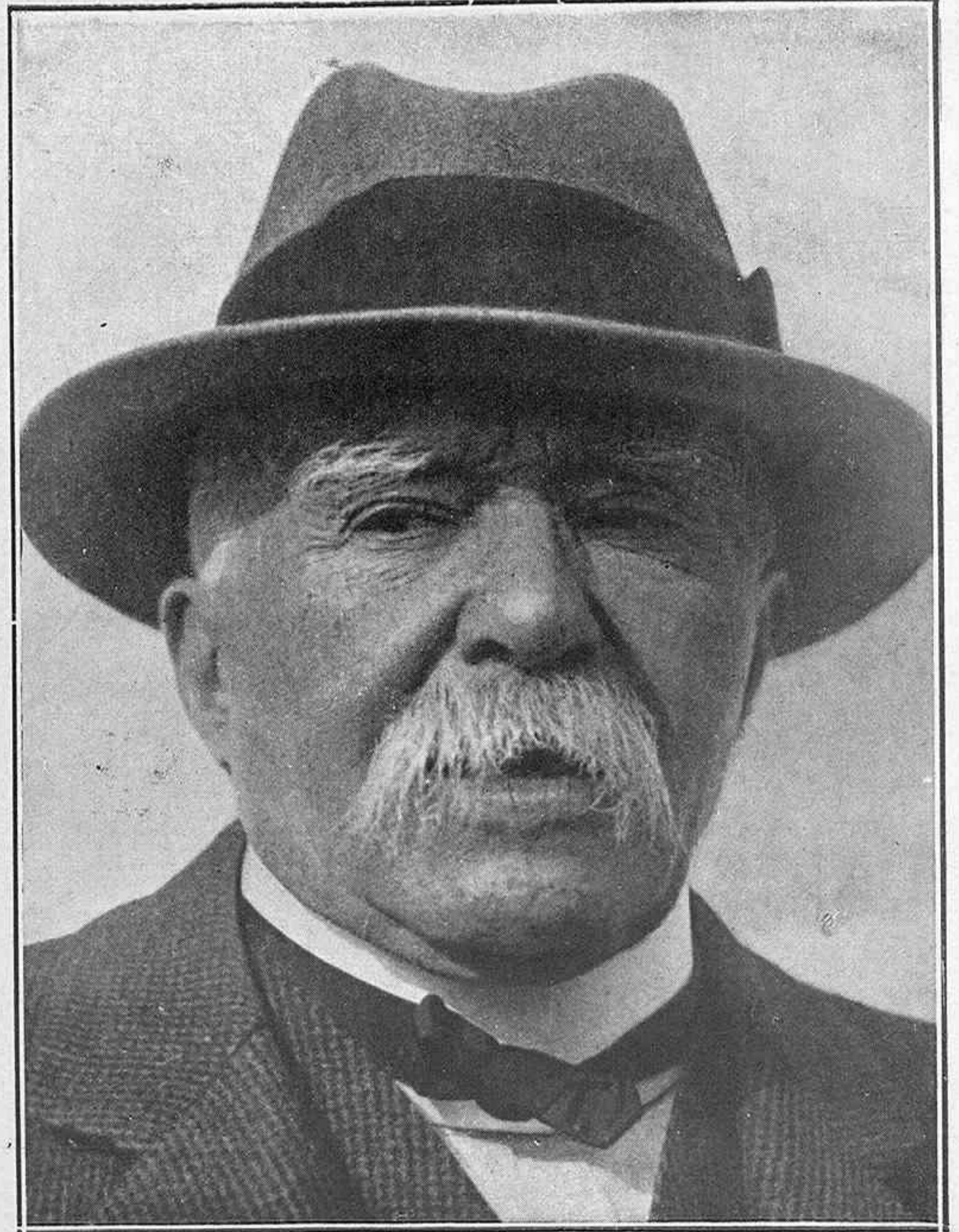
Jamás hubiera consentido la derrota ni el silencio. Huérfano del sitial de la tribuna parlamentaria, se lanzaba furioso á la de la Prensa, libérrima para todos, y para él, además, plaza fuerte é inexpugnable. Después del proceso de Panamá, Clemenceau quedó maltrecho y malparado. Sus electores no le llevaron á la Cámara. Después de haber derribado tantos Gobiernos en sesiones tempestuosas y memorables, y de haberse creado por esta causa y por las mordacidades de su pluma una verdadera legión de enemigos, éstos se unieron fuertemente para calumniarle y rematarle. Se le acusaba de haber recibido una cantidad enorme del que se especificaba misterioso tudesco Cornelius Hertz, alma de las corrupciones de los acusados. *Le Petit Journal* publicaba la caricatura de Clemenceau disfrazado de procaz bailarina, con un sacco lleno de oro en cada mano; uno se lo había entregado su amigo y favorecido Cornelius; otro, el Gobierno inglés, por haber logrado con un discurso la no intervención de Francia en la cuestión de Egipto. Los difamadores saben muy bien que las calumnias arraigan en la opinión con mayor rapidez y más hondura que la verdad y la justicia. «Pien-sa mal y acertarás» es la primera línea de su programa.

Poco tiempo después de estos dramáticos acontecimientos, que llevaron á la prisión de Mazas buen número de sujetos notorios y al infeliz ministro Bahyaut, surgió el memorable *affaire Dreyfus*. La pluma de Clemenceau, convertida en formidable catapulta, logró alcanzar la revisión del proceso, y después de la revisión, la libertad é integridad de Dreyfus en todos sus derechos de ciudadano. Clemenceau triunfó, contribuyó eficazmente á la elección presidencial de Loubet, y en una de las primeras crisis ministeriales, ocurridas con la nueva jefatura, ingresó en el Gobierno por vez primera cuando contaba ya más de sesenta años.

Mauricio Barrés, que admiraba á Clemenceau tanto ó más de lo que le odiaba y detestaba, escribió sangrientas páginas contra él en su libro *Leurs Figures*, recuerdo

memorable de los estragos panamistas en la sociedad francesa. *Leurs Figures* debieron ocasionar hondas tcr-turas en el alma de Clemenceau, a un habida cuenta del sosiego de su conciencia.

«El período más venturoso de su vida—declara el viejo estadista— fué su residencia en Nueva York, cuando apenas contaba veintitantos años.» Allí ofició de bibliotecario para vivir, y allí leyó las obras de historiadores, filósofos y poetas. El empleo duró dos años, y Clemenceau alternaba el manejo y el estudio de los libros con una cátedra de literatura francesa para señoras, y señoritas que le encomendaron. En aquellas conferencias comenzó á iniciarse su elocuencia, y acaso surgió también su energía tenaz, que siempre fué el resorte y la prueba magna de las horas difíciles que maravillaron á sus enemigos. A su regreso á Francia, en 1883, Clemenceau se precipita en la batalla con sus compañeros de la facultad de Medicina. Su prosa incendiaria resalta en la Prensa más avanzada, juntamente con Julio Ferri y Julio Meline, el cual practicó, andando los años, una política más sosegada y mucho menos tumultuaria. En el primer



M. CLEMENCEAU, «El Tigre».

cargo administrativo que ejerció, la alcaldía de Montmartre, al surgir *La Commune*, estuvo á punto de perder la vida. Se le acusaba de traición, y Clemenceau afirma que durante aquellos momentos inolvidables comprendió las locuras, los crímenes y las grandezas revolucionarias.

Toda la existencia rebelde y tumultuaria de Clemenceau contradice el precepto que Cicerón recomienda al buen repúblico, como escribían nuestros clásicos del Siglo de Oro. El orador romano aconseja al político que se esfuerce en el arte difícil y complicado de ganar amigos. El gran estadista francés fué la antítesis viviente de este principio; vivió siempre en un ambiente de independencia personalísima. Sin atenerse jamás á órdenes ni dictámenes, en abierta contradicción con lo corriente y estatuido, siguió impertérrito la inclinación de su temperamento ó los impulsos ciegos de su conciencia.

Fué por espacio de muchos años, hasta que llegó á sus manos el Poder, el gran ejecutor parlamentario, sin miedo, aun cuando no totalmente exento de reproches. Pero los servicios que prestó á su nación fueron tan grandes, tan singulares, que Francia acabó por olvidar totalmente las tempestades de antaño para no recordar más que los altos merecimientos de quien las suscitara.— C. R. SALAMERO.

N O C T U R N O

En la desolación nocturna,
donde nuestro errar se extravía,
el alma, un poco taciturna,
envuelta en su melancolía,

ve entre penumbras el ideal
de un ensueño blanco y disperso,
con transparencias de cristal
y ascendentes alas de verso.

La luna, pálida y redonda,
hace un inmóvil decorado,
con la humareda de la fronda,
en el azul maravillado.

El silencio se oye, se siente;
nos sentimos flotar en él;
se hace música en nuestra frente...,
y un instante somos Ariel.

Eliodoro PUCHE



ARTE MODERNO

« El funámbulo grotesco », cuadro original de E. Climent

EL PRIMER MONTERO DE ESPINOSA

ALLÁ por los años mil... No estampo esta frase como recurso fácil, porque corría el año 993.

Gobernaba á la sazón el territorio conocido anteriormente por Bardulia, y entonces ya llamado Castilla por los numerosos castillos que en él se erguían, el conde Garci-Fernández, como señor soberano de su no muy dilatado territorio, que tenía la capital en Burgos, ciudad que contaba en esa fecha poco más de un siglo de nacida.

No obstante la juventud del Condado independiente de Castilla, Burgos empezaba á ser una ciudad que por su florecimiento despertaba deseos de contemplación en las gentes de los otros reinos y afán de posesión en los reyes, reyezuelos y caudillos que esos Estados dirigían ó representaban.

Con protestas de lo primero, que seguramente encubrían intenciones de lo segundo, y valiéndose de las amistosas relaciones que le unían al conde Garci-Fernández, quiso Almanzor—aquél genio guerrero musulmán, verdadero Napoleón medieval—conocer la renombrada capital de Castilla, y á ella marchó en son de paz (por única vez tratándose de población cristiana), y en ella fué recibido y agasajado por el Conde con mucho contento y regalo.

No temó la menor parte en atender al glorioso caudillo mahometano la esposa de Garci-Fernández, D.^a Ava, y bien por que la resplandeciente aurcola guerrera del primer ministro de Hixen II realzase á los ojos de ella su gentileza y prestancia como hombre seductor, ya porque la condesa, que bajo el nombre de Ava encubría una Eva tan salaz como la del Paraíso, se permitiera insinuaciones pecaminosas con el *malic Carum* (rey generoso), como se obligaba á llamar Almanzor, el resultado fué que ambos tuvieron más de una ocasión para mirarse á solas en los respectivos cristales de las pupilas y para recíprocamente inspirarse una subyugadora pasión amorosa.

El Conde, lejos de celarse de esta corriente de simpatía entre la esposa y su huésped, túvola por buen augurio para la seguridad de su condado, único territorio respetado por el genial y temible adalid de la morisma, entre los muchos reinos de la desmembrada España de entonces.

Así se explica que Garci-Fernández, prototipo de maridos confiados, dijese un día al prestigioso *hagib*:

—Voréis, Abon-Emir Mahomed, que podéis anotar entre vuestras innúmeras conquistas guerreras las pacíficas de nuestros corazones. Si grande es el honor que yo recibo en teneros por huésped, no es menos el contento en ello habido por mi esposa, la cual os ha cobrado un afecto que pudiera parecer amor.

A lo que contestó Almanzor, probablemente sin bastardo desco:

—¡Oh! Sí, sí; estoy seguro de ello. Sois muy amables... Doña Ava... También muy amable.

Y el moro ahogó en el pecho el germen de un suspiro.

Quien únicamente en el palacio desconfiaba de la honestidad en las continuas y molosas asiduidades de Almanzor y D.^a Ava, era el hijo de ésta, Sancho Garcés, heredero del Condado de Castilla. Tan exento de simpatía por la sarracena gente como ahito de celos cerca de la conducta de su madre, tuvo empeño en averiguar de cierto los motivos para sus persistentes suspicacias, y las pesquisas le llevaron á confirmar de una manera indubitable sus sospechas.

Indignado Sancho Garcés por el licencioso

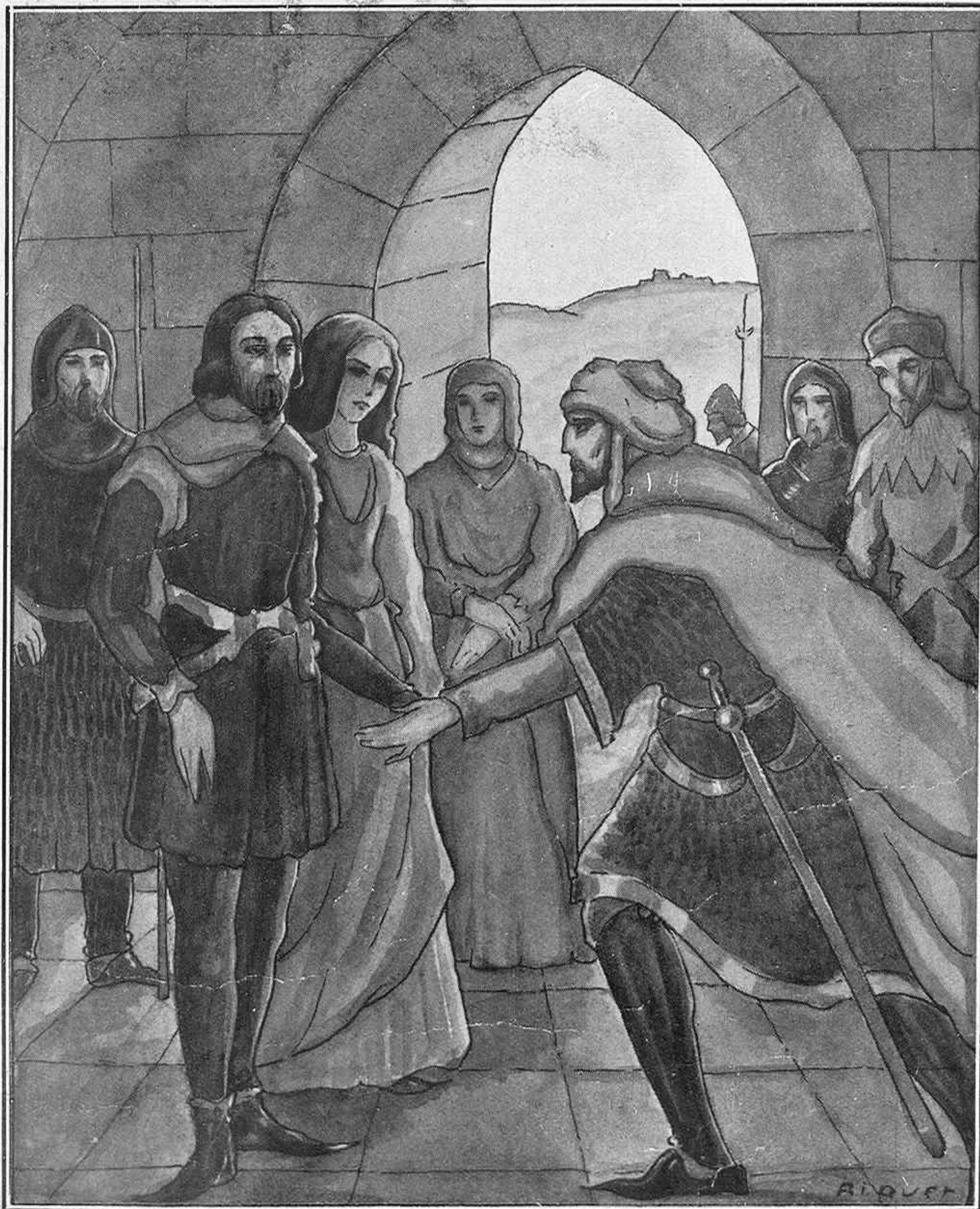
comportamiento de su madre, y encontrando al padre con tanto exceso confiado, hubo de hostigar á éste á poner coto á su deshonrosa situación, dando lugar con el incidente á que Almanzor mismo se delatase, saliendo de estampía de Burgos, donde con tantos honores se le había recibido.

El ultrajado Conde, vengador de su honra, como buen castellano, abrazó el propósito de acabar sus días combatiendo sin desmayo ni reposo á las sarracenas huestes, y dos años después parecía en la campaña como un valiente, si bien de manera un tanto misteriosa.

Las relaciones, ásperas ya, entre Sancho y la madre se rehogaron en mutuo rencor, fermentado por la sospecha que tenía el primero de que en la muerte del padre había influido pérfidamente la condesa como delatora ó cómplice.

Doña Ava era—se desprende de lo antes apuntado—una mujer que tenía atrofiados ó dormidos los sentimientos femeniles todos, y únicamente latentes ó despiertos los de la hembra, una hembra toda instinto y perversión.

No llegó á noticia de los historiadores la certidumbre de su intervención en la muer-



En ella fué recibido y agasajado por el Conde con mucho contento y regalo.

te del esposo, si bien todos los indicios lo confirman así. Pero se sabe de cierto que no bastó la ausencia para que se sofocara la pasión encendida en su pecho por Almanzor, y que éste alimentaba desde la lejanía, sino que la sobrepuso á toda otra inclinación y conveniencia, dispuesta á destruir cuantos obstáculos la impidieran volver á los brazos de su amante.

El mayor inconveniente, muerto su esposo, se lo ofrecía el hijo, malquistado con ella y aprestado siempre á la liza con los musulmanes, y todos los cuidados de D.^a Ava estaban supeditados con endiablada obsesión á triunfar de esa contrariedad.

Porque su perversidad la condujera de continuo á las ideas más temerarias, ó porque no concibiase mejor plan á su propósito, el pensamiento de eliminar por la muerte á su hijo túvolo como excelente solución. Al efecto, por estimarlo medio menos comprometido y más viable, el veneno le pareció arma preferida.

Su doncella de más confianza poseía el privilegio de distinguir unas hierbas venenosas sin antídoto posible, y recurrió á la cooperación de ésta en el fatídico propósito, creyéndola tan fiel á su persona y discreta para sus pensamientos, que tuvo por segura la más absoluta impunidad del premeditado parricidio.

Señora y doncella salieron un día al campo en busca de la rara planta, y con la pócima preparada esperaba D.^a Ava la ocasión propicia para consumir su criminal pensamiento.

•••••

Pero nunca secreto de mujer se perdió en el olvido, que la mujer fué siempre inclinada á tomar como cosa de vanidad la posesión de un secreto, y callarlo no da ocasión á envejecerse.

Viendo la camarera de D.^a Ava que de nada le valía la custodia del suyo, en tanto no luciese ante alguien el valor de lo que custodiaba, hubo de procurar este lucimiento con quien más cuenta le tenía lucirse: con su amante. Su amante era el mayordomo del Conde, llamado de nombre como éste y de apelativo Peláez. Y aunque Sancho Peláez prometió á su amada compartir la reserva del secreto, como el hombre, reflexivo de suyo, ante el dilema de dos deberes á cumplir se inclina siempre por el que estime más digno ó más útil, juzgó que por sobre la fidelidad que debía á su palabra estaba la de velar por la seguridad personal del señor á quien servía, y á él se fué con el anuncio de lo que pasaba, si bien cuidando de no revelar por entero lo que se había comprometido á callar.

—Señor—le dijo—: temo por la seguridad de vuestra vida, y estimo mi mayor deber aconsejaos precaución.

Quedóse absorto el Conde un instante, y preguntó:

—¿Qué sucede, Sancho? Explicate.

—Poco puedo explicar, señor, porque obligado estoy á ello por mi palabra.

—¿Entonces estimas en más una promesa que mi vida?

—No os eso, señor, puesto que á daros aviso del peligro vengo.

—Pero, ¿cómo puedo ver ese peligro si no sé de dónde ni por dónde viene ni en qué consiste? En ese caso más ha de valerme que los precavidos sean mis servidores.

—Yc de mí sé deciros, señor, que no estimo mi vida en nada llegado el caso de defender la vuestra.

—Tal creo, y te lo estimo en mucho... Pero ¡voto al diablo!—prosiguió el Conde de mal talante—. Aclárame pronto ese enfadoso misterio.

—Sucede, señor, que de nada ha de valerlos la defensa ajena, sino vuestra propia precaución, como os he dicho... Y ha de consistir ésta en que no os echéis á pechos licor que no obtengáis por vuestra propia mano en su origen.

Quedóse Sancho Garcés pensativo, y al poco exclamó:

—¿Un veneno!...

—Lo habéis adivinado.

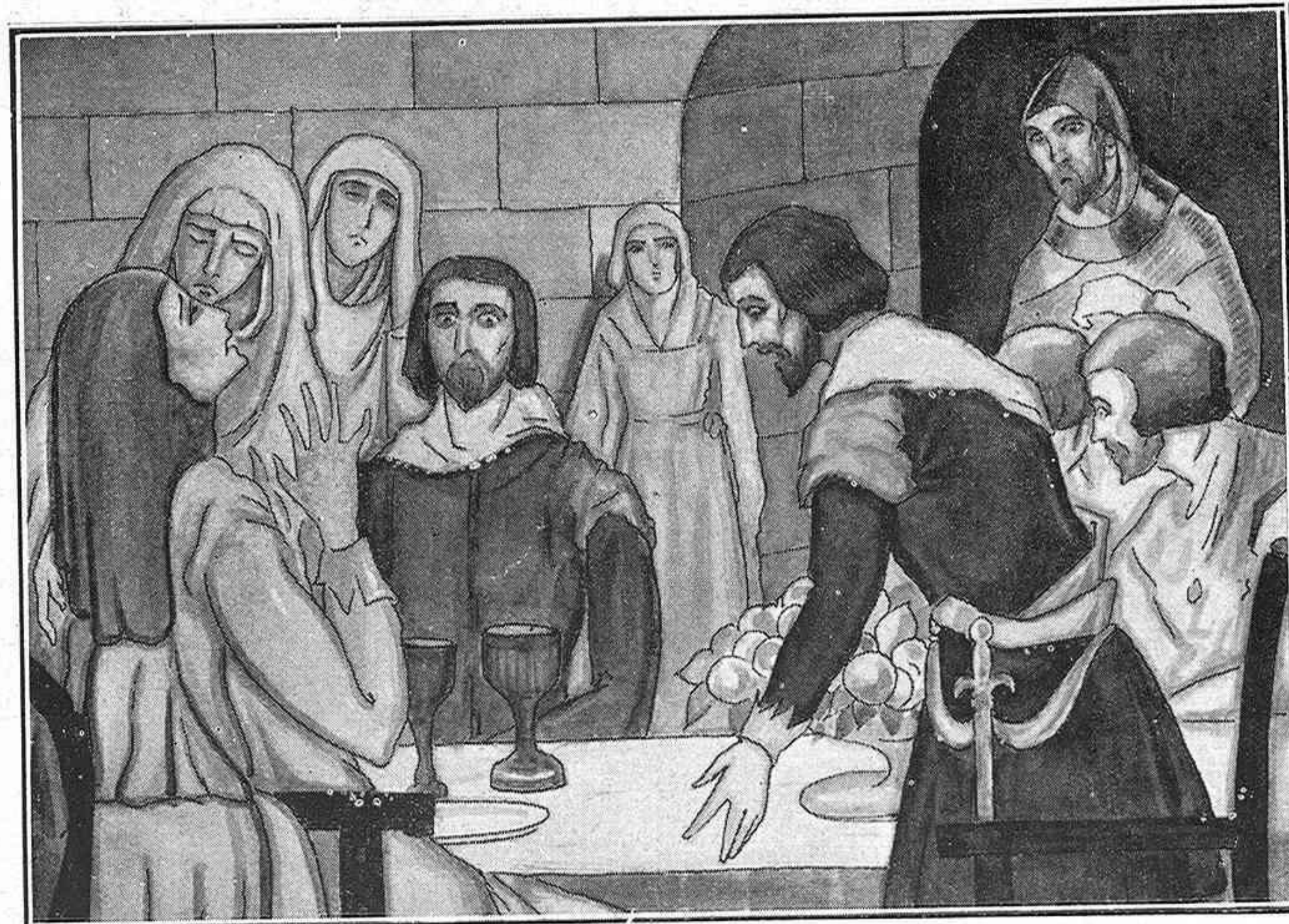
—¿Entonces es en mi propia casa donde se atenta contra mi vida?

—Vos lo decís, señor.

—¿Y quién alberga contra mí tan criminal deseo?

Sancho Peláez bajó la vista al suelo, enmudecido.

—¿Quién?, he dicho—increpó violento el Conde.



Todos vieron con espanto á Doña Ava retorcerse entre los brazos de la muerte..

—¿Señor!...—balbució el mayordomo, la mirada suplicante.

—¡Basta!—exclamó el Conde—. No es preciso que faltes á tu palabra. Lo sé todo sin que nada me hayas dicho.

Irguióse Don Sancho, que había permanecido sentado hasta entonces, y comenzó á pasear á zancadas por el aposento. Al cabo de un rato habló:

—Gracias, Peláez, por tu fidelidad. Sabré premiarla. Pero deseo de ella prueba más rotunda todavía. Desde hoy sólo tú me proporcionarás lo que sea de beber.

—Seréis servido, señor.

—Y si quieres ayudar á la justicia divina que obra por mis manos, dispongo que si sabes el punto y hora en que la sentencia de mi muerte esté para ejecutar, muera por el mismo procedimiento quien me haya condenado.

—Señor: pensad lo que decís.

—Ordenado está.

•••••

Días después se celebraba en el palacio un festín al que habían concurrido las personas más conspicuas de la capital castellana. La fiesta transcurría con gran lucimiento y mucho regocijo en los asistentes.

De los criados que la comida servían había algunos con destino ordinario en otros menesteres, y entre éstos estaba el mayordomo, Sancho Peláez, que cuidaba de servir los licores, y ponía celo especial y extremada discreción en las copas de su señor y de D.^a Ava, las cuales trocó en un momento decisivo con maña de nadie advertida, ni de los mismos interesados.

Y el final de aquel festín de tan brillante iniciación y desarrollo tuvo todos los caracteres de macabra solemnidad. Todos vieron con espanto á D.^a Ava retorcerse entre los brazos de la muerte, sin que nadie pudiera

substraer su cuerpo de tan bien clavadas garras.

•••••

El pueblo, con ese instinto acertado que casi siempre le asiste en sus sospechas, alimentó éstas en torno al Conde, y sin tonor en cuenta su antipatía hacia la condesa madre, tomó tan á mal lo sucedido, que á punto estuvo Don Sancho de perder su bien granjeada estimación popular con las acertadas medidas de gobierno que le habían de llevar á la

historia como á «Sancho el de los Buenos Fueros», y que le juzgara la posteridad diciendo que «dió á los nobles más nobleza y á los bajos amengueles en servidumbre».

Por recuperar en sus vasallos el ascendiente que perdía y la zozobranza estimación, Sancho Garcés concedió franquicias y privilegios á los pueblos que fueron el origen de las libertades castellanas ahogadas siglos después por Carlos de Austria; concurrió á la batalla de Calatañazor en 1002, donde Almanzor perdió la vida, según unos, y la salud solamente, según otros, y al decir del pueblo, «perdió el tambor»; fundó en 1011 el Monasterio de Oña (nombre también al parador de D.^a Ava), cerca de Briviesca, bajo la advocación de San Salvador, y en el que depositó, arrepentido, los restos de su madre...

Pero no se olvidó tampoco de los grandes servicios que debía á su mayordomo, á quien otorgó grandes mercedes y honores.

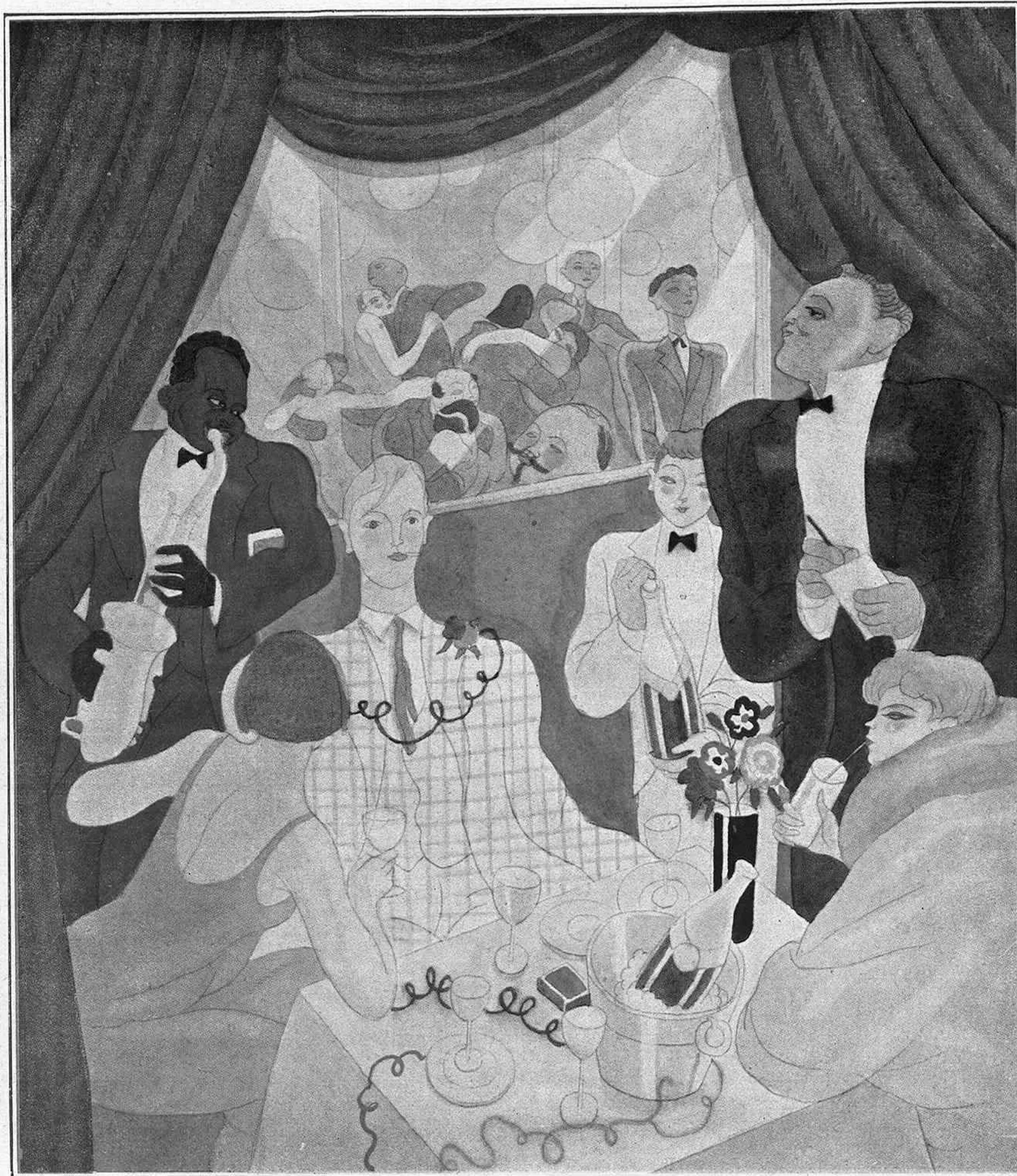
Y parciéndole que las virtudes de Sancho Peláez serían connaturales á los que nacieran donde el fidelísimo mayordomo había nacido, dispuso en el año de 1013 que él y cinco paisanos suyos vigilaran su sueño. Era Peláez de Espinosa de los Monteros, de donde la noble guardia tomó el nombre de *Monteros de Espinosa*. Desde entonces, los nacidos en ese lugar velaron el sueño de los condes, primero, y de los reyes castellanos y españoles, después, elevados en número de doce y á rango más distinguido por Felipe II, quien organizó definitivamente el célebre y prestigioso Cuerpo.

Tal fué el origen del primer Montero de Espinosa.

Si de esta historia sencilla queréis relato mejor, ved el drama de Zorrilla, «Sancho García». Un primor.

CONSTANTINO SUAREZ

(Dibujos de Riquer)



EL ÚLTIMO AMERICANO DE MONTMARTRE

UN cuerpo fuerte y un rostro niño. Una actitud entre grave y cómica. Una tibia sonrisa para las felinas coqueterías de las compañeras de mesa.

Las serpentinas clavan sus saetas de colores sobre la imperturbable actitud de este último americano de Montmartre. Y son también como saetas las peticiones mimosas de las féminas del *cabaret* y la presencia continua del camarero de impecable *smocking*.

Grita la orquesta de los músicos vestidos de rojo. El *jazz-band* no cesa en sus cabriolas estridentes. Las parejas de bailarines danzan el *charleston*. Las luces doradas, encarnadas, azu-

les, armonizan con las chillonas paredes azules, encarnadas, doradas... Como un recurso más del *jazz-band* suenan frecuentes, secos, los estampidos del champaña. Sobre las mesas, sobre los bailarines se tiende una neblina levemente azulada, respiración abigarrada del *cabaret* en esta hora densa de la noche...

La herencia de la *postguerra*—locura, oro, *dancing*—va amortiguándose. Ya sobre París no pasa, generoso y riante, aquel río de americanos que buscaban aquí su alegría á cambio de sus dólares. Este momento de vértigo quedó atrás, y ahora aquella locura se recoge silenciosamente. Faltan de París los americanos. Cierran sus puer-

tas los *cabarets*. El oro ya no tiene ante los ojos parisinos aquella deslumbradora frecuencia de antes.

De este modo se conciben la curiosidad y las zalemas con que al último americano de Montmartre se acercan todos en el *cabaret*. Este último americano es el último brillo del oro. Ausente él, el *cabaret* seguirá viviendo; pero su vida será escasa, pobre, sin la alegría magnífica que le supo dar el dinero de América. El último americano de París... Y todos, sobre él, con la avidez con que se buscan y se gustan las cosas últimas, las cosas que se irán para siempre...

(Dibujo de Tejada)



Las rutas

*Cada día que anochece
es un paso más
de este caminar sin treguas
á la Eternidad.*

*Los caminos de la vida
van á la muerte á parar;
la hora que ha dado el reloj
nunca volverá á sonar.
¡Mujer, dame un beso largo
que me sepa á eternidad!*

*¡Aborrecido reloj
con su implacable tic-tac!*

*El tiempo es pozo insondable
donde todo va á parar.*

*Cada día que amanece
ya nunca amanecerá;
la canción que ahora cantamos
al Silencio tornará.
¡Dadme un poco de laurel
que me sepa á eternidad!*

*Cuando avanzamos el paso
el camino es siempre igual:
por las más opuestas sendas,
allí vamos á parar.*

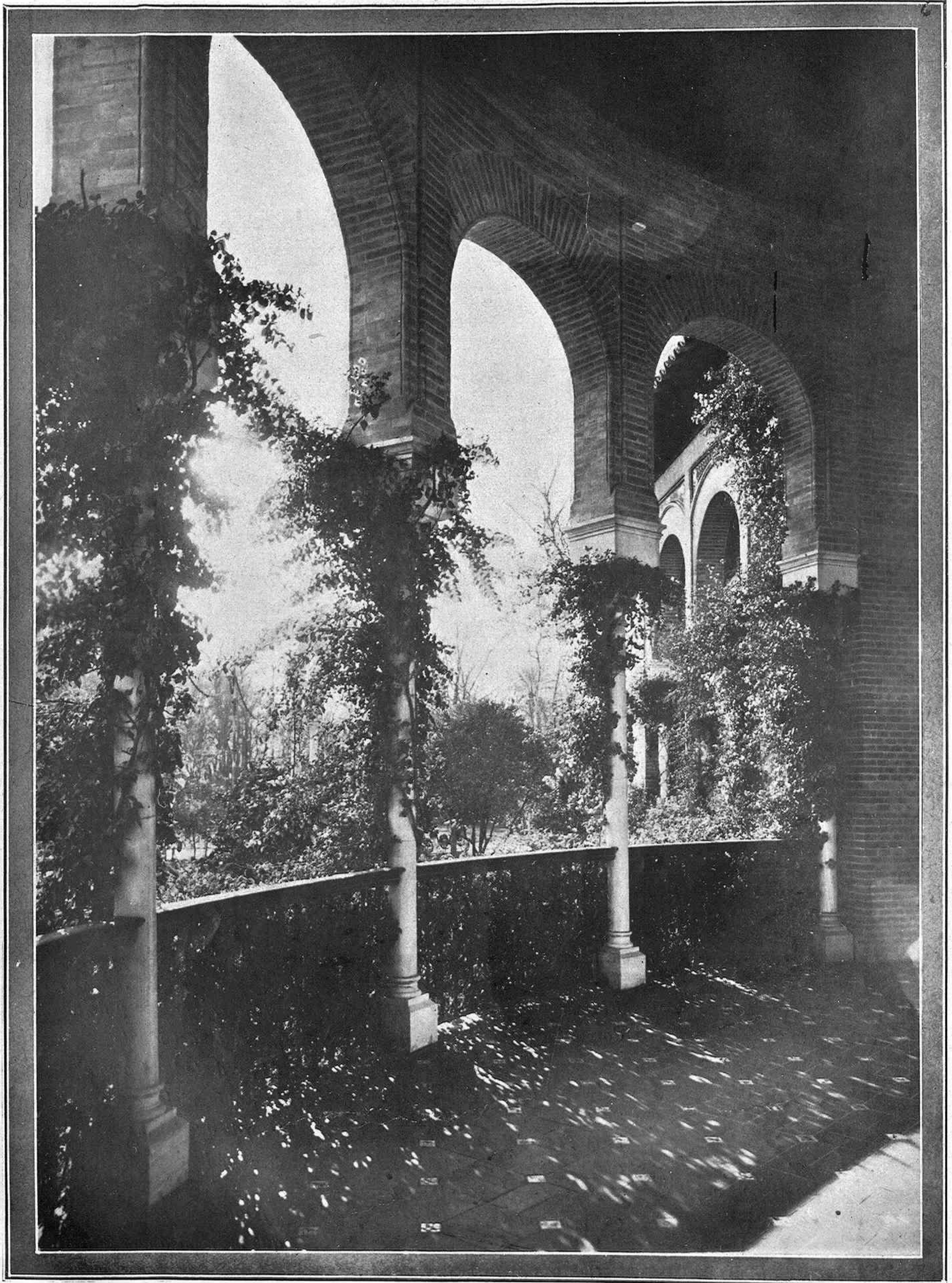
*Rutas de amor y de gloria
y escalas del Ideal.*

*Al fin de todas las sendas
la Equis misteriosa está.
¡Horas que tejéis mi vida!,
¿en qué hora me tocará?*

*¡Dadme un sueño de esperanza
que me sepa á eternidad!*

Emilio CARRERE

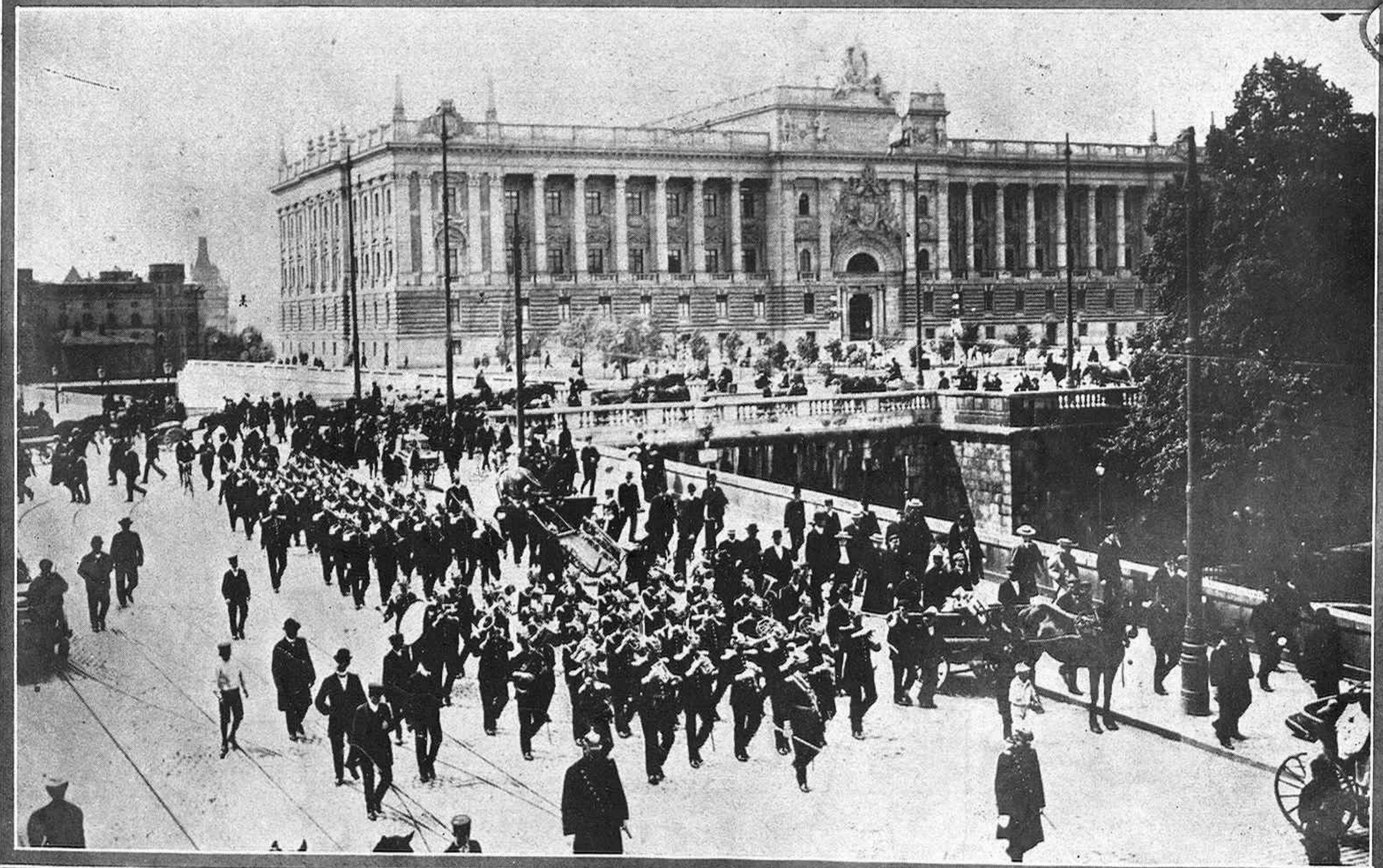
(Dibujo de Máximo Ramos)



SEVILLA EN PRIMAVERA

SEVILLA, primavera. Dos palabras, pero, sin embargo, una misma belleza, una misma emoción. Pocas ciudades en cuyo laudo se hayan tejido, como madrigales, tantas fervorosas palabras. En el gran relicario de las ciudades mundiales de arte y de tradición—Floencia, Brujas, Venecia...—Sevilla tiene magnificencia y méritos propios. Su hermosura incomparable tiene, á cada nuevo día, más entusiastas adeptos. En esta primavera, Sevilla ha recibido, acaso, más homenajes que nunca. El turismo mundial ha enviado á la ciudad maga sus corrientes de animación y de lujo, atraídas por el brillo de la primavera sevillana. En nuestra fotografía aparece una de las galerías del Palacio de Arte Antiguo, en los terrenos de la Exposición Iberoamericana que en breve ha de celebrarse en Sevilla

(Fot. Serrano)

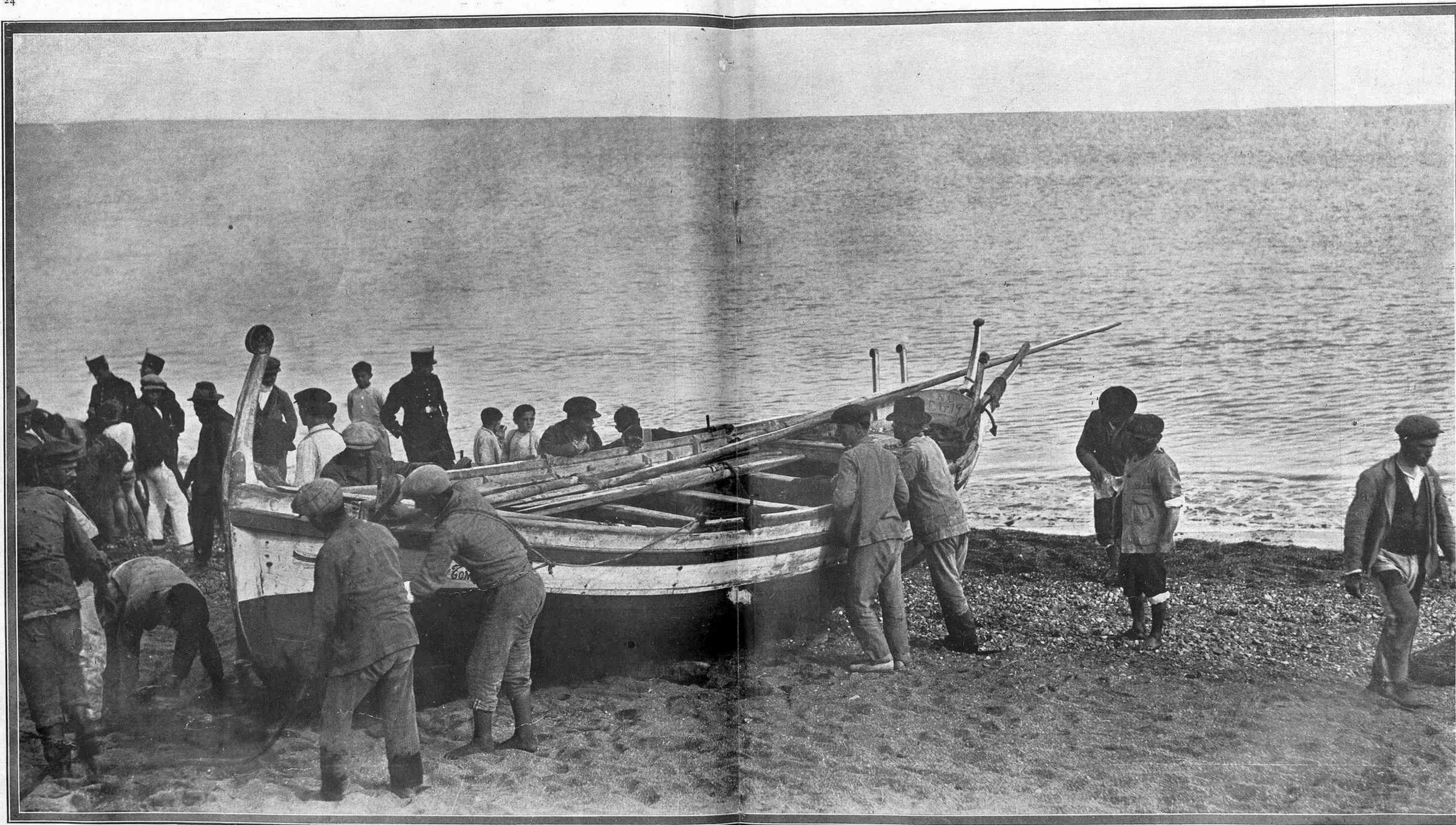


SUECIA,
el floreciente país
del Rey Gustavo V

En esta plana ofrecemos dos notas gráficas de uno de los tres reinos escandinavos, cuna del Monarca que recientemente ha sido nuestro ilustre huésped. Véase en la primera fotografía un aspecto general de la capital, á orillas del lago Malar y del mar Báltico, en la bahía formada por la unión de ambos, que ofrece pintoresco aspecto y ha merecido justamente ser llamada *La Venecia del Norte*, residencia de la Corte y de los Centros oficiales. Más abajo, en la fotografía siguiente, vemos el magnífico edificio del Parlamento, ante el que desfila uno de los regimientos nacionales

(Fots. Marín)

VENEZUELA
ESTADOS UNIDOS
MADRID



PARA el hombre de la ciudad, para el hombre de tierra adentro, estas faenas del mar son siempre como latidos de una vida remota, como cuadros de un clima distinto. El hombre de la ciudad apenas tiene del mar otra visión que la de las playas de moda y los lujosos trasatlánticos. Un mar luminoso y magnífico, teatral y decorativo. Pero hay otro mar: el de los humildes, el de los abnegados, el de los silenciosos. Mar sin gloria y sin electismos, sin alegrías mundanas y sin frivolidades decorativas. Es el mar de los pescadores, de los que han de conseguir con el diario esfuerzo el diario pan. Tras la vida de estos hombres, acecha el drama continuamente. El hombre de la ciudad ignora este dolor silencioso y hondo de sus hermanos del mar. Sólo, de vez en cuando, llega a los plácidos ambientes ciudadanos el eco de uno de estos dramas de la costa. «...¡Y aún dicen

UNA ESCENA DE PESCA EN LA PLAYA DE MÁLAGA

que el pescado es caro!», tituló Sorolla uno de sus mejores cuadros. La misma frase dice, angustiosamente, un personaje de Blasco Ibáñez. En ella se traduce la tragedia frecuente de la muerte hallada en la lucha con el mar. He aquí, en esta admirable fotografía, que tiene belleza de lienzo pictórico, una escena de pesca en la playa de la Caleta, en Málaga: el regreso del *copo*, la vuelta a la playa tras las horas en el mar. Nada, en la serenidad de estas quietas aguas malagueñas, evoca el otro mar: el de las horas de galerna, cuando las madres, las esposas y las hijas de los pescadores prenden, anhelantemente, sus esperanzas en la Virgen del Carmen...

(Fot. Día: Casariego)

JOSÉ CAPUZ Y SU ARTE

HA ingresado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el ilustre escultor José Capuz, al que saludó, en nombre de la Corporación, con un bellissimo discurso, nuestro muy querido compañero José Francés. Asistieron á la recepción, celebrada el domingo 23 del pasado Abril, numerosas y significadas personalidades del arte, de la literatura y del periodismo. El discurso de nuestro admirado compañero fué, primerc, una admirable evocación del arte de Mateo Inurria, antecesor de Capuz en el sillón académico. Después, Francés glosó la figura y la obra de Capuz con palabras llenas á un tiempo de aguda perspicacia crítica y de alta belleza literaria. El académico entrante leyó unas breves frases de gracias, y ambos—Capuz y Francés—fueron aplaudidísimos por el público que llenaba la Academia.

A continuación reproducimos un fragmento del discurso leído por nuestro ilustre compañero:

«He aquí, ahora, señores académicos, la figura excelsa del continuador; de este José Capuz, alcurniado por una noble ancestralia estética. Es como el aristócrata con derecho á blasonar de heráldicos cuarteles varias veces centenarios, y que sos-



«El Descendimiento», relieve en marmol



JOSÉ CAPUZ

Ilustre escultor, que ha ingresado en la Real Academia de Bellas Artes

tiene sin pesadumbre ni decadencia el esplendor pretérito. Antes bien, le abrillanta con el fulgor propio y personal.

Larga dinastía de artistas radicados en Valencia, obstinados en la expresión plástica de la vida, la de los Capuz.

A mediados del siglo XVII, un escultor italiano, Julio Capuz, viene de Roma á España y se establece en Valencia. Allí nacen sus tres hijos, Raimundo, Francisco y Leonardo. Los tres se dedican también á la escultura. El primero llegó á destacarse de tal suerte, que fué llamado para enseñar el arte del dibujo y aun el modelado al Príncipe de Asturias; el segundo profesó en la Orden de Santo Domingo, y dió á sus horas ociosas del empleo espiritual de la oración el delicado trabajo de la talla en marfil, donde adquirió fama de diestro y consumado artífice. De Leonardo, especializado en la escultura religiosa, conserva la catedral valenciana *Un Cristo muerto*.

No se extingue, sino persiste, á lo largo del siglo XVIII, pero con menores testimonios y ecos, la historia de los Capuz, consagrados á las bellas

artes, y de nuevo, á mediados del siglo XIX, adquiere resonancia en las personas y obras del escultor Cayetano Capuz y Romero; del pintor Jacinto Capuz, hijo suyo; del grabador en madera Carlos Capuz y Alonso, que colaboró asiduamente en el *Museo Universal*, *Semanario pintoresco español* y *La Ilustración Española y Americana*, y, finalmente, en Antonio Capuz, también admirable ilustrador y grabador—padre de nuestro insigne compañero y de Pascual Capuz, admirable cartelista é ilustrador editorial—, una de cuyas hijas contrajo matrimonio con otro escultor, con lo cual no se desvirtúa ni mezcla la aristocracia familiar, como cuidan de evitar mezclas y diferencias las otras aristocracias de la sangre.

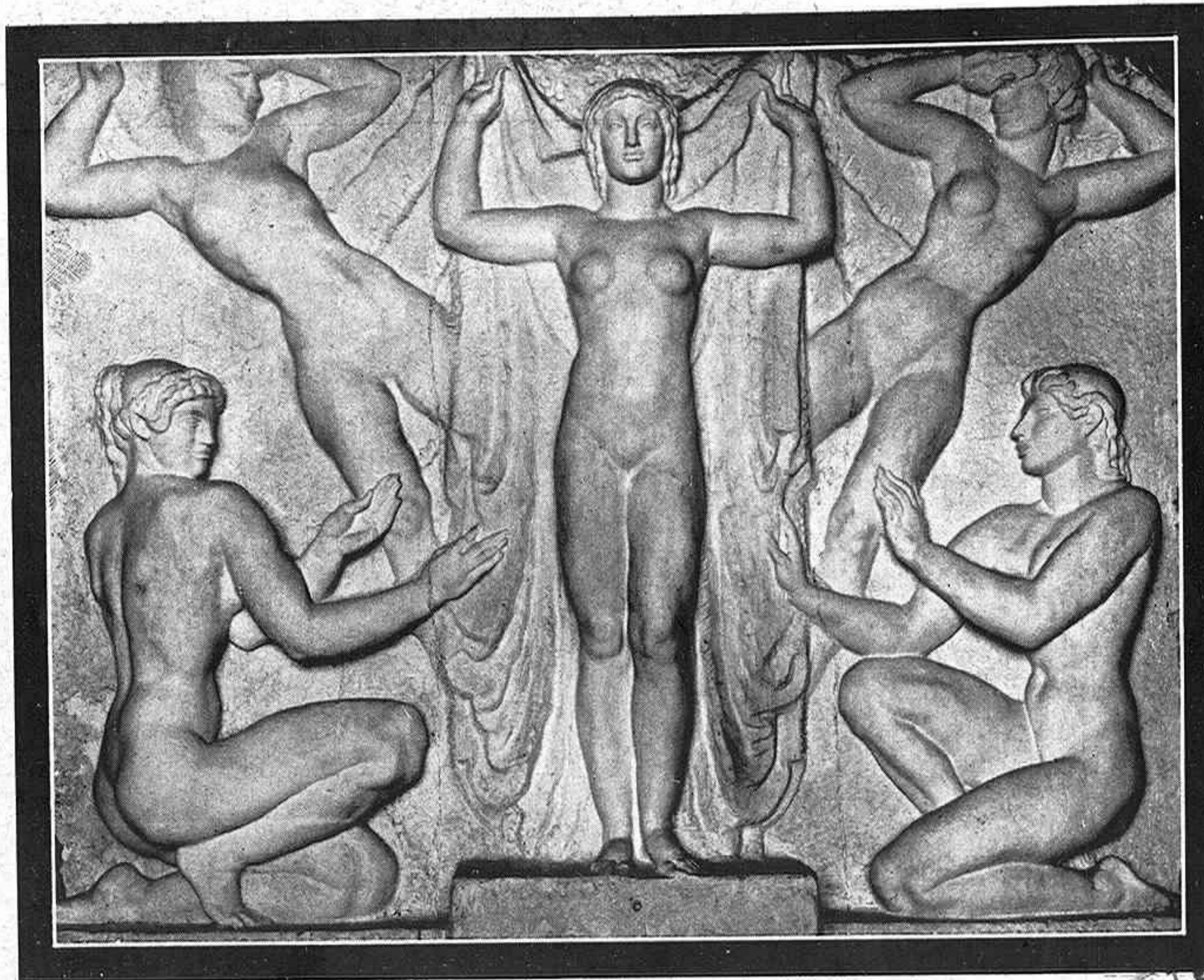
¿Se comprende bien lo que significan en la formación de un artista esta pureza, este fervor por iguales tareas transmitidas de padres á hijos, de tíos á sobrinos, desde el pretérito Julio Capuz, que en el siglo áureo ratifica en España aquella fusión de latinas, de mediterráneas aspiraciones á la belleza y al poder que antes valencianos ilustres afirmaron en Italia?

A compás de las sonoridades pétreas y bronceas, al ritmo artesano de los mazos sobre los leños descortezados donde el arte despierta humanas formas, nacían, crecían y morían las sucesivas generaciones de los Capuz. Las viejas rúas de árabe traza, los holgorios fulgurantes, las seculares naves de los templos, la colmenar agrupación de los gremios conocían sus siluetas y eran testigos de su actividad. Daban á los altares de las iglesias, á las salas de los palacios, á los muros de los conventos su ofrenda estética, perpetuada y continuada de unos á otros.

Y en la vieja Academia de San Carlos, de la que han salido tantas inmarcesibles glorias de la pintura y de la escultura española, los dos hermanos, José y Pascual Capuz, iniciaban, allá en las postrimerías del siglo XIX, las sendas rutas por donde sus fraternas adolescencias ansiaban asomarse al mundo y adquirir ecos propios para un nombre de tal modo definido en las bellas artes valencianas desde tres siglos antes.

Y cuando en 1906 José Capuz obtiene la pensión en Roma, donde había de convivir con dos promociones de artistas luego legítimamente triunfales—primero, entre otros, los pintores Ortiz Echagüe, José Ramón Zaragoza, Francisco Lloréns, el arquitecto Antonio Flórez y, después, la del pintor Francisco Labrada, el arquitecto Anasagasti y el escultor Huertas—ya había conseguido destacarse en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y en su labor independiente. El año 1910 obtiene segunda medalla en la Exposición Nacional con su escultura *El voto*. El año 1912, la medalla de oro, por el grupo *Paolo y Francesca*, y, por último, el año 1922, es nombrado, por oposición, profesor de la Escuela de Artes y Oficios.

Desde su becado en la Academia de Roma hasta hoy han transcurrido veinte años. Entre la juvenil inquietud del muchacho asomándose desde la colina donde se asienta el viejo edificio de la Academia de España al incomparable espectáculo de Roma ó copiando el prodigio arquitectónico del Templete del Bramante al luar suave de una noche vernal, hasta el maestro en plena madurez, encanecida la testa y sin saciar el ansia de la sed infinita de la belleza que ahora se sienta junto á sus maestros de ayer,



Relieve original de José Capuz, con destino al Círculo de Bellas Artes



¡qué amplia y admirable lección de vida y qué enorme serie de sugerencias estéticas!

•••••

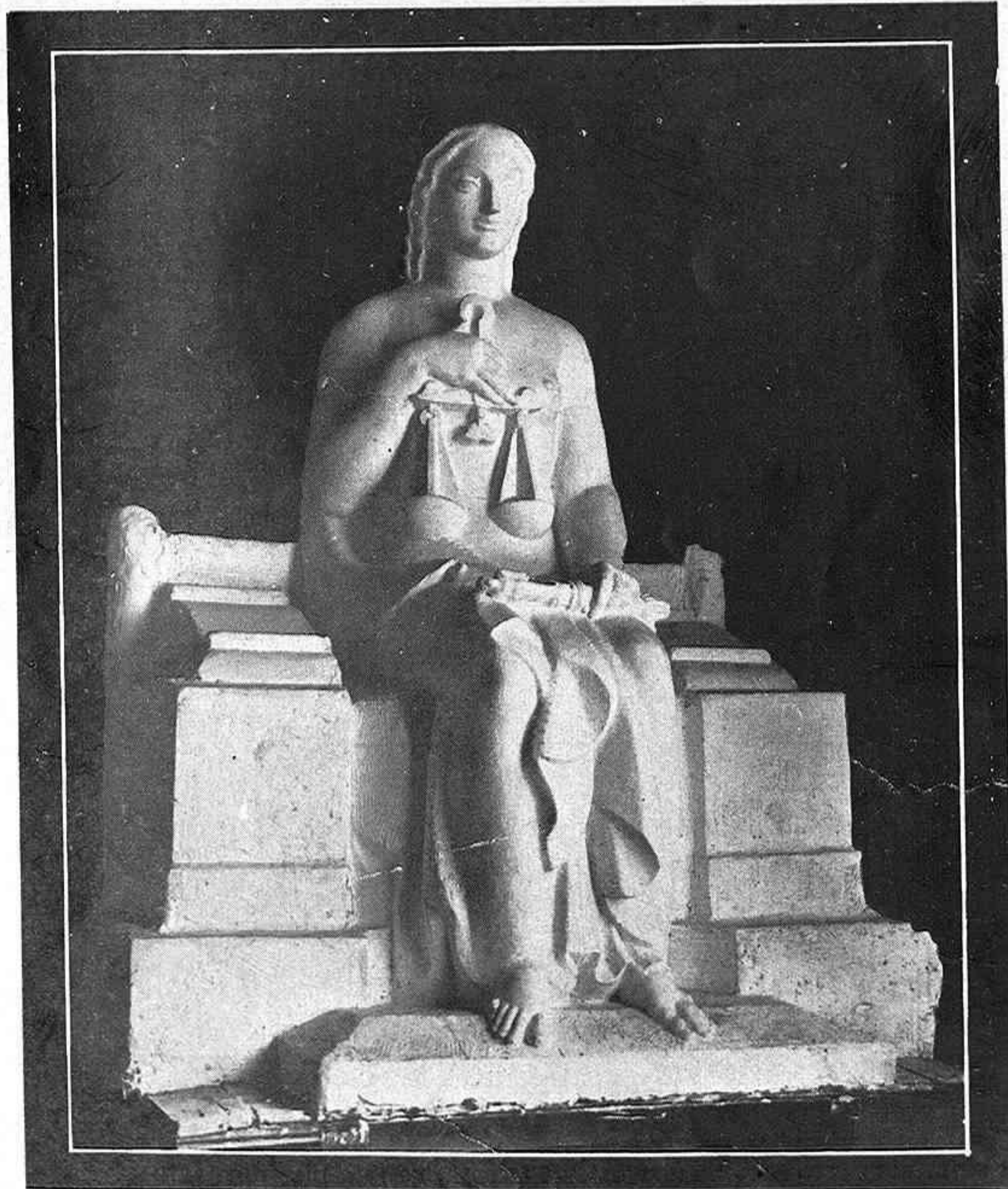
Si no con aquel fervor de otras centurias, con la sensible asimilación sentimental, que es uno de los privilegios del artista, José Capuz, al crear arte religioso de todo cuanto no sea su dominio de la técnica y su cultura bien distribuida, para que nada de profano haya en sus obras. Subsiste, repito, la orientación decorativista, el laudable criterio de que, además de ser la figura humanizada de seres sobrenaturales, tenga un carácter de embellecedora del sitio donde se la sitúe.

Así, estas Vírgenes de bronce, de cerámica, de mármol, sonríen á los hombres no sólo con el rostro tan perfecto, tan iluminado de interior beatitud, sino sonríen con la eurítmica forma de su totalidad y el delicioso detallismo de los ropajes y los accesorios. Es la suma estética de atractivos nobles, de sugerencias dulces.

Pero este delicado intérprete de las Vírgenes, por cuyo personal encanto ha pasado la evocación de pretéritas normas, rafaélicos delirios, ricos bizantinismos, goticismos exaltados, es también el impetuoso, el patético dramaturgo de las *Pietás* á estilo clásico. Como, por ejemplo, aquella admirable talla en madera que vimos en su Exposición de *Amigos del Arte* el año 1924, que es una de las obras maestras del género y uno de los más rotundos aciertos de la escultura española de nuestros días.

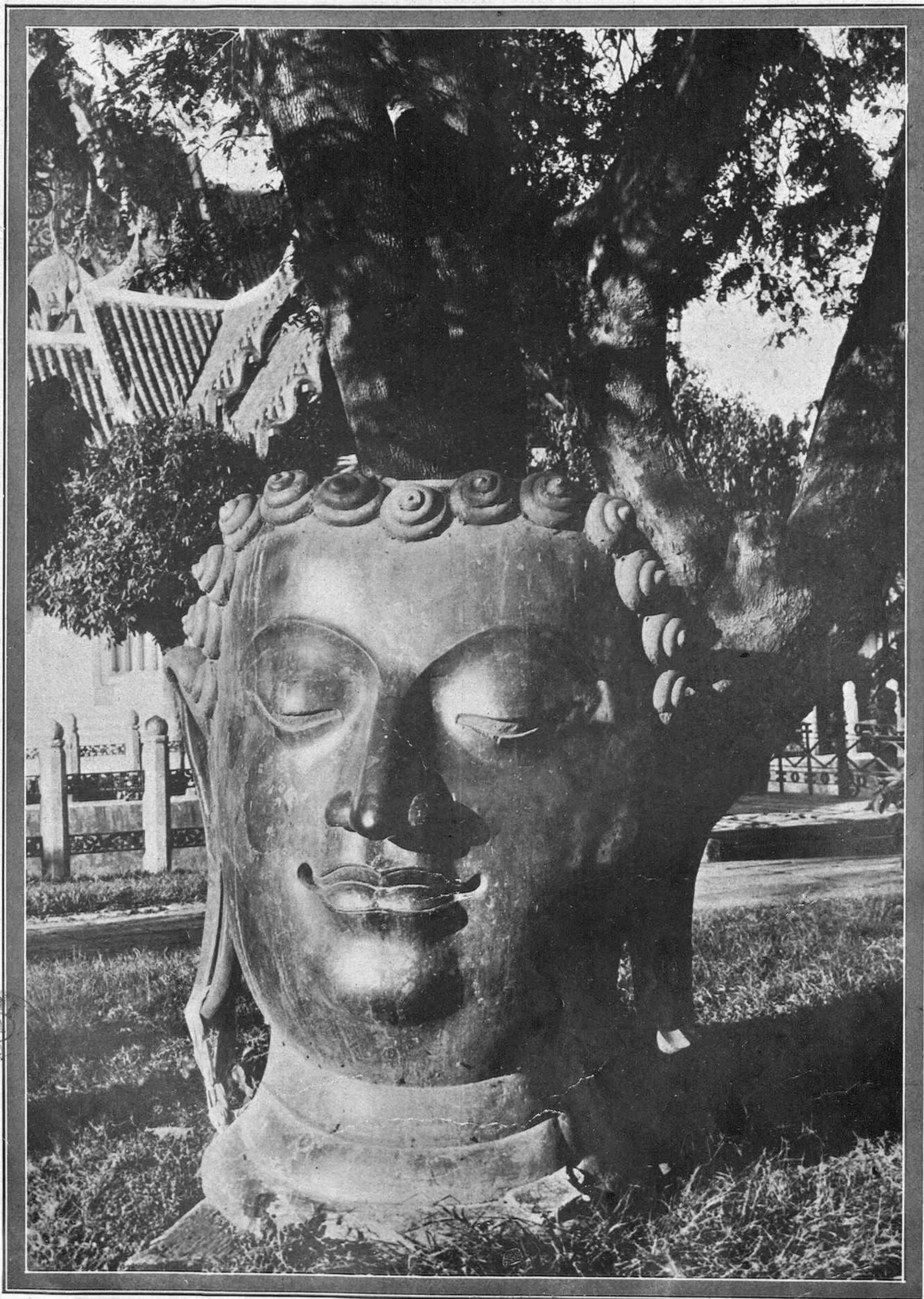
Como lo es también *Ariana*, en la cual culmina otro aspecto de Capuz: el sensual apasionado de la forma femenina, el mediterráneo de alma pagana. Sin descender á la regresión fetichista que estrecha los límites de los escultores jóvenes frente á la voga negra, he aquí un modelo de simplicidad, de esquemático estudio de los volúmenes. Pero, además, una poderosa turbación de carne femenina, de voluptuosidad de mujer del Sur. El delirio místico, el ascetismo cristiano que hay encendido como una lámpara votiva en la *Piedad* ó en el *Cristo Yacente* de la Cofradía de los Marrajos en Cartagena, ó del magnífico relieve en mármol, *Cristo, la Virgen y San Juan*, con destino á una capilla particular, es aquí todo lo contrario: algo de tal manera inquietante de tan humano, de tan «animalmente humano», que diríase se respira la fermentación genesiaca de una selva tropical.

Y sin violencia, sin abdicación, sin pérdida de ninguna de sus cualidades sensoriales ó manuales, va Capuz de esta obra á la majestuosa gracia del mármol titulado *Madre*, donde apenas se insinúa un barroquismo detenido en los linderos del buen gusto, no traspasados nunca por el insigne escultor, á la doncellez dos veces estatuaría de la figura broncea que habrá de servir para contemplarse á sí misma en el espejo vivo de una fontana, ó á las gigantescas figuras alegóricas para el palacio de La Equitativa, ó el radiante y carnal esplendor de los cinco desnudos, armónicamente dispuestos, de uno de los frisos que habrán de ser colocados en el Círculo de Bellas Artes. Y es el cronista plástico de artistas, de muchachas de su época—á citar: el Sr. Sorolla (hijo), el malogrado Peppino Benlliure, el pintor Muñoz Degrain, el pintor Sorolla, el doctor Moliner, las hijas del marqués de Urquijo—, sin olvidar las glosas de motivos de otros tiempos, como *El arquero*, *La danzarina* y *Lápidas funerarias*, cuyo hieratismo, cuya severa simetría y policromía acertada marcan la supremacía del género.»



«La Justicia», estatua con destino al Palacio de La Equitativa

EL REMOTO HEROISMO



Remoto para nosotros, en la doble lejanía del tiempo y la distancia geográfica, este heroísmo que conmemora la colosal testa de bronce en el Parque público de Baugkok. A él fué llevada hace doscientos años por los guerreros siameses vencedores en una batalla famosa, que les hizo dueños del templo de Burmeso. Durante dos centurias, la testa de cabellos acaracolados sonríe al fervor y á la indiferencia de los hombres. Es la suya la eterna sonrisa enigmática del Oriente, que aun ahora, en los momentos en que el «peligro amarillo» se agudiza, no pierde su encantador misterio...

ATENEO
BIBLIOTECA
MADRID



(De izquierda á derecha).—En primer término: Enrique de Mesa, Julio Camba, Sebastián Miranda, Luis de Tapia, Palma, Juan Cristóbal.—En segundo término: Belmonte, Valle Inclán, Pérez & Ayala, Penagos, Sancha, Bagaría, Antonio Robles, Palencia, Miguel Nieto, Romero de Torres y Tovar

SUPUESTO BANQUETE AL ESCULTOR MIRANDA, dibujo humorístico de Sancha

CÓMO DEBEMOS VER ESPAÑA EN EL VALLE DE LACEANA



Junto á la escuela de Río Oscuro

SE comprende muy bien que cuando sale un poeta de estos rincones montañoses, tan íntimos y tan escondidos, sea su musa ingenua é infantil. Volvemos á la Naturaleza é incluimos en la Naturaleza la humanidad primitiva de sus habitantes, gentes de costumbres sencillas. Llegar al valle de Laceana, ya bien entrado Mayo, cuando la primavera se decide á franquear los montes, es asomarse á una pequeña Arcadia. Hablando, no de Laceana, en las montañas de León, sino del valle astur de Laviana, Palacio Valdés—poeta, en *La aldea perdida*, del género á que aludo—no deja de pensar en la Arcadia feliz. Para él acabó la Arcadia cuando la industria empezó á explotar las minas de carbón. En efecto, muchos rasgos de la vida antigua se han borrado. Muchas delicias se perdieron. Yo oí contar en San Román de Candamo que antes traía el Nalón los peces más finos y de mayor precio, á tal extremo, que una de las primeras huelgas de Asturias tenía, entre otras peticiones obreras, la siguiente: «Que en la comida de las seis jornadas de trabajo no nos den los patronos todos los días salmón». Hoy el río no lleva salmones, sino arenilla de carbón. La Arcadia feliz trabaja; gana en ella dinero mucha gente de tipo menos familiar, menos legendario. Y esto ocurre también en el valle leonés de Laceana, con la diferencia de que las minas apenas han desvirtuado el carácter bucólico y pastoril de la región.

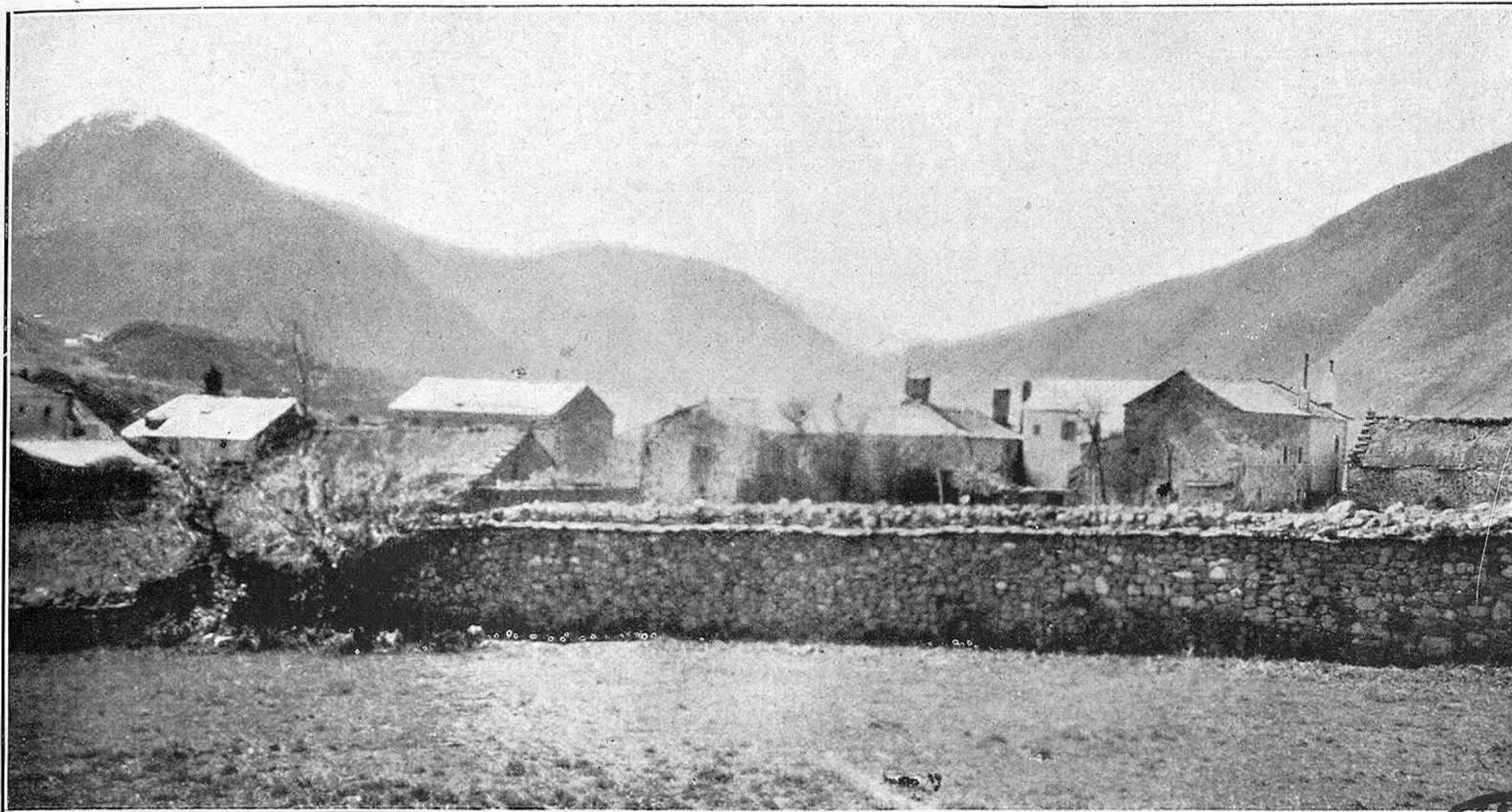
He aquí un lugar donde, si España conociera sus propias bellezas, vendrían turistas y veraneantes de Junio á Septiembre. Quedarían los meses crudos del invierno para gente más brava, aunque yo declaro que ésta es la época en que la montaña aparece en toda su majestuosa grandeza. Pero ese conocimiento empieza ahora. Hay ciudades y paisajes de muchas regiones es-



Los primeros hórreos

pañolas que hace veinte años nadie consideraba dignos de una visita. Recuerdo que el padre Henríquez Flórez, el autor de la *España Sagrada*, estuvo en Cuenca y escribió algo parecido á lo siguiente: «Conviene venir á Cuenca una vez, para haberla visto y para no volver otra vez.» Cuenca le parecía rodeada por todas partes de despeñaderos temerosos y desagradables. A pesar de esta opinión y de otras más ligeras, Cuenca es una de las ciudades singulares y maravillosas que un español debe conocer, como Santiago, Toledo, Granada, Cádiz... De estos valles, metidos entre riscos, ni siquiera se habla.

Los laceanos son, entre todos los españoles, de los que más afecto guardan á la tierra natal. Vayan donde fueren, siguen unidos al valle de Laceana por infinitos lazos de cariño y de interés. Hay en Madrid una colonia numerosa de leoneses que se ayudan mutuamente y dan al paisanaje verdadero valor. Hay grandes familias que han realizado verdadera obra, extendiéndose por España y por América. De Villablino, centro espiritual del valle, salieron tantos conquistadores como de Trujillo; pero los laceanos ni son hombres de guerra ni se preocupan del dominio público. La conquista de América sigue para ellos, como la de Madrid, y la logran á fuerza de servicios y de trabajo. La famosa fundación de Sierra Pampléy ha publicado alguna vez folletos, donde aparecen los nombres de sus alumnos dispersos por las cinco partes del mundo. La historia de estas emigraciones sería una aportación interesantísima á la de la expansión española en el siglo XIX. Hoy continúa, aunque España les ofrece más campo para trabajar. En todo caso, emigrantes á España ó emigrantes á América, los laceanos piensan en el valle, envían recursos en circunstancias difíciles, ayudan á construir escuelas, y, sobre todo, abren en todas



Panorama de Villablino



partes sus factorías para ayudar á los paisanos. Suele darse esta unión en pueblos estrechados por la Naturaleza ó por la historia, y en razas perseguidas. Aquí, la solidaridad quizá nazca de la estimación por las buenas cualidades nativas de estas gentes; por su fidelidad y su laboriosidad, que ellos mismos conocen mejor que nadie; pero también debemos ver otro influjo menos positivista. En cada laceano descubre su compatriota todo el valle de Lacedana. Estima en él todo el valor de la madre común: la tierra.

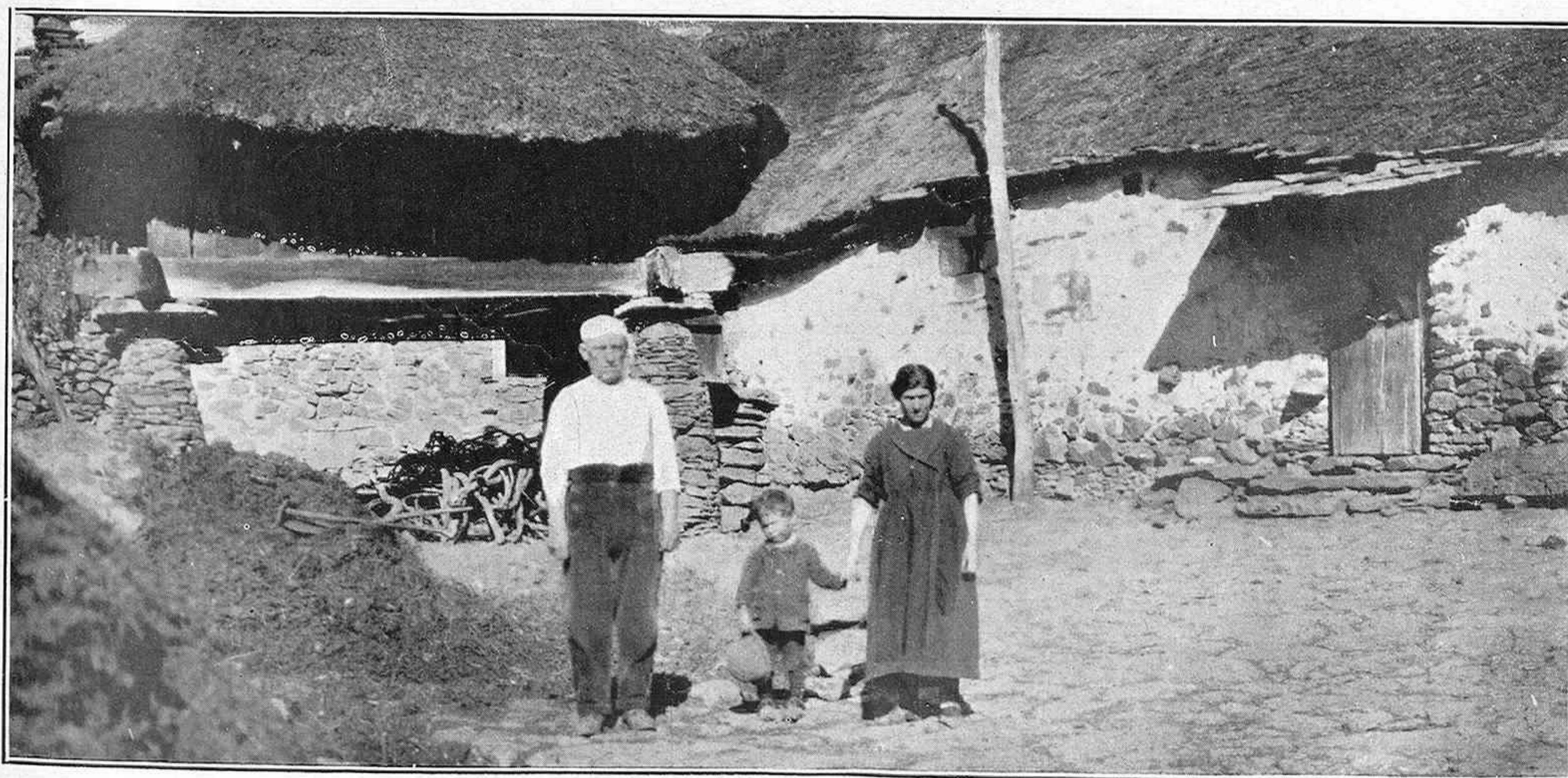
Y, realmente, pocos rincones del mundo tienen el encanto de estos pueblecitos entre montañas: Lumajo, Río Oscuro, Sosas, Orallo, Villayer, los Caboalles y los Rabanales, de arriba y de

abajo; Llamas, Robles y San Miguel. Todavía quedan la Puebla, Villarino y Villaseca; y, sobre todo, Villablino. Todos ellos se comunican hoy: unos, por buenas carreteras; otros, por sendas que ahora estarán cubiertas de nieve. Para llegar al valle hay autobuses—la gran revolución de nuestro tiempo—que van desde León, por Murias de Paredes ó por Río Luna y las Bab'as. Por cualquiera de las dos líneas el camino es soberbio.

Una de las impresiones más bellas y más honradas de este viaje la he recibido en Sosas de Lacedana. Aquí hemos visto ya los primeros hórreos y un trasunto de la vida asturiana. Asoma la pobreza, la limitación, en las casas montañesas de tipo astur, negras del humo del llar y de los

años. Se concibe que estos chiquillos atraviesen el mundo, fuertes como robles y habituados á todas las molestias. Han resistido en su infancia una vida mucho más dura que la del emigrante. Pero, apenas puede, el aldeano se levanta, se instruye y cambia de piel. Los viejos siguen al pie del hórreo, si el muchacho que emigró no tira de ellos, y á veces prefieren sus hábitos de siempre, considerando que un par de vacas ya bastan para su bienestar. De esta Lacedana antigua á la que va dibujándose ya en pueblos más modernizados, va un gran salto. Pero la casa ahumada y el hórreo son preferibles á las casas en serie de los mineros de Villaseca.

LUIS BELLO



Casas y hórreos de Sosas de Lacedana

(Fots. del autor)

INFORMACIONES DE DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

LO QUE DICE SANCHÍS BANÚS. CAUSAS DE LA LOCURA. LA CUESTIÓN HEREDITARIA. LOS NERVIOS, LA PROFESIÓN Y LA VIDA MODERNA EN LOS DESEQUILIBRIOS NERVIOSOS. ALGUNAS PALABRAS EN TORNO DE LOS MANICOMIOS

ERAMOS todo atención entre el abigarrado auditorio que escuchaba en el anfiteatro grande de la Facultad de Medicina al insigne psiquiatra D. José Sanchís Banús. El tema—*Enfermedad y muerte del Príncipe Carlos*—, lleno de sugerencias é interés, nos tenía prendidos con la fácil palabra y contundente razonar del joven mentalista.

La conferencia tendía á demostrar que el desventurado hijo de Felipe II y biznieto de doña Juana la Loca—después de apuntar las tres versiones que acepta la Historia respecto á su muerte—murió, á los siete meses de ser recluido, víctima de un delirio de persecución, según parece, de una acidosis de ayuno causada por su negativa á comer, temeroso de ser envenenado.

Y cuando una salva de aplausos acogía las últimas palabras del ilustre conferenciante, fuimos á su encuentro con nuestro parabién y un dirigido propósito, el de sostener con él una conversación alrededor de las enfermedades mentales. Comenzamos de camino hacia su casa, en su magnífico automóvil, solicitando algunos detalles referentes á su vida médica.

—Dudo que sean interesantes—comienza—esos detalles que me solicita... De todos modos, le diré, á grandes rasgos... Hice mis estudios en Valencia, desarrollando con toda perfección el programa de un «buen chico», en el sentido más estúpido de la palabra. Tengo matrícula de honor en todas las asignaturas y premio en la Licenciatura y el Doctorado... Afortunadamente, unas oposiciones á Cátedra—esas inevitables y prematuras oposiciones á Cátedra que todo «niño fenómeno» se cree en la obligación de hacer antes de los veintidós años—en las que fracasé justamente, porque una cátedra de Medicina no se puede dar á nadie aunque recite muy bien unos cuantos textos, truncan mi triunfal carrera con éxitos de guardarropía, y me dieron la ocasión de conocer y tratar á Teófilo Hernando... A mi padre y á él—prosigue—debo mi formación espiritual... Más detalles para la Historia de la Medicina—agrega con una sonrisa cordial—; pasé en Madrid las horas absurdas y difíciles de una bohemia amable; trabajé con la feroz ambición que siempre tuve, é ingresé al cabo en el hospital Provincial, hace ahora justamente ocho años.

—¿Qué le llevó hacia la especialidad?

—Mi afición á la especialidad nació conmigo. No recuerdo haber tenido en ella ni la más leve veleidad. Desde que tengo uso de razón aspiré á ser médico de locos. Eralo mi padre. Así que piense usted como quiera de la herencia de la vocación.

Habíamos llegado á su casa, un lujoso piso de la calle de Goya, donde en una escondida estancia amurallada de ruidos callejeros, bloqueada por millares de volúmenes, proseguimos la charla.

—Dígame, D. José, ¿quiere señalar algunas de las principales causas de la locura?

—La locura—subraya y define—no es una enfermedad; es un concepto social y no médico; se dice, en efecto, que *está loco* aquel que se conduce de manera distinta á la que señalan las normas en uso... Alienado quiere decir etimológicamente «extraño». Se puede *estar loco* y, por ende, conducirse de *manera extraña* padeciendo enfermedades muy diferentes. En conjunto, sin embargo, estas enfermedades distintas ó bien son de causa externa—llamamos exógenas á tales enfermedades—ó bien obedecen á una causa interna—endógenas—. De las causas externas, las dos que merecen mayor consideración son el alcohol y la sífilis. Los demás envenenamientos y las otras enfermedades infecciosas, capaces de provocar trastornos mentales, figuran en proporción despreciable como causa del ingreso en un Manicomio...

—¿Ni aun los llamados estupefacientes?...

—Aun la propia morfina y la cocaína, contra las cuales tan enérgicamente se lucha hoy, tienen una importancia social despreciable frente al alcohol; conste que esto no es hacer la apología de los toxicómanos. Pero desde el fondo de mi alma protesto contra la injusticia que encierra el trabar la adquisición de los estupefacientes, mientras que cualquiera, por unos céntimos, puede lograrse la cantidad de alcohol que se necesita para llevar á un hombre al manicomio.

Se detiene un instante, para continuar en estos términos:

—En lo que se refiere á las enfermedades de causa endógena, la Psiquiatría tiene hoy la tendencia de considerarlas como agudizaciones del temperamento, del modo de ser del enfermo. Cada cual no puede padecer otra enfermedad sino aquella que es como una deformidad caricaturesca de su temperamento...

Y deteniendo su parla flúida:

—Dígame ahora algo sobre la cuestión hereditaria de la locura.

—Concedamos, en efecto, á la herencia, una gran importancia causal—tiene como apotegma; al que objeta—; pero la consideramos desde luego con un criterio mucho más científico que en la época en que se hablaba de «degeneración». Aquella especie de vaga maldición que pesaba sobre una familia, por la que los hijos de ciertos padres padecían indistintamente toda clase de enfermedades nerviosas y mentales, era absurda y antibiológica. Hablar de herencia, allí donde los padres legaban á sus hijos algo que ellos no tenían, es verdaderamente algo pintoresco.

Y ataca, tras un ligero silencio:

—Ese terror que los biznietos de un alcohólico ó los parientes de un demente senil suelen traer á las consultas, imaginando que de resultados de tal parentesco están particularmente inclinados á la locura, es absurdo. Una estadística de Diem y Koller ha encontrado que hay aproximadamente el mismo número de «parientes» locos entre cien inquilinos de un manicomio, que entre cien sujetos normales y sanos mentalmente.

—Señalando otro tema, ¿no cree usted que existen determinadas profesiones que llevan con más frecuencia que otras á la locura?

—No... Ya antes le dije que, entre las causas exógenas, sólo el alcohol y la sífilis tienen verdadera importancia. La profesión, no... Si determinada profesión figura con mayor frecuencia en las estadísticas de los ingresados en un manicomio, no hay que conceder á ello valor causal; puede tratarse á lo más de un tipo de ocupación—parece brindarnos con sus palabras—que por su propia naturaleza envuelva tales riesgos y tan escasas probabilidades de triunfo social, que el mero hecho de escogerla sea ya un indicio de personalidad psicopática. Estas «personalidades psicopáticas»; estos «modos de ser patológicos» constituyen el terreno común en el que prospera y fructifica muchas veces un trastorno mental de causa psicógena. Son de estos de los que dice la gente: «Se volvió loco del disgusto», ó «de la pena», ó «del susto»... Ningún disgusto, ninguna pena, ningún susto... pueden enloquecer á un sujeto que reaccione normalmente ante estos hechos.

Y completa, empujando sus palabras con un gesto de convicción:

—El que por dichas influencias se trastorna, era un loco desde que nació.

—¿No cree usted que la vida moderna, colmada de horas de agobio y desatadas ambiciones, predispone á desequilibrios nerviosos?

—Tampoco...—rechaza—. Muchos seres acuden á la consulta del especialista con la historia que yo llamo de «la debilidad». Han tenido—dicen—«exceso de trabajo», «se alimentaron poco» y han caído enfermos. Ahora bien; se puede asegurar rotundamente que el trabajo, por intenso que sea, no enferma á nadie por agotamiento *mientras se haga á gusto*. Lo que hace enfermar—opone, después de una breve pausa—es



El doctor Sanchís Banús

el tono sentimental del trabajo, no la cantidad de él. Diez minutos de trabajo desagradable agotan más que veinticuatro horas de una labor gustosamente realizada. Los que enferman por exceso de trabajo son, pues, en realidad, ó perezosos que quieren sobrevalorar la escasa tarea que hacen, ó desorientados que se ocupan en lo que les desagrada. Y en este sentido, la vida moderna tiene una indudable influencia. Crea ambiciones desmesuradas, precipita á los muchachos en una senda engañosa, donde parecen adivinarse beneficios cuantiosos, y los esteriliza para la actuación social robusta del hombre sano que trabaja como cualquier mecanismo al máximo de su rendimiento.

Un silencio entrambos, deshecho, al cabo, con esta otra pregunta:

—¿Quiere usted decirme algo en torno á los Manicomios?

Y son sus primeras palabras:

—En España han sido, hasta ahora, cárceles de locos. Con esa idea simplista de que «la locura» es «una enfermedad» que «no tiene remedio», lo que suelen pretender las familias es desprenderse del enfermo que les estorba. Los que hemos dirigido establecimientos públicos de reclusión hemos recibido muchas más recomendaciones para entorpecer el alta de un enfermo, que para procurar salga cuanto antes. Pero, afortunadamente, ya tiene estado oficial en España la preocupación psiquiátrica, y la influencia personal de algunos mentalistas—cito con especial placer á Sacristan y Santos Rubiano al frente de sus respectivos servicios de Ciempozuelos—en sus manicomios han cambiado el sentido de la reclusión, transformándola en una estancia transitoria para curar la enfermedad mental. En el mismo sentido trabajan todos los directores de Sanatorios privados, á cuyo prestigio interesa, naturalmente, contar con un buen número de altas por curación.

Hacia el remate de la charla.

—¿Cuál es el ciclo de sus días de trabajo?

—Madrugo. Me impongo la obligación de estudiar cuatro horas antes de salir de casa. Paso la mañana en mi servicio de hospital, dedicado á la enseñanza, á la que me considero obligado por los medios de que dispongo. Por la tarde trabajo en ganar mi vida y la de los míos.

—La última curiosidad. ¿Cuál es el ideal de su vida?

—Como buen español, he soñado siempre con el gordo de Navidad. Construiría entonces un Sanatorio donde sólo hubiera dos dueños: el enfermo y la Psiquiatría. En este Sanatorio de ensueño no habría clases. Como todos estarían perfectamente atendidos, nadie necesitaría mejorar su trato. Cada cual tributaría un tanto por ciento de los ingresos que en el hogar quedarán después de recluir al enfermo. Y...—se detiene un instante, para dejar libre una sonrisa—permítame contenga mis sueños, porque de lo contrario me veré obligado á autodiagnosticarme.

LORENZO RODERO

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA
POR
JACK LONDON



TRADUCCIÓN

DE

FERNANDO
DE LA MILLA



ILUSTRACIONES
DE E C H E A

(CONTINUACIÓN)

Ya es aba el puente medio sumergido cuando Dag Daughtry volvió al bote. El viejo marino había tomado la caña del timón. Izaron una pequeña vela, para aprovechar el ligero viento que se había levantado.

De pronto, una exclamación de Kwaque y su brazo extendido atrajeron otra vez todas las miradas hacia el bauprés del *Mary Turner*, á cuyo largo el gato de á bordo perseguía á una rata. En seguida, otras ratas, huyendo del agua, aparecieron corriendo desalentadas de un lugar para otro.

—¡No es posible abandonar á ese pobre gato!— dijo el mayordomo.

—¡Claro que no!— aprobó el viejo marino, interrumpiendo la operación de desanudar la última amarra.

Salvado, pues, el gato, Dag, el marino, Kwaque y el chino cogieron los remos.

La ballena parecía no prestarles ya atención. Solamente el navío era objeto de su rencor. Creyérasela también un poco fatigada de la lucha, visiblemente lastimada por los choques con el bergantín. Los del bote chico que se alejaba, y desde donde *Michael* no dejaba de ladrar al monstruo, víéronla disponerse á un nuevo ataque.

—Con el agua que hay en el bergantín, este va á ser el golpe de gracia— dijo Dag, haciendo unas señas para que dejaran de remar por un momento.

La ballena volvió á cargar, y el *Mary Turner*, esta vez, se hundió para siempre en el abismo.

—¡Barco acabado!— dijo Kwaque á manera de oración fúnebre.

La ballena ya no se movía. Ahora parecía flotar como una masa inerte.

—Se han destrozado el uno contra el otro— declaró Stough Greenleaf—. Lo que se dice *knock-out*.

Y suspiró:

—¡Un barco tan hermoso!... No había otro mejor. ¡Un barco tan hermoso!...

XIII

«MICHAEL» SALVA LA SITUACIÓN

Dos días después, los pasajeros del vapor correo *Mariposa*, que hacía su ruta habitual de Taití á San Francisco, distinguieron un pequeño bote que, impulsado por una brisa ligera, avanzaba penosamente en su dirección. A medida que el esquife se aproximaba, las partidas

de tejo se suspendían en el puente, y las de cartas en el salón de fumadores, hasta producirse una desbandada general para ir á acodarse en la borda.

Cuando la embarcación llegó al costado del paquebot y el marino escandinavo, ayudado de Ah Moy y de Kwaque, empezó á bajar la vela, se oyeron grandes risas, provocadas por el extraño aspecto de los naufragos que se presentaban y del arca de Noé que los conducía: un gato, dos perros, una cacatúa, un viejo chino, un negro de crespita pelambre, un gigante enflaquecido de cabellos rubios, un Dag de cabeza gris y un viejo marino que no desentonaba en la colección. Todo confundido con ropas de cama, cajas de conservas, un barril de agua dulce y unas botellas de cerveza.

Un viajero interpelló á Stough Greenleaf:

—¿Qué pasa, padre Noé? ¿Es el diluvio? Sin duda, lo que andas buscando es el monte Ararat...

—¿Se ha pescado mucho?— preguntó otro bromista.

—¡Y hasta tienen cerveza!— exclamó otro más—. ¡Pero lo que se dice cerveza inglesa de la mejor! ¿No habría una botella para nosotros? Jamás tripulación naufragada fué recogida tan alborozadamente.

Dag Daughtry se encargó de las presentaciones al capitán del *Mariposa*.

—Soy—le dijo—mayordomo de oficio, y si pudiera usted ofrecerme trabajo á bordo... Este Goliat es marino, y con mucho gusto se uniría á sus hombres. El chino es cocinero, y el negro es de mi propiedad. En cuanto á Mr. Greenleaf, es un perfecto *gentleman*. Si dispusiera usted de una cabina de lujo... Es lo mejor que podía venirle.

Explicó á continuación que eran naufragos de un bergantín, el *Mary Turner*, que había sido hundido por una ballena. Las viejas damas de á bordo alzaron los brazos al cielo.

—Capitán Hayward—preguntó una de ellas, trémula de ansiedad—: ¿cree usted que una ballena sería capaz de hundir el *Mariposa*?

—No, señora. Puede estar tranquila. Además, estos amigos son unos bromistas, como toda la gente de mar.

Había transcurrido apenas una semana cuando el *Mariposa* franqueó la Puerta de Oro y fué á recalar en una de las dársenas de San Francisco. La historia de la ballena proveyó al día siguiente, merced á los cuidados de los reporteros, la crónica sensacional de los periódicos. Pero todo el mundo parecía unánime en la incredulidad, y las imaginaciones se desinflaron tan rápidamente como se habían inflado con el relato de la fantástica aventura.

El marinero escandinavo fué á hospedarse á una pensión para marinos, y como no tardara en irmar un nuevo contrato de trabajo, embarcó seguidamente. Ah Moy no llegó más lejos de las salas de la Oficina Federal de Inmigración, desde donde fué reexpedido para China en el primer vapor. El gato fué adoptado por los marineros del *Mariposa* y se fué con ellos á Taití. *Scraps* fué recogido por un contraestre, que lo desembarcó y lo confió á los cuidados de su familia.

Dag alquiló dos modestas habitaciones para él, Stough Greenleaf, Kwaque, *Michael* y *Cocky*.

Al día siguiente le dijo al «viejo marino»:

—Lo que nos hace falta, amigo mío, es dinero. Cuento con usted para procurárnoslo. Desde hoy se instalará usted en el Bronx-Hotel, uno de los más reputados de la ciudad. Pedirá usted una habitación modesta, pero decente, y, como medida económica, hará usted fuera las comidas. Allí, en el hotel, arrellanado en un gran butacón de cuero, un enorme cigarro en la boca, volverá usted á buscar comanditarios para rescatar el tesoro. Aunque el diablo se oponga, estoy seguro de que hallará usted un nuevo *creyente*. Desde luego, corren de mi cuenta los primeros gastos.

Así se hizo, sin perder un instante. Stough Greenleaf, valerosamente, puso manos á la obra. Tomó un *taxi* y se dirigió al Bronx-Hotel, mientras Dag buscaba una ocupación cualquiera razonablemente lucrativa. El tenía que atender á la comida y al albergue de Kwaque, de *Michael* y de *Cocky*, á la necesidad ineludible de sus seis litros cotidianos y á la manutención accidental del «viejo marino».

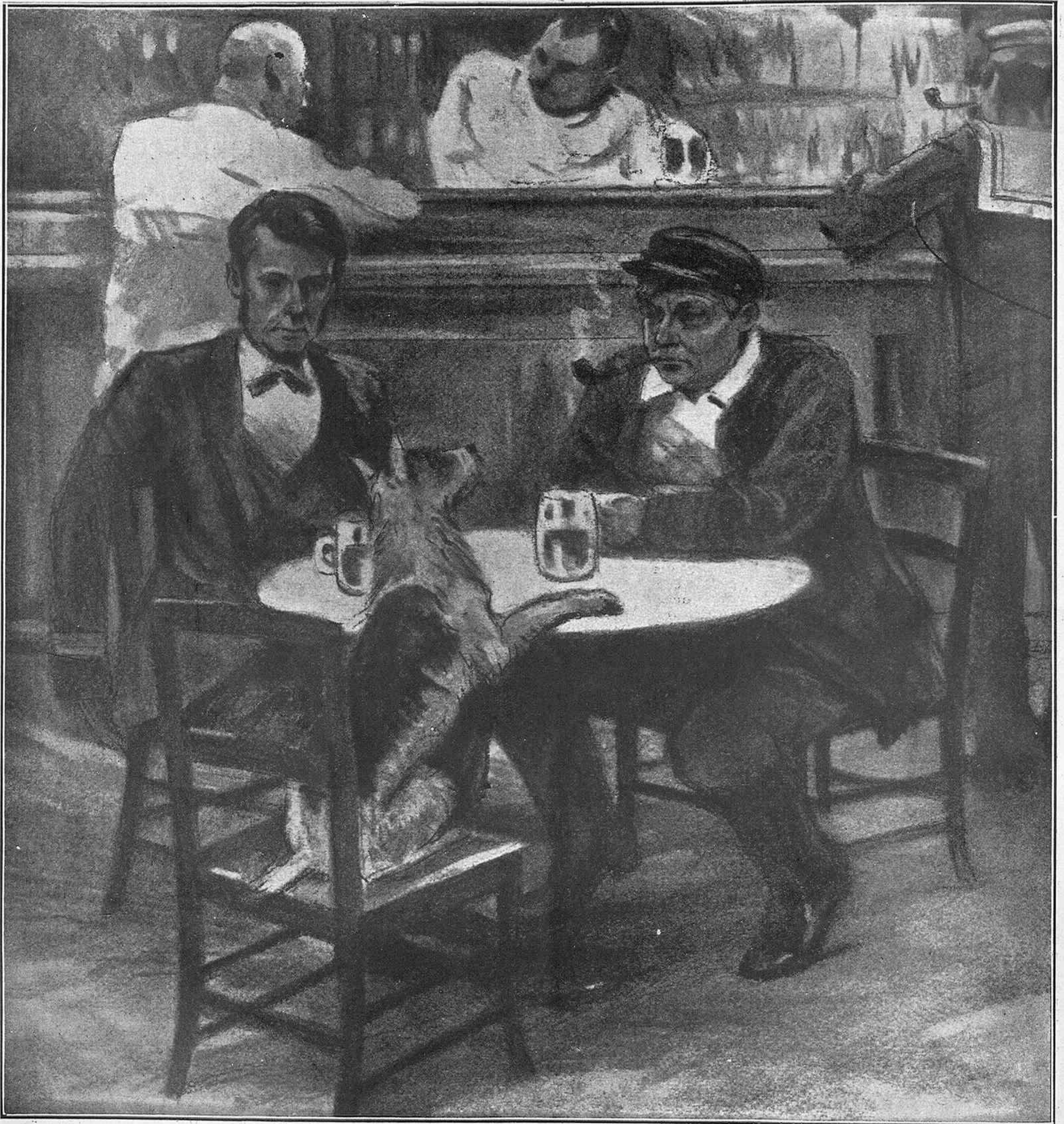
Pero no era fácil hallar ocupación por aquella época en San Francisco, en donde abundaban los sin trabajo. Dag no encontró nada que le conviniera. Intentó diversas ocupaciones, que abandonaba en seguida. Hasta se hizo obrero municipal durante tres días, después de los cuales tuvo que entregar á otro sin trabajo la espuerta y la pala.

Con Kwaque no había que contar. No sabía nada de la civilización, y le atolondraba aquella vida de gran ciudad. Su misión era guardar el albergue común y hacer compañía á *Michael* y á *Cocky*.

A *Michael* le desesperaba la estrechez de aquellas dos habitaciones, á él, acostumbrado á correr por las costas de las Islas de Coral ó en las plantaciones. Le parecía estar en prisión. Solamente por la noche Dag lo sacaba un rato á la calle, lo que constituía para él un nuevo suplicio.

«Cuidado con los pies!» es el último alerta de la civilización urbana en el siglo xx, y el aviso,





«Michaël» se agitó en su silla, puso una pata sobre la mesa é intentó lamer el rostro de su amo

bueno para los humanos, no lo es menos para los perros.

Michaël no tardó en aprender esta verdad. Millares de pies humanos, calzados de cueros, iban y venían sin cesar á su alrededor, sin cuidarse de las cuatro patas del pequeño *terrier* de Irlanda y de su derecho á circular como todo el mundo.

Había también un número tan considerable de dioses blancos, que forzosamente en el espíritu de *Michaël* sufrieron una depreciación sensible. Por otra parte, su dios blanco, el suyo propio, adquiría con todo ello mucho más valor. El mayordomó era para el pobre perro

algo así como el seno de Abraham, en donde hallaba refugio y confortación contra todos sus males.

Las salidas nocturnas conducían al mayordomó invariablemente á algún *bar*, en donde, bien delante de un largo mostrador, los pies en un suelo cubierto de serrín, ó bien sentado á las mesas, los clientes, en su mayor parte marinos de la costa ó de la bahía, ú obreros del puerto, bebían y charlaban, promoviendo una algarabía espantosa. *Dag*, desde luego, no volvía á casa sino después de haber ingurgitado el último de sus seis litros.

En uno de estos bares hizo numerosos cono-

cimientos, y más íntimamente con el capitán de una pequeña goleta que navegaba por la bahía y por los ríos de San Joaquín y Sacramento que en ella desembocan. El *Howard* podía recibir un cargamento de ochenta toneladas. El capitán *Jorgensen* procedía á la buena de Dios á su carga y descarga en compañía del cocinero y de los dos únicos tripulantes. Navegaban á toda hora, de noche y de día, en plena mar y en baja mar. Uno solo quedaba en el timón durante la noche, mientras los otros tres descansaban. Se trabajaba firme; pero la comida era buena y abundante, y los sueldos, de cuarenta y cinco á sesenta dólares mensuales.

El capitán Jorgensen prometió á Dag llevarlo con él como cocinero.

—Me tiene hartó—le dijo—mi cocinero actual. Lo voy á despedir muy pronto. Entonces te vendrás conmigo... y con tu chuchó, desde luego.

Y diciendo esto, el capitán Jorgensen dejó caer sobre la cabeza de *Michaël* su manaza, dura y encallecida.

—Es un gran perro. Y un perro es siempre muy útil á bordo de un costero. Cuando el buque está amarrado, el perro monta la guardia, mientras todo el mundo duerme.

—Perfectamente—aprobó Dag—. Despida usted al cocinero.

El capitán Jorgensen movió cachazudamente su pesada cabeza.

—No. Antes tengo que partirle la jeta.

—Cuando usted quiera. Pero no tarde mucho. Mire... ¿No ve? Allí está.

—Hombre, hay que buscar un pretexto, aunque, por otra parte, me sobran á millares. Pero yo quiero un pretexto verdad, para que nadie tenga nunca nada que decir, y que todo el mundo me apruebe y me felicite: «¡Bravo, capitán!» En cuanto hagamos esto, la plaza es tuya.

De día en día, sin embargo, empeoraba la situación de Dag Daughtry. Pronto habría dado fin de todas sus economías.

Ni de Simón Nishikanta, ni del capitán Doane, ni del hacendado granjero californiano se había vuelto á saber. Sin duda, menos favorecidos que Dag y Stough Greenleaf, habían terminado siendo pasto de los tiburones.

•••••

Estaba el mayordomo una noche sentado melancólicamente á una mesa del *bar* titulado, por cierto, *La cita de los plantadores de Pílotis*. Durante el día había tenido una comunicación telefónica con Stough Greenleaf, quien le había dicho que un ex charlatán en medicina, hoy retirado, estaba para morder el anzuelo de un momento á otro. Pero hacía falta sostenerse algún tiempo más para llevar el negocio á buen fin. El «viejo marino» había propuesto empeñar sus famosas sortijas. Pero Dag se había opuesto.

—¡Consérvelas como oro en paño! También ellas están representando su papel. Y, sobre todo, que ese señor no le vea á usted excesivamente interesado en el viaje. Que sea él quien vaya á usted. Por el dinero no se apure. Yo lo buscaré.

En realidad, el mayordomo tenía aquella noche lo puramente indispensable para pagar una semana de alquiler, que debía haber pagado tres días antes, y que la patrona reclamaba con insistencia. La cuenta del hotel en donde se alojaba el «viejo marino» sufría ya un retraso de quince días, y su importe, como de un hotel de primer orden, representaba una suma prodigiosa para gente como ellos, que no tenían un céntimo. A Greenleaf no le quedaban más que nueve dólares, los que necesariamente debían ser consagrados á acabar de deslumbrar á la víctima del fantástico tesoro.

Para colmo de desgracias, Dag Daughtry no había bebido hasta aquella hora más que tres litros, y para lograr los tres que faltaban iba á ser preciso tomarlo del dinero de la patrona.

Estaba en el *bar* el capitán Jorgensen, que acababa de arribar con su goleta cargada de heno. Fatigado, bostezaba que parecía desencajarse las mandíbulas. El cocinero conservaba todavía la jeta en su sitio, por lo que su sucesión empezaba á asumir categoría mitológica.

Para no comprometerse con la patrona sin renunciar por ello á unos cuantos bocks de cerveza—la cerveza con presión era una lástima al lado de la embotellada, pero no había otro remedio en aquella ocasión—, á Dag se le ocurrió una idea magnífica.

—¿Sabe usted—le dijo—, capitán Jorgensen, que *Killeny-Boy* sabe tanto cálculo como usted y como yo?

—¡Ya, ya!...—gruñó el capitán—. Los perros calculadores... He visto muchos por esas ferias. Y caballos también... Pero son engañosas. Las bestias no saben contar.

—Mi perro sabe contar—insistió Dag tranquilamente—, y voy á probarlo en seguida. ¿Qué

se apuesta usted á que si le digo al camarero en voz alta que me traiga dos bocks de cerveza, y en voz baja que no me traiga más que uno y me trae uno solo, el perro se pone á ladrar?

—Bien. ¿Qué nos apostamos?

El mayordomo palpó sus bolsillos vacíos. Pero *Killeny-Boy* no podía haerle fracasar.

—El importe de dos cervezas.

—De acuerdo.

Le dijeron al camarero de lo que se trataba. Después Dag acercó una silla á la mesa é invitó á *Michaël* á saltar.

—Camarero, dos cervezas—gritó el mayordomo.

Y volviéndose hacia *Michaël*:

—¿Has oído bien, *Killeny-Boy*? He pedido dos cervezas.

Michaël se agitó en su silla, puso una pata sobre la mesa é intentó lamer el rostro de su amo.

Entonces el capitán Jorgensen declaró que si el perro acertaba, con doble razón volvería á prometerle á Dag la plaza de cocinero á bordo del *Howard* una vez «ejecutado» el detentador actual.

El camarero volvió con un bock solamente, que colocó delante del capitán, y al que éste echó mano rápidamente.

Michaël no había olvidado, á pesar del tiempo transcurrido, las lecciones de Dag á bordo del *Makambo*. Se irguió rápido, observó la mesa, vió que no se encontraba en ella el segundo bock, interrogó un instante con la mirada á su amo, y se puso á ladrar furiosamente hacia el lugar en que se encontraba el camarero.

El capitán Jorgensen abatió el puño sobre la mesa, gritando:

—¡Has ganado, mayordomo! Yo pago la cerveza. ¡Camarero, otro bock!

Dag recompensó á *Michaël* con unas cariñosas palmadas en la cabeza.

—Veamos otra vez—dijo el capitán Jorgensen, picado de curiosidad y enjugándose con el puño la espuma de la bebida—. Admito que entienda uno y dos. Pero, ¿y desde tres en adelante?

—Lo mismo que uno y dos.

—¡Eh! Hanson—gritó el capitán dirigiéndose á su cocinero—. Ven aquí. Vamos á tomar una cerveza.

Hanson se acercó y tomó asiento.

—¿Ves este perro? Sabe contar mucho mejor que tú... Somos tres. Dag Daughtry va á pedir tres cervezas. Yo haré señas al camarero para que no traiga más que dos. Y atiende á lo que pasa.

Se repitió la escena de antes, y fué imposible tranquilizar á *Michaël* hasta que trajeron el tercer bock. Lo mismo ocurrió con cuatro, y con cinco, etc.

Entretanto, otros hombres se habían agrupado alrededor de la mesa. Todos querían pagar la cerveza para ver á *Michaël* luciendo sus habilidades.

—¡Gloria de Dios!—pensó Dag aparte—. No hay quien entienda á la gente. Hace un momento me hubieran dejado morir de sed, y ahora quieren ahogarme en cerveza.

Varios de los presentes querían comprar á *Michaël*, por el que ofrecían de quince á veinte dólares.

El capitán Jorgensen llamó aparte al mayordomo.

—Escúchame. Dame el perro y al instante le parto la cabeza á Hanson. Desde mañana podrías ocupar la plaza.

Dag Daughtry rehusó, mientras que el dueño del *bar* se acercaba á él y le llevaba aparte á otro rincón para decirle en voz baja:

—Ven por aquí todas las noches con tu perro. En pago, te daré de beber cuanto quieras, y además, medio dólar.

Aquella noche, Dag, de regreso á su casa, habló á *Michaël* de este modo, mientras Kwaque le descalzaba:

—Me has salvado, mi querido *Killeny-Boy*... El dueño del *bar* te estima en medio dólar diario y en mi aprovisionamiento gratuito de cerveza. Yo creo que vales muchísimo más. Ese hombre, no me cabe duda, quiere especular con nosotros. Sabes, además, que estamos en las últimas y que tengo que buscar dinero para ti, para

mí, para Kwaque, para Mr. Greenleaf y para *Cocky*. Desde mañana por la noche vamos á buscar trabajo por ahí... ¿Quién sabe? A lo mejor es la fortuna. ¿Te conviene?

Y, naturalmente, sentado en las rodillas del mayordomo, sus ojos en los de su amo, nariz contra nariz, agitándose como un pez, y lanzando pequeños gritos de alegría, *Michaël* dió su más solemne aprobación. Acababa de hablar su amo. El ignoraba lo que había dicho. Pero, como siempre, sin la menor duda, acababa de decir el Evangelio.

XIV

LA EXPERIENCIA DEL DOCTOR MERRITT EMORY

El mayordomo y su perro irlandés no tardaron en hacerse célebres en el barrio marineró de San Francisco. Dag había perfeccionado sus exhibiciones, amenizándolas aún más con el concurso de *Cocky*. Cuando el camarero no traía el número de cervezas pedidas, la «acatúa», á una señal imperceptible del mayordomo, saltaba al cuello de *Michaël*, é inclinaba el pico hacia la oreja del can como para hablarle. Entonces *Michaël* ponía las patas sobre la mesa, contaba los vasos y lanzaba al camarero sus furiosos reproches.

Dag, por otra parte, había perfeccionado el talento de cantante de *Michaël*, y cuando, por vez primera, en un baile de marineros de la Pacific Street, entonaron los dos el *Roll me down to Rio*, los bailes cesaron como por arte de encantamiento. Gritaban todo: «¡Bis! ¡Bis!», y *Michaël* tuvo que cantar todo su repertorio.

Dag Daughtry, en recompensa, recibió de los dueños del establecimiento no sólo su ración gratuita de cerveza, sino además tres dólares en contante y sonante, amén del ruego reiterado de que volviera la siguiente noche.

El mayordomo afectó mirar los tres dólares con aire desdeñoso.

—¡Bah!—exclamó—. Para esto...

Incontinente el dueño le dió dos dólares más, y Dag se dejó convencer.

—¿Ves?—declaró el mayordomo á su perro de regreso á la pensión—. Pues todavía valemós más de cinco dólares. Eres único. En esto no cabe la menor duda. Caruso gana mil dólares por noche. Es posible que tú no seas lo que se dice un Caruso; pero no por eso dejas de ser el perro Caruso más grande que han visto los tiempos. En fin, todo tiene arreglo. Iremos por los barrios de la gente rica.

Pero la gente rica de San Francisco no desdeñaba el ir á pasar la noche en aquel viejo barrio de marineros, que fué considerado durante mucho tiempo el peor afamado de toda la Unión. De aquí que constituyera una diversión para las *snobs* de la ciudad recorrer en sus *autos* todos sus bares y todos sus bailes nocturnos. Hasta tal punto que los ingresos llegaron á ser considerables, pues en dos secciones de á veinte minutos Dag Daughtry sumó sus buenos veinte dólares, sin contar los ríos de cerveza ante los cuales cualquier hombre aún más sediento que él se hubiera visto obligado á darse por vencido.

Y así, *Michaël*, siempre feliz y orgulloso de ser útil á su amo, se convirtió en el cabeza de toda una familia. Kwaque resplandecía en un traje gris perla, con un pantalón de pliegues impecables, zapatos color de caoba y flexible italiano. Era un apasionado de los cinematógrafos, en los que permanecía, clavado en su butaca, hasta la hora del cierre.

Ya no tenía que ocuparse de la cocina del mayordomo, que comía ahora de *restaurant*.

El «viejo marino», que no había podido, según decía, decidir todavía á nadie á fletar un nuevo navío, había tomado en el *Bronx-Hotel* una habitación aún más suntuosa. Dag le proveía abundantemente de dinero para sus gastos, recomendándole mantenerse firme en sus condiciones hasta conseguir una oportunidad que valiera la pena.

—Esto no puede durar eternamente—explicaba Dag á *Michaël*—. En cuanto Stough Greenleaf encuentre el hombre que necesita, volveremos á embarcar. ¡Y adelante, á bordo de un hermoso barco, con grandes olas amenazando el



Y, naturalmente, sentado en las rodillas del mayordomo...

puente para distraernos! Ni el «viejo marino», ni tú, ni yo, ni *Cocky* hemos nacido para vivir en la ciudad. Aquí acabaré por ponerme malo. No sé fijamente lo que me pasa. Pero me siento languidecer... Menos mal que tengo la seguridad de que dentro de poco volveré á encontrarme en pleno océano, preparando *cock-tails* á Mr. Greenleaf. Llevaré una pequeña máquina para hacer hielo. ¡Y entonces sí que va á ser el ideal! También Kwaque se resiente de esta vida en tierra, que ya se prolonga demasiado. Se está embruteciendo en el *cine*, y va á acabar tuberculoso. ¡Viva el aire libre, chucho de mi vida!

La salud de Kwaque, aunque él no se quejara, se agravaba por momentos. Se le había casi insensibilizado, á consecuencia de una lenta inflamación, el axila derecha, acompañado el fenómeno de un dolor no muy agudo, pero incesante. Más de una vez, de noche, este dolor había despertado al pobre negro. Si Ah Moy, el viejo chino, estuviera con ellos todavía, y de haber querido hablar, habría podido fácilmente explicar al mayordomo lo que significaba aquella inflamación anormal y aquel dolor misterioso. También hubiera podido explicar á Dag por qué se inflamaba su propia frente, sobre todo, en el entrecejo, por qué empezaban á dibujarse en ella finas arrugas, cada vez más visibles, y por qué, del mismo modo, había dejado de funcionar el dedo meñique de la mano izquierda. El mayordomo, al principio, lo había creído solamente el efecto de una articulación anquilosada. Después había pronosticado un reumatismo crónico, debido al clima húmedo y brumoso de San Francisco. Lo que, naturalmente, le incitaba aún más á navegar cuanto antes hacia las cálidas latitudes de los trópicos, en donde, sin duda,

se curaría en seguida de aquellas anormalidades.

En tiempos en que ejercía su oficio de mayordomo, Dag se había ya codeado con la alta sociedad, que, por otra parte, se ocupaba muy poco de él. Pero ahora, en todos aquellos *cabarets* tenebrosos, era la gente de mundo la que le buscaba. Se disputaban el honor de venir á sentarse á su mesa, frente á él y su perro. Si él no hubiera preferido obstinadamente su cerveza, hubiera podido beber los mejores vinos. Con alguna frecuencia, le invitaban á dar una representación en algún domicilio particular. El se negaba, con objeto de hacer subir la remuneración, y confiaba á *Michaël* que ninguno de los dos se molestaría por menos de cincuenta dólares.

De este modo, Dag Daughtry conoció al doctor Walter Merritt Emory, con quien se había encontrado varias veces, y que era un apasionado admirador de los talentos de *Michaël*. El doctor le había dado su tarjeta, y le había ofrecido, lo mismo que á su perro, asistencia gratuita, en caso necesario. Dag, buen observador, había adivinado en el doctor Emory una persona de gran inteligencia, muy entendido en su profesión, pero posiblemente inmoderado en sus deseos.

—Doctor—le había dicho un día—, es usted un hombre excesivamente voluntarioso. Si yo poseyera algo que á usted se le antojara, le confieso que me sentiría muy intranquilo y me apresuraría á ponerlo bajo siete mil llaves y aun con un centinela para vigilar la entrada.

—Has acertado—había respondido el otro, riendo de muy buena gana—. Ese es el caso con...

Y, sin ambages, señalaba á *Michaël*.

—¿Sí?—exclamó el mayordomo—. Por mi salud que me pone usted carne de gallina. Si no

estuviera seguro de que todo es una broma, salía de San Francisco antes de cinco minutos.

Pareció reflexionar un instante, la nariz en su vaso de cerveza.

Después dijo:

—No. No hay quien me quite á mí este perro. Si alguien intentara quitármelo, por lo pronto le pegaba un tiro, y luego hablaríamos. ¡Ea! Y á buen entendedor... Porque este perro... ¡Este perro!

Dag no terminó la frase, incapaz de expresar todo su amor por su perro, y se contentó con llenar un nuevo vaso de cerveza.

También había hecho conocimiento el mayordomo con un tal Harry del Mar. Se trataba de un nombre de guerra, y de un *artista*, parado actualmente, que había actuado en varios *music-halls* como amaestrador de animales. Todo esto lo ignoraba Dag Daughtry. Era un hombre joven—no había pasado de los treinta—, de tez bronceada, grandes ojos negros, bordeados de largas pestañas—que á él le halagaba sentir irresistibles—, labios de querubín, rasgos todos un poco afeminados que contrastaban singularmente con su aspereza y su afición á hablar siempre de negocios.

—Le doy á usted quinientos dólares por el perro—había dicho al mayordomo.

Después, de un salto, subió hasta mil dólares.

—No es usted bastante rico para comprar este perro—había replicado Dag Daughtry.

—¿Quiere usted decir que no tengo dinero?

—No. Quiero decir, simplemente, que no vendo mi perro. Y, después de todo, ¿por qué ese interés?

(Continuará en el número próximo)

ARTE CINEGÉTICO QUE VUELVE

LA CAZA CON HALCÓN

HE aquí un divertido arte cinegético llamado á recobrar la boga y la distinción que tuvo en tiempos, más que antiguos, remotos.

Y á fe que lo merece. Es dos veces emocionante, porque en él se duplica la expectación y la emoción, pendiente como está el deportista de la maestría de su halcón y de las piezas que prenda.

Había caído en desuso este arte antiquísimo, tan antiguo, que los cuentos orientales están llenos de relatos de cetrerías y halconerías: Aristóteles ya nos habla de los pajeros tracios, diestros en el manejo del halcón.

La bella época de la halconería se extiende desde la Edad Media hasta la primera mitad del siglo XVII. Las novelas caballerescas la celebran. Altivos señores y bellas castellanías rivalizan en ardor al ejercitarla. Premio de los torneos era no pocas veces un gavián, con el cual el vencedor honraba á su dama, ofreciéndoselo sobre su puño enguantado.

Las cruzadas llevaron consigo á Oriente fastuosos equipos de falconería, y no desdeñaban entre los combates hacer admirar su destreza á los sarracenos, también fervientes enamorados de la caza con ave de presa.

Rey hubo que pudo afirmar que había creado muy ennobrecida el cargo de Gran Falconero del Rey. Enrique VIII de Inglaterra, que practicaba toda suerte de deportes para adelgazar, estuvo á punto de perder la vida bastante ridículamente en el curso de una cetrería.

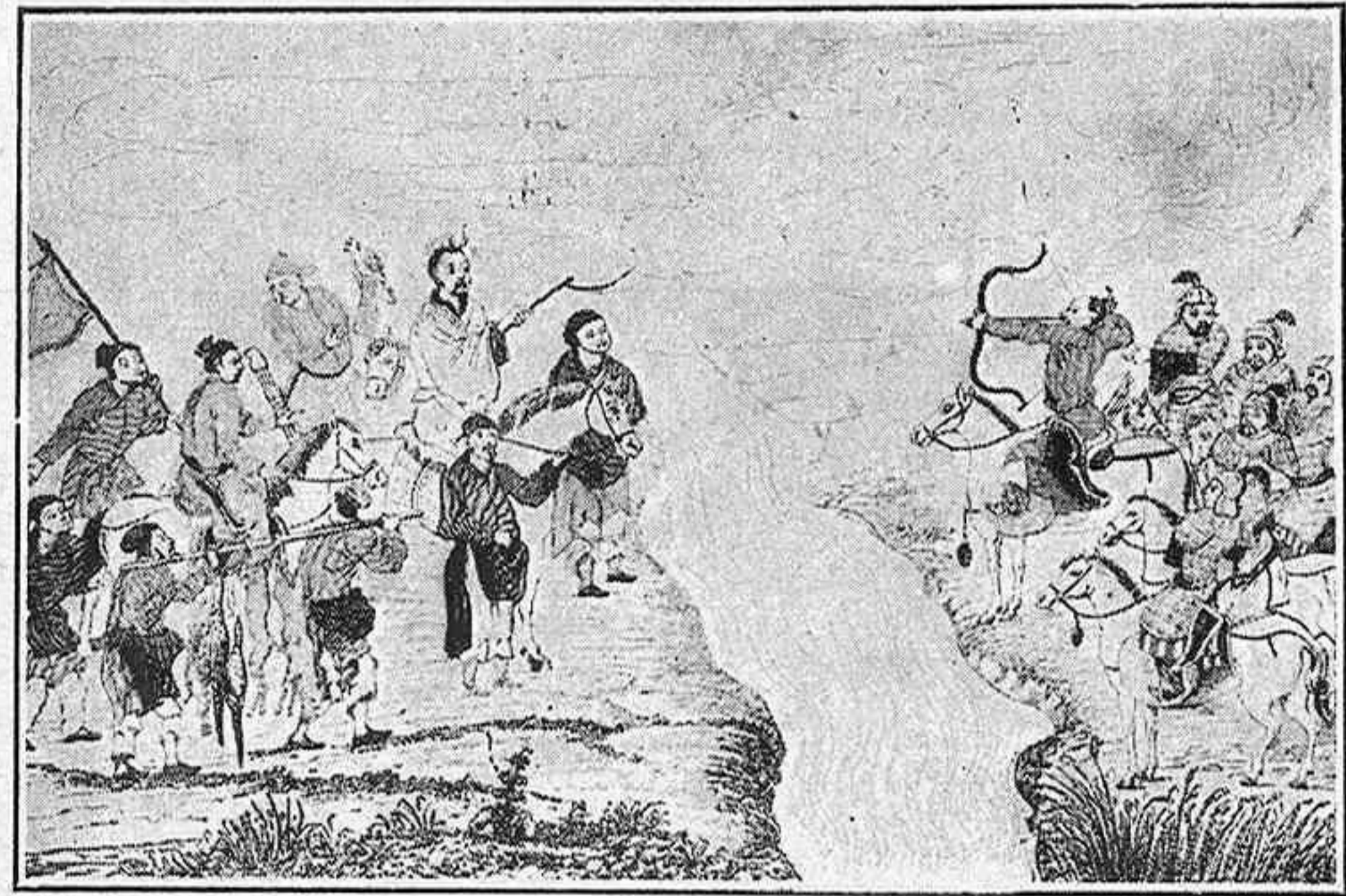
Al intentar el vado de un foso cenagoso, sirviéndose de la percha sobre la cual se aselan los halcones, se le rompió el

apoyo, y gracias á la oportuna llegada de su Gran Falconero, que tiró de él, pudo salir de aquel cenagal, donde empezaba á asfixiarse.

Este arte cinegético alcanza su esplendor en Francia durante el reinado de Luis XIII: Su Señor de las Halconerías fué durante algún tiempo el señor del reino.

Desde entonces esta noble caza decae, salvo en Inglaterra, que la sigue fiel.

En 1870, un halconero francés, abandonado por un



Cacería imperial china con halcón, llamada Miao, en el año 1500 antes de nuestra Era, según una estampa del antiquísimo libro chino Elh-Ya



Cacería con halcones en Europa en el siglo XIII, según un dibujo del libro del Rey Modus

animales tan fieros y tan salvajes. Sin embargo, su educación no requiere más que paciencia y un cuidado sostenido. En síntesis, hay que amansar á la bestia y domesticarla hasta el punto de obligarla á poner su instinto á nuestro servicio. No es difícil de lograr. Los escoceses capturan los halcones en el nido. Los holandeses, por el contrario, durante la pasa ó pe-

ríodo migratorio, dos veces al año capturan con trampas los halcones «pasajeros».

Pero, jóvenes ó adultos, la educación es la misma para todos.

Hay que habituarles á la presencia humana y romper su salvajismo feroz; para lo cual su adiestramiento comienza por la tarde, al anochecer. La privación del sueño hace el milagro. Se les alimenta abundantemente á la mano, á horas fijas, que deben ser siempre las mismas, llamándoles con un silbato, que también será siempre el mismo, y que la bestia reconocerá en cualquier lugar donde se halle. Después se le habitúa á llevar el capirote, que le hará estar en completa inmovilidad...

En cuanto el pájaro empieza á estar domesticado, se le muestra el falso cebo, que le acostumbrará al verdadero. Su instinto le hace lanzarse sobre la falsa presa, que se le quita en seguida; pero, en premio á su acometividad, se le da un manjar apetitoso y sabroso para él. En resumen: en poco más de un mes queda hecho el adiestramiento de un halcón.

Los mejores halconeros, es decir, los mejores domadores de halcones están en Africa donde los hay sumamente hábiles.

Lo que nadie sospechará es la aplicación que se ha dado en la guerra á los halcones: en 1870, los alemanes los utilizaron para cazar las palomas mensajeras del ejército francés.

ALBERTO CARDIEL



Te-Kiung regresando de una cacería precedido de su halconero, llevando en la muñeca el halcón perfectamente encaperuzado, lo mismo que veintiocho siglos después lo habrían de llevar los caballeros de Europa

(Estampas del libro de cinegética del Rey Modus)

rajá, logró hacer gratos sus servicios á los nobles franceses, y de golpe y porrazo volvió la afición á la caza con aves de presa.

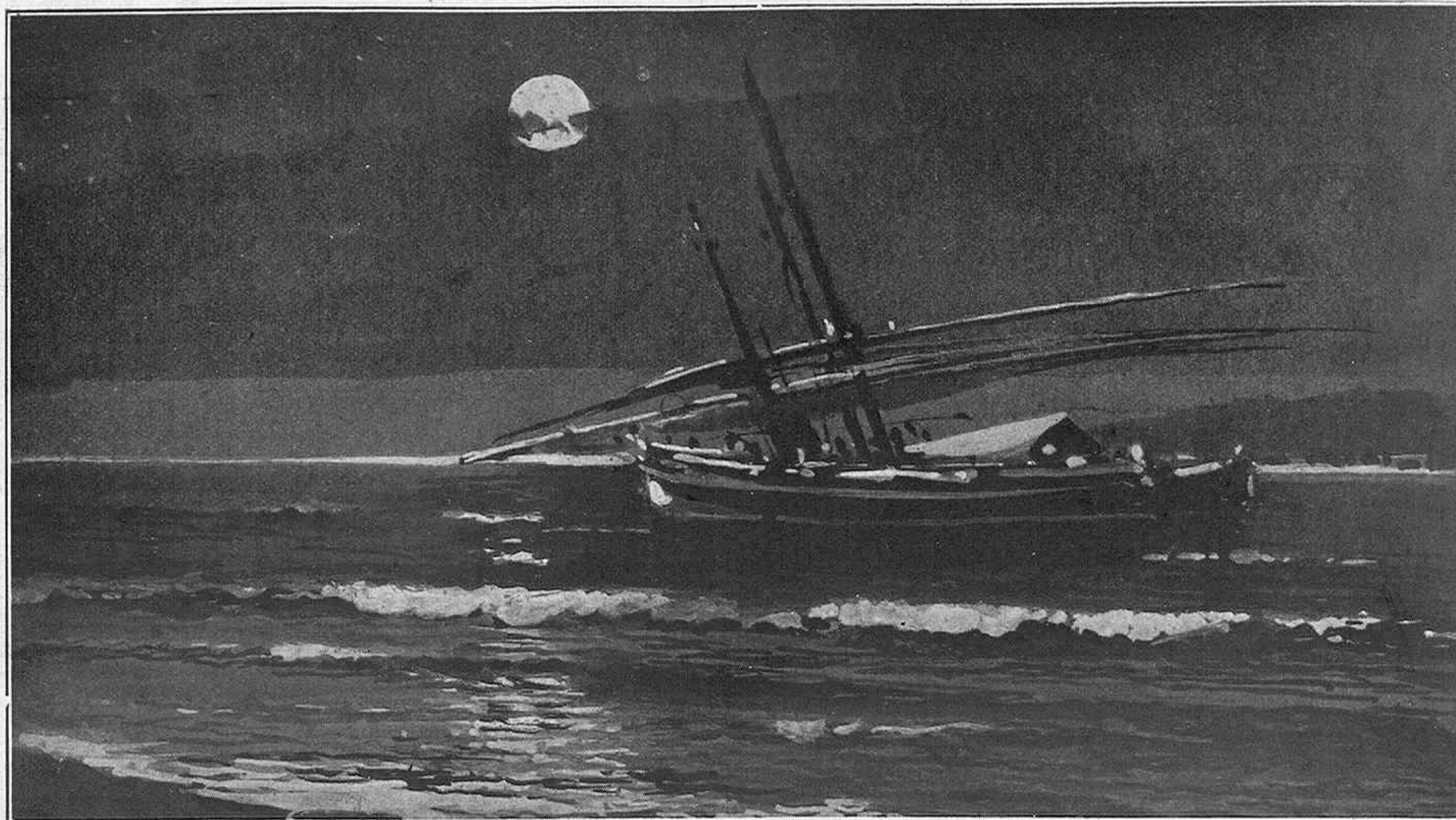
Esta caza no es conocida de todos: el halconero lleva en el puño enguantado el ave encaperuzada. Cuando la caza se levanta, sea de pelo ó de pluma, se le quita la capucha al halcón, que se lanza sobre la presa, dejándose caer desde lo alto sobre ella como una bala.

No sólo se caza con halcón, sino también con azor, aura, aguilucho, gavián. En Oriente se adiestra, para la caza mayor, el águila dorada, capaz de dar fin de zorros, lobos, antílopes y hasta onagros.

Parecerá sorprendente lograr el adiestramiento y amansamiento de

EN LA MANSA RIBERA

Por JESUS CANCIO



En la mansa ribera dieron fondo las naves,
que dormirse parecen á las caricias suaves
de las nacientes rachas del húmedo terral.
Y expiró del crepúsculo el reflejo escarlata,
y sonaron á muerte las espumas de plata
que esparció el oleaje sobre el pardo arenal.

Brilla quieta la luna, como diosa perenne
del paisaje sombrío, del silencio solemne

que eterniza los ámbitos de la yerta extensión.
Olvidemos, amada, la temprana agonía
de la luz de la tarde, y forjemos un día
con un sol sin ocaso como nuestra pasión.

Tus ojos son los faros del hogar de mis sueños.
Del jardín ce mis ansias tus labios son los dueños.
Dime, con ese encanto de tu ingenuo decir,
que el saber que te quiero es tu dicha completa,

que me sueñas romántico, que me quieres poeta,
que á mi lado comprendes la razón de vivir.

En la mansa ribera, cuando la luna es diosa,
todo duerme en los brazos de una paz religiosa
y al cadencioso halago del húmedo terral;
en tanto que las blondas de finísima bruma
van orlando los mágicos abanicos de espuma
que las olas despliegan sobre el pardo arenal.

(Dibujo de Verdugo Landi)

TANTO en su *Filosofía della pratica* (obra de crítica general sociológica, llena de ingeniosos puntos de vista en economía, ética y legislación), como en su *Teoria e storia della storiografia* (libro cuya materia es de suyo más árida, documentada, literaria y concreta), el gran pensador napolitano Croce expone y desarrolla profundas doctrinas sobre la evolución y destino de la Humanidad. Discípulo de Vico y partidario original de sus *ricorsi*, Croce era el más indicado para acometer la ardua tarea de renovar las grandes especulaciones críticas sobre filosofía de la Historia, y ello no sólo por su significación entre los hombres de la nueva generación metafísica, sino que también por su especial manera de ver, sentir y juzgar. Veterano en el mundo de la historiografía, Croce ha revelado en las dos indicadas producciones la maciza erudición de su cultura, la amplitud y gallardía de su pensamiento y la galanura de su estilo. Y su postulado fundamental es que el historiador, como el filósofo práctico, se ocupa en interpretar la actividad, y la actividad *presente*, del espíritu. De donde nace la aparente paradoja, ó más bien la verdad profunda, de que toda historia digna de este nombre es *contemporánea*. De otro modo, ¿cómo se haría comprensible al espíritu?

Croce insiste mucho en que el estudio de los hechos humanos, presentes ó pasados, se refieren á una obra exclusivamente *nuestra*, y que, por lo mismo que es nuestra, nadie mejor que nosotros puede conocer y juzgar con discernimiento casi absoluto. En tal concepto, Croce se refiere al porvenir, y anuncia que éste, sino ha de ser borrascoso, constituirá una eficiencia proyectada desde nuestra vida pretérita hasta nuestra vida actual, para crear una vida nueva. De aquí la importancia de la historia, que es algo más que un reflejo de la vida, que se confunde é identifica con ella, y que tiene por ende el mis-

Temas de cultura contemporánea

Nueva concepción de la historia

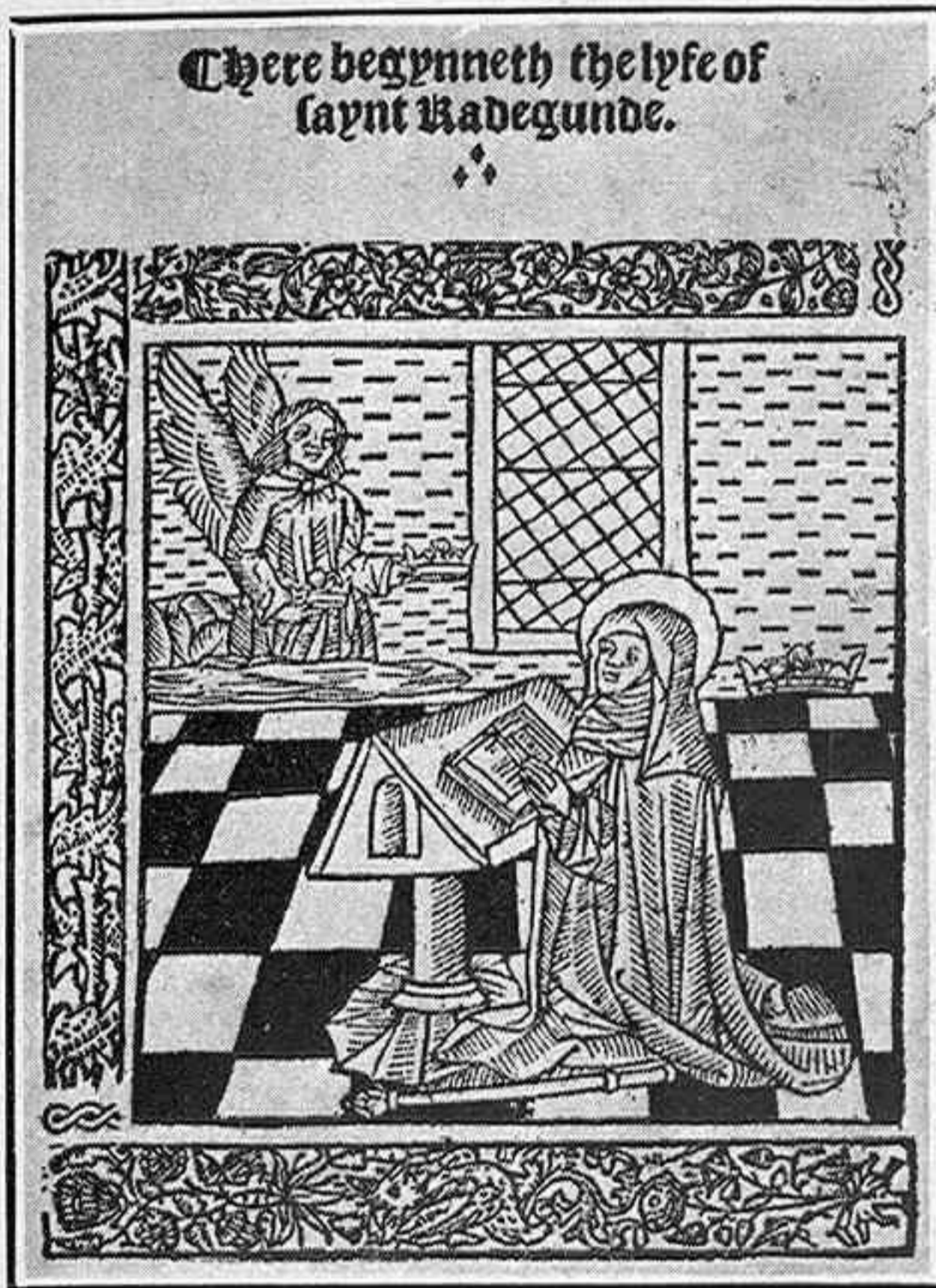
mo objeto que la filosofía. El verdadero historiador no es, como cree la gente, el espíritu seco y frío, aridecido por el estudio y atosigado por la investigación de manuscritos y viejos mamotretos. El verdadero historiador es el que hace revivir la historia muerta, y reconstruye en el presente la historia pasada. Con razón se ha fijado Ruggiero en este aspecto aparentemente paradójico de la filosofía de Croce. Una mezcla ó combinación de sucesos muertos no merece, para él, el nombre de historia. Sucesos vivos son los que la informan y la llevan á penetrar en el corazón mismo de lo contemporáneo, cuando lo contemporáneo es á su vez algo viviente. No está la historia en el aparato didáctico de la erudición, ni en la clasificación esquemática de los hechos, y sólo se convierte en verdadera historia cuando lo verdadero de la humanidad palpita y vibra en el alma de la humanidad misma. La historia no es un cementerio que se vaya ensanchando siempre, y una deidad solitaria que reine sobre moribundos y muertos. Es un *histe-ron-proteron*, un perpetuo presente, que se funde con la vida de los que en él reflexionan. Y es, además, un ideal, una disciplina exigida por el desenvolvimiento de la vida y un medio adecuado para llegar á una disciplina más perfecta por una paz superior más pura. Los que sólo ven en ella una luneta cómoda para contemplar el espectáculo del mundo pretérito, olvidan que la historia no se halla relegada á los museos, sino que vive siempre en la calle. ¡Triste y mísero ejercicio el de la historia si no se hiciese en nosotros presente! ¿Qué valor tendría entonces? Nin-

guno, porque pertenecería á un pasado para siempre muerto, cuando lo indudable es que, sin el reflejo de todo el pasado en el presente, el último se reduciría á un instante vacío, abstracto, sin fuerza ni vitalidad, como también es indudable que ese pasado no existe ni vive sino en este presente, alumbrándolo á su vez con su luz. Las pasiones antiguas encienden nuestra sangre y corren por nuestras venas, y los viejos sentimientos agitan nuestra alma. En rigor, tales pasiones y sentimientos no son viejos ni antiguos; antes al contrario, permanecen siendo humanos y actuales. Napoleón tiene todavía admiradores ciegos y detractores furibundos, como si su personalidad y su labor nos agitasen aún con el calor de las pasiones contemporáneas. En su calidad de sabio bibliófilo y de sutil espíritu artístico, Croce resume su pensamiento en estos dos ejemplos, que condensan las líneas generales de su doctrina: «En la época del *Resorgimento* me ocupé de la historia de los municipios italianos y de su lucha contra el Imperio, interesándome en ello con furor apasionado, y vi hasta qué punto aquella historia planteaba el problema de la independencia de Italia en su agudez más viva. La misma historia ha sido invocada más tarde en el instante del movimiento socialista, movimiento que nada tiene de nuevo, pues recuerda, bajo otro nombre, la lucha de los municipios, la lucha de la burguesía con el feudalismo, la lucha de clases, que encuentra su más acabada expresión en las peripecias y episodios de la sostenida por los municipios de Florencia. Florencia ofrece muestras de todos los conflictos sociales y políticos, y Thiers decía muy bien que su historia es más completa que la de ninguna otra ciudad, por cuanto constituye una especie de miniatura de todas las historias modernas.»

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

«ARS LIBRIS»

BIBLIOFOBIA Y BIBLIOFILIA



Una de las ilustraciones de Hemard al libro de Balzac



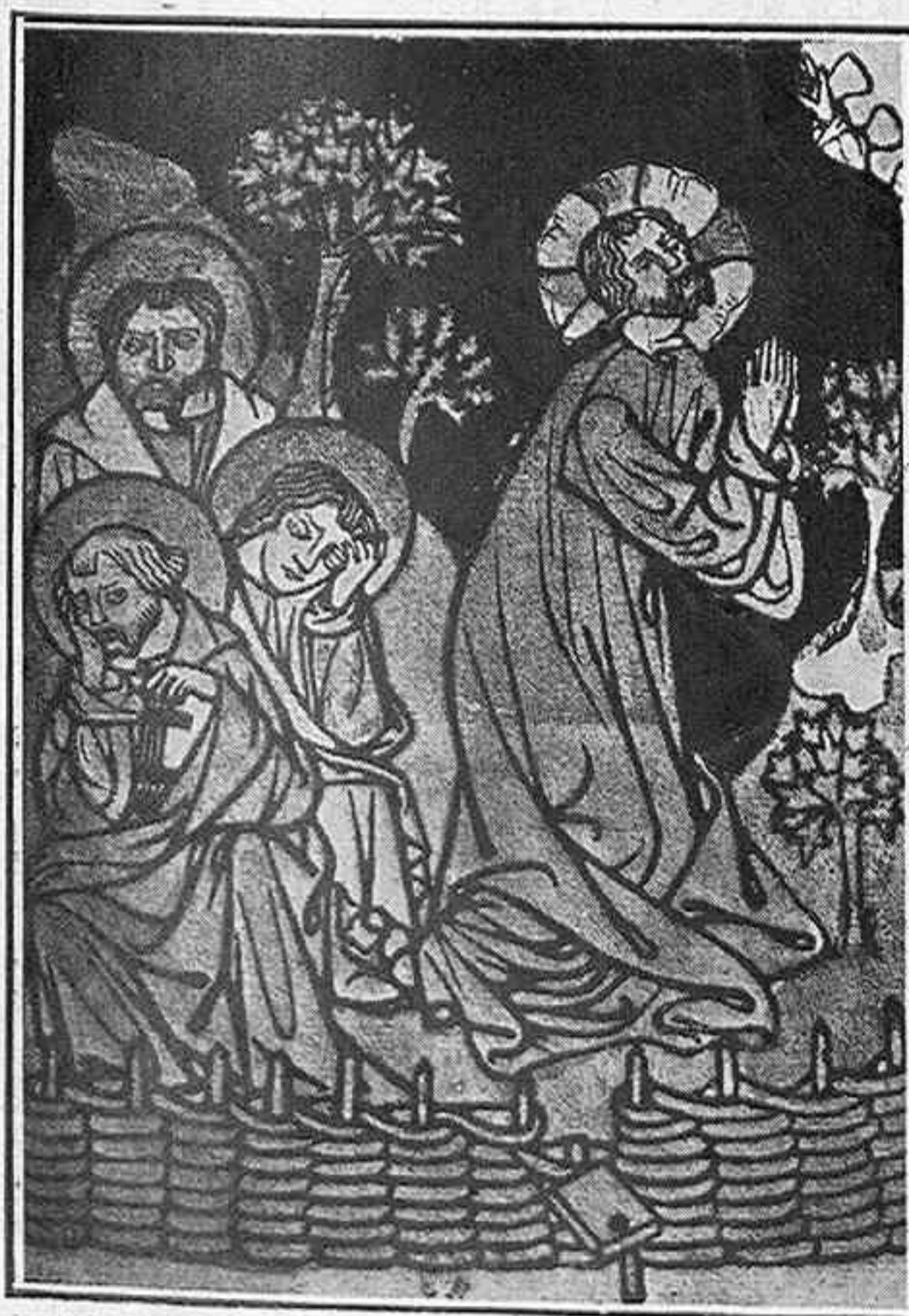
Portada del libro de Balzac «Tres cuentos picarescos», ilustrado por J. Hemard



Grabado en madera que ilustra una vida de San'a Radegunda

A la vista tenemos una serie de *specimens* de las más recientes publicaciones artísticas de París y Bruselas. Obras de clásicos; obras de vanguardia; para todos tienen su amor el editor, el librero y el *amateur* coleccionista extranjeros. Joseph Hemard, el maravilloso ilustrador de los cuentos de Maurice Renard, acaba de darnos a conocer una primorosa edición de *Trois contes drolatiques par le sieur Honoré de Balzac*. Brunelleschi, otro artista, que, con Carré, Dulac, Rackham, King y Quint, contribuye a la ornamentación del libro de bibliófilo, ha embellecido una obra del conocido y moderno literato Francis de Miomandre, titulada *Le Radjah de Mazulipatan*.

Todo esto da un subido índice de amor al libro y sus artes entre nosotros desconocido.



«Cristo en el huerto de las olivas», estampa francesa del siglo XIV reproducida en la obra de Blum, orígenes del grabado en Francia

Hoy en París puede decirse que existe una verdadera Bolsa del libro. El librero espera impaciente el anuncio de la edición preciada. Suscriben el total de ejemplares, y así puede darse el caso de que un libro alcance el mismo día de su publicación valor duplo ó triple del precio de suscripción.

Nuestros editores no sólo no dan un paso de avance en las artes de la impresión, sino que abandonan nuestra gloriosa tradición, todavía en pleno desarrollo a fines del siglo XVIII. Aquellas espléndidas obras que salían de las prensas de Ibarra, de la Imprenta Real y tantas otras no encuentran hoy nada que resista el parangón. Sin embargo, se intentan aisladamente esfuerzos dignos, que debieran encontrar el apoyo necesario en la Cámara del libro. D. Gervasio de Artiñano, profesor en la Escuela Central de Ingenieros Industriales, ha demostrado que aquella tradición puede rehacerse. Su obra *La arquitectura naval en España*, que decoró con su fino barroquismo de gran artista Néstor de la Torre, ahí está, para ejemplo de editores. También Martínez Sierra, con *Un teatro de arte en España*, ilustrado por Barradas y Fontanals, ha realizado un plausible esfuerzo... Pero todo ello son predicaciones en el desierto..., y nuestros bibliófilos (algunos de tanta autoridad como D. Felipe Boix, don Antonio Graiño, D. Tomás y D. Jorge Silve-la), son plantas exóticas que hacen resaltar aún más la tristeza del páramo español.

En Francia, el editor Le Coupy publica un libro de acuarelas y dibujos de la Reina Amelia de Portugal, que se agota rápidamente.

Más de 20.000 franceses se han deleitado el año anterior con la lectura de las *Sonatas*, de D. Ramón del Valle-Inclán; mientras en España, su pueblo (jurídicamente D. Ramón es *Sans Patrie*), apenas le leen 2.000, *et sic de coeteris*.

¿Por qué no tiene amor al libro el español? ¿Por qué en todo el mundo la burguesía y la clase media tienen en su presupuesto un capítulo para satisfacer con los libros un anhelo espiritual, y en España no se acuerdan las gentes de que el libro existe? ¿Por qué se es-

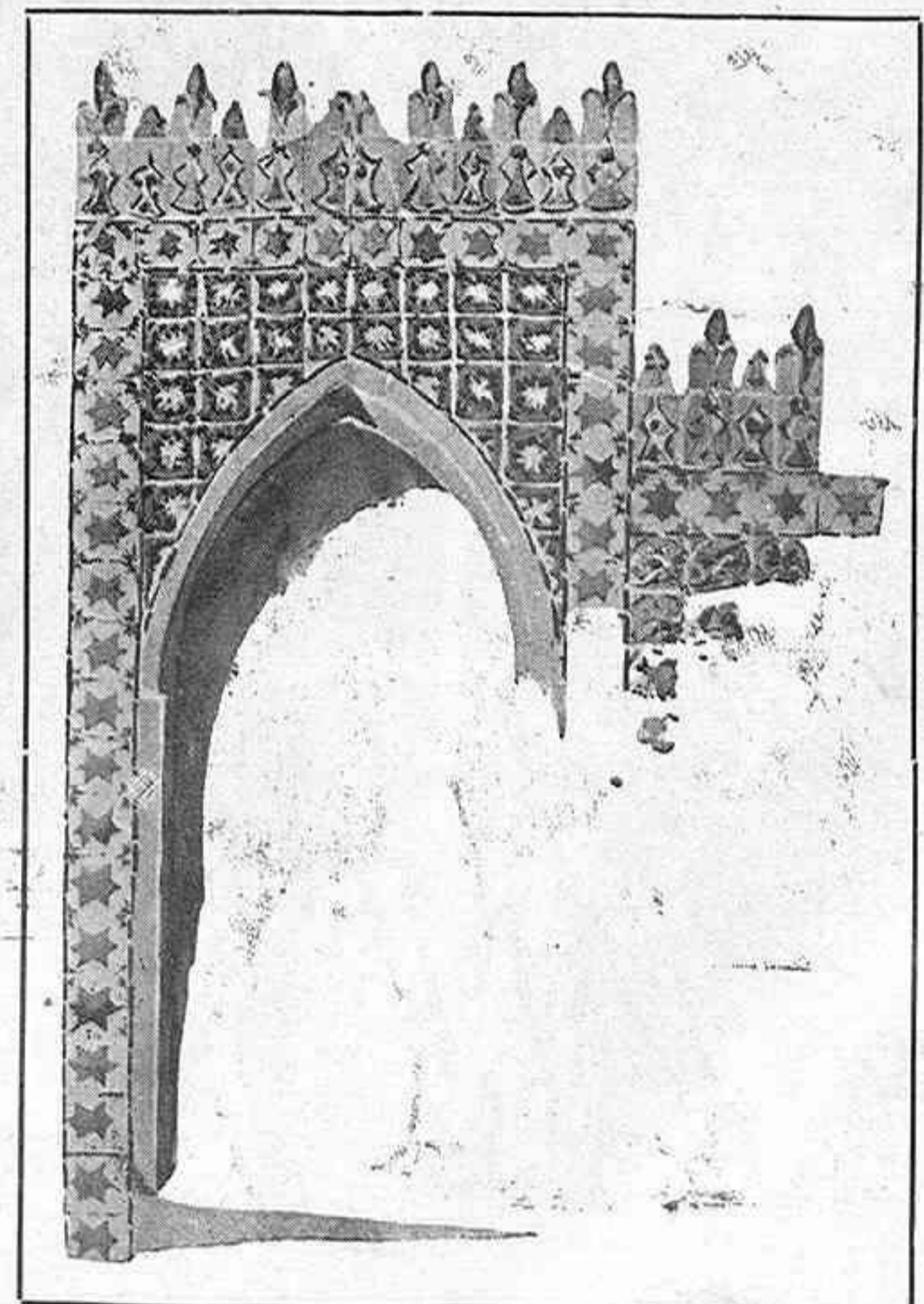
tima como el presente máspreciado en el mundo entero, el libro de un autor favorito, y en España se venden al peso los libros cuando aún tienen fresca la tinta de la dedicatoria que el autor puso como ofrenda al amigo, al maestro ó al crítico?

Todas estas cuestiones requieren tiempo y espacio en su resolución, y entretanto vayamos abordándolas, las brindamos a la meditación de la Cámara Oficial del Libro.

¡Ah! Y antes de abandonarte..., ¿sabes, lector, cuál es, según el Ministerio de Estado, la NACIÓN que ocupa el cuarto lugar entre las Repúblicas Americanas que consumen libros?... Canarias.

¡Siempre la diplomacia fué discreta!

JOSÉ DE BENITO



Acuarela original de la Reina Amelia de Portugal que figura en el libro «Mes Dessins», «Mes Endroits Préférés», publicado por Le Coupy y que representa una de las puertas de la Alhambra

LOS FELICES

SABES quién es esa mujer?— me preguntó, de pronto, mi amigo, señalándome á una bella y joven mujer enlutada que ocupaba, á pocos pasos nuestros, el centro de un corro.

—¿Cuál?... ¿Esa que ríe siempre?

—Sí, esa; la que habla, grita y manotea tanto.

—No; ¿quién es?

—Verás. Yo estuve loco por ella, con una de esas pasiones enormes y tardías de la madurez... Ibamos á casarnos. Luego, por lo que después te contaré, la boda se deshizo, y por esa mujer yo me marché de España... Su historia, la de ella, es una cosa muy curiosa, aunque sea vulgar. Siempre que la veo pienso que la felicidad es para las personas así, como esa mujer, que no tiene corazón... Escucha.

Y mi amigo me contó, en pocas palabras, la historia de su amor con aquella muchacha, á la que yo conocía mucho de verla siempre en una peña de gente *chic*, en un paseo.

•••••

—Sí— comenzó diciendo mi amigo—, siempre que veo á esa mujer me parece contemplar mi vida en un espejo que me hiciera volver la cara..., porque yo he sido muy desgraciado. La quise mucho, mucho, enormemente, con uno de esos amores que se graban para siempre en el alma. Nunca he sufrido tanto. No sé si habrás estado enamorado de verdad alguna vez. Dios te libre de ello. No sé dónde he leído que el amor verdadero es una cosa tétrica. No vivía, padecía. Su imagen, sus palabras, su voz parecían haber perforado mi pecho, haberme desgarrado, y cada vez que su nombre brotaba de mis labios ó de mi pensamiento, sentía como una herida en el mismo corazón... ¡Era horrible, puedes creerlo; horrible! Dormido, despierto, trabajando, en el bufete, en la calle, en la casa..., su rostro adorado no se apartaba de mis ojos, y mis manos y mi pensamiento y mi alma entera parecían empapados de ella, enloquecidos de ternura y de un amor que me consumía. ¡Era una locura, sí, te lo juro, una verdadera locura! Lo he visto después, cuando el paso de los años ha puesto en mi mente y en mi sangre calenturientas una caricia



... se negó á casarse conmigo...

de suavidad y de serenidad de renunciamento... ¿Me comprendes? ¡Oh, querer de verdad es un martirio, una cosa que se asemeja tanto á la muerte, que los que hemos querido de ese modo hemos muerto muchas veces en nuestra vida!...

En fin, divago; perdona. Llegué á estar tan loco por ella, que abandoné los negocios, mi familia, mi carrera; en una palabra, por ella me arruiné..., pues es caprichosa y frívola como una muchacha de París. No, no fué mi amante; me iba á casar con ella, como te digo, ilusionadísimo. Pero las mujeres, ¿sabes?... las mujeres no quieren así, como nosotros; quieren de otro modo, á su manera; cuando nosotros estamos locos y ciegos por ellas, ellas no pierden ni la serenidad ni el sentido práctico, ese sentido práctico que hace tan abominables y odiosas á las gentes vulgares... En fin, resumiendo..., ¡mírala cómo ríe!..., ¡qué sarcasmo!... Cuando me supo arruinado, se negó á casarse conmigo. Mi dolor, mi amor, mi sacrificio la dejaron indiferente, fría... Nos separamos, ó, mejor dicho, se separó ella de mí, haciéndome entender que todo estaba roto entre nosotros, sin esperanzas de arreglo. ¿Concibes algo más desesperante que ese «¡Ya hemos terminado!» con que una mujer á la que adoras con toda tu alma, que es toda tu vida, se aparta de ti, serena, fría, indiferente á los desgarramientos de tu corazón..., como si hubiera dicho: «¡Esta casa no me gusta, me marchó á otra!»?... Y así se quedó esa mujer; yo pensaba que mi ternura, mi sacrificio, mi dolor espantoso la dejarían, al menos, en el corazón un poco de angustia y de remordimiento; pero no, ya la ves: es feliz, ríe siempre, siempre, y siempre que la veas la encontrarás contenta, como esos felinos de los bosques que duermen satisfechos y tranquilos luego de devorar su presa...

•••••

Mi amigo hizo una pausa. Los dos miramos á aquella mujer, que aparentaba tener unos treinta años y era hermosa, con una de esas hermosuras de flor que parecen desafiar al tiempo. Hablaba y reía en el centro del corro, que celebraba sus gracias y sus chistes, pues, como todos los malos, tenía ingenio y era atrevida y mordaz...

Hubo un largo silencio entre nosotros. Después, mi amigo sonrió con tristeza, y en un tono de voz que yo no le conocía me preguntó, como si hablara consigo mismo:

—¿Sabes el secreto de los felices?... ¿No lo sabes?... ¡Pues es... ese: que no tienen corazón..., como le pasa á ella! Esas personas que no sufren nunca, que no sufren por nada..., esas personas que no se emocionan ante el dolor, ante el amor ó ante el sacrificio de los otros..., esos, esos son los felices!... En cambio, los que sentimos, los que sabemos llorar..., los que nos emocionamos..., los que amamos..., ¡¡ay, ay de nosotros!!... ¿Comprendes?...



... una bella y joven mujer enlutada..

(Dibujos de Laura Albéniz)

ANTONIO GUARDIOLA

Elegancias



Vestido de seda estampada en colores vivos

FEMINIDAD y distinción son las características de las colecciones de trajes estivales!

En todos ellos se admiran la elegancia y sobriedad que nunca debiéramos haber abandonado para acoger tendencias masculinas que nos ridiculizan hasta lo absurdo.

La moda presente es bella, variada, honesta en lo que respecta á las mangas, descotes y amplitud; tocante á la escasez de tela en el largo de la falda, todo sigue igual; pero, en fin, algo se ha logrado si en el resto de la *toilette* los demás detalles son como convienen á la dignidad y pudor femeninos.

Las *toilettes* presentes son, por esta razón y por otras muchas (entre ellas, por los lindos trabajos de cosido á mano), muy bellas y muy *chic*.

Especialmente los trajes estampados son los que más atraen nuestra atención y los que más aceptación han de tener en la rigurosa canícula.

Los dibujos más en boga, aparte de las flores, desde las más grandes hasta llegar á las más minúsculas, son los puntos como *confetti* diseminados aquí y allá en pintoresca y abigarrada confusión y los cuadros interpretados en diversos tonos sobre el mismo fondo, tal como sobre rojo la cuadrícula verde veronés, rosa y marrón, y sobre negro, blanco, rojo y *beige*. Para traje de jovencita se llevan especialmente estos tejidos con jumper de terciopelo *chiffon*, en tonos estridentes ó negro y marino.

El *radium* es uno de los tejidos más frescos para el verano; su calidad es sumamente parecida al *taffetas*, y tiene la misma vaporosidad del crespón de China.

Entre estos tejidos hay uno, sobre todos, lindísimo. Se trata de un mordoré salpicado de puntitos multicolor, en el que los cambiantes de la tela tienen reflejos ocre, rojo y verde.

Por sí solo se basta este tejido para adornar un traje sin más elementos que los suaves reflejos y el dibujo del conjunto.

Las telas de hilo están llamadas á tener un gran *succés* este verano como traje de playa ó campo, ¡claro está!

Con tan lindo tejido se pueden hacer preciosidades con adornos de punto de aguja, bor-



Vestido de muselina estampada en tonos amarillos sobre fondo blanco
(Modelo Cyber)

dados ingleses, nido de abejas, vainicas, jaretitas, hilos pasados y *bloomers*.

Los estampados son bellísimamente tratados en estas telas de hilo, y todos [los modelos que hemos visto son con el fondo blanco y los motivos en tonos pálidos, como son, por ejemplo, rosa, verde nilo, malva, azul y amarillo.

El sombrero de pajas exóticas muy brillantes de color, y el calzado amarillo cadmicén, en piel de ante ó gamuza, es el complemento de estos trajes de mañana.

La silueta en los trajes de tarde ha cambiado bastante, aun cuando así, á simple vista, no observamos una gran diferencia.

Por lo pronto, la línea, aun cuando se mantiene recta como hasta aquí, se ve ligeramente cambiada en el talle, un poco más alto; se ha

conseguido el efecto por medio de jaretas en espiral, triángulos y bordados en trencillas anchas.

La amplitud disimulada de las faldas se obtiene por medio de complicados cortes que hacen rectos los trajes hasta dos cuartas más abajo de la cintura y por plisados muy menudos, jaretas hechas en el interior del traje que abren ampliamente en la parte inferior del vestido y especialmente en los costados y en el centro delantero de la falda.

Los escotes terminan en punta en todos los modelos de trajes de vestir. Además de que reducen á simple vista el volumen del busto, hacen muy *chic* el conjunto de la línea sobria que impera.

Los cuellos rectos ó de forma *smoking* se guarnecen con finos detalles de lencería sutil, trabajada con un primor digno de hadas.

Las mangas son en muchos trajes voluminosas en la parte superior y recogidas muy ceñidas al puño ó, por el contrario, completamente sueltas y más anchas aún desde el codo hasta el extremo inferior; en algunos modelos se hace de la manga el detalle más importante de la *toilette*; en otros, por el contrario, ésta es sencilla y ceñida al brazo simplemente, sin otro fin que el de rematar sobriamente el traje.



Vestido de seda estampada en azul sobre fondo blanco



Vestido de «crêpe georgette» con bordados, sobre fondo de seda

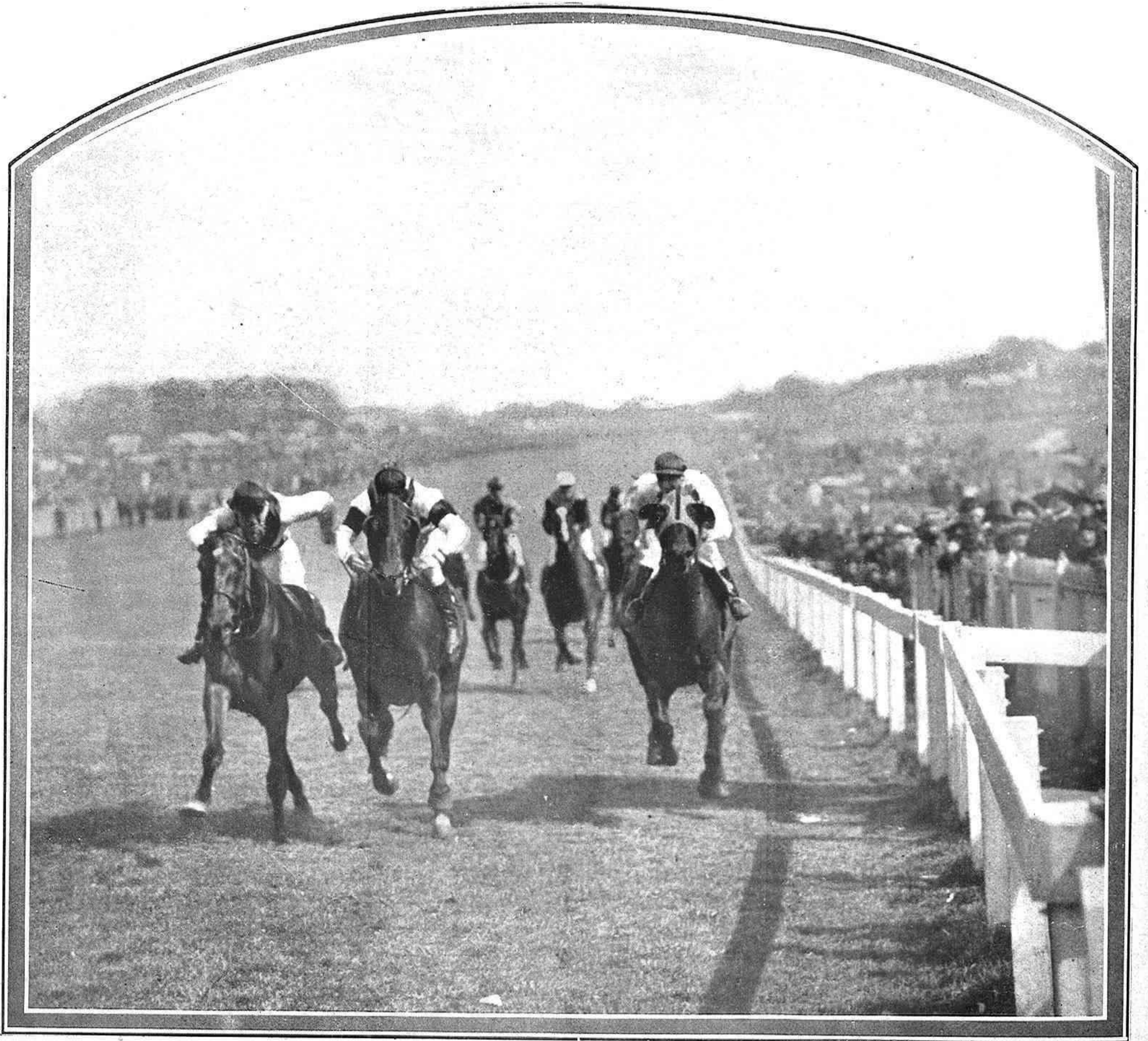
(Modelo Beer)



Vestido de crespón color «beige» con bordado en seda marrón

(Modelo Beer)

ANGELITA NARDI



Llegada á la meta de los caballos que participaron este año en el «Kingswood», del hipódromo de Epsom, una de las pruebas lisas más importantes de Inglaterra. En primer término, el caballo «Zadig», montado por Smirke (el del centro); «Turnips» (á la izquierda), montado por Harris, y «Repaid» (á la derecha), que se clasificó en tercer lugar

LOS DEPORTES

CRÓNICA DEL «SPORT» UNIVERSAL

FÉMINA EN EL «SPORT»

LA Federación Aeronáutica Internacional ha reconocido á las mujeres el derecho á pilotar aviones de comercio, grandes aparatos de los que acercan las distancias entre las grandes capitales.

En Inglaterra, una de las más interesantes pruebas del último mitin de Bournemouth estaba reservada exclusivamente á las heroínas que surcan el azul.

Por el cielo de España, en viaje de turismo, ha cruzado días pasados una mujer que se remonta por los aires en grata excursión, como antes empuñara el volante del *auto* para rodar por las fáciles carreteras del mundo, buscando horizontes distintos, desconocidos pueblos.

En deporte, para la mujer no hay nada ignorado. Podrá parecernos todavía, á los hombres de determinados países occidentales, absurda la muchacha futbolista y la *girl* boxeadora; pero lejos, en Inglaterra ó en Yankilandia, donde las horas transcurren más de prisa y las gentes no se quieren molestar deteniéndose á pensar un instante acerca de las consecuencias de tanta febril conquista, la aviadora, la pugilista, la rugby-woman y tantas otras modalidades, que parecían incompatibles con la decantada delicadeza femenina, se han convertido en sucesos definitivos.

Fémina, en el *sport*, se ocupa de todas las actividades, y aunque discutida en muchas de ellas, la decisión con que persigue los triunfos nos hace sospechar que alguna vez, cuando las mar-

cas que señalan la hegemonía masculina cambien de sexo, las contiendas entre ellos y ellas serán una nueva emocionante rivalidad de los programas deportivos.

PROPAGANDA NORTEAMERICANA

Paulino sigue siendo la *estrella* de los *rings* norteamericanos.

Para que nada falte á su maravillosa propaganda, el de Regil tiene su pleito correspondiente, y sufre la descalificación que le ha formulado la Comisión de boxeo de Nueva York.

Dentro de poco, Paulino será contratado para filmar una película, en la que, gracias á sus poderosos puños, salvará la vida de alguna débil criatura; y más tarde, en la senda de las celebridades, cuando regrese á la Península, volverá casado con la más rutilante *estrella* de Los Angeles, que se habrá prendado de sus encantos (!).

Mientras tanto, Uzcudun no deja su entrenamiento, como Dempsey, para tener luego que llorar la irreparable pérdida de forma. A las órdenes de Arthus, que ni un solo día le deja vagar,



MANUFACTURED BY
THE DE HAVILLAND AIRCRAFT CO LTD
EDWARE, MIDDLESEX

sus esfuerzos musculares constituyen una de las atracciones mayores de los gimnastas neoyorquinos, y Tex Rickard, el hábil empresario que logró la firma del vasco al pie de los contratos espléndidos (espléndidos sobre todo para el empresario), es la figura que tras la cortina mueve incesantemente el bluff propagandista, cuyo objeto es uno: que se hable, comente y escriba sin cesar de Paulino Uzcudun. Así, el gran público, vivamente interesado en sus andanzas, sugestionado más bien por la propaganda originalísima, acudirán en masa en las fechas de los combates, cuando el vasco suba al cuadrilátero en busca de los legítimos triunfos que el porvenir parece reservar.

No haya temor, pues, de que la descalificación con que le ha castigado



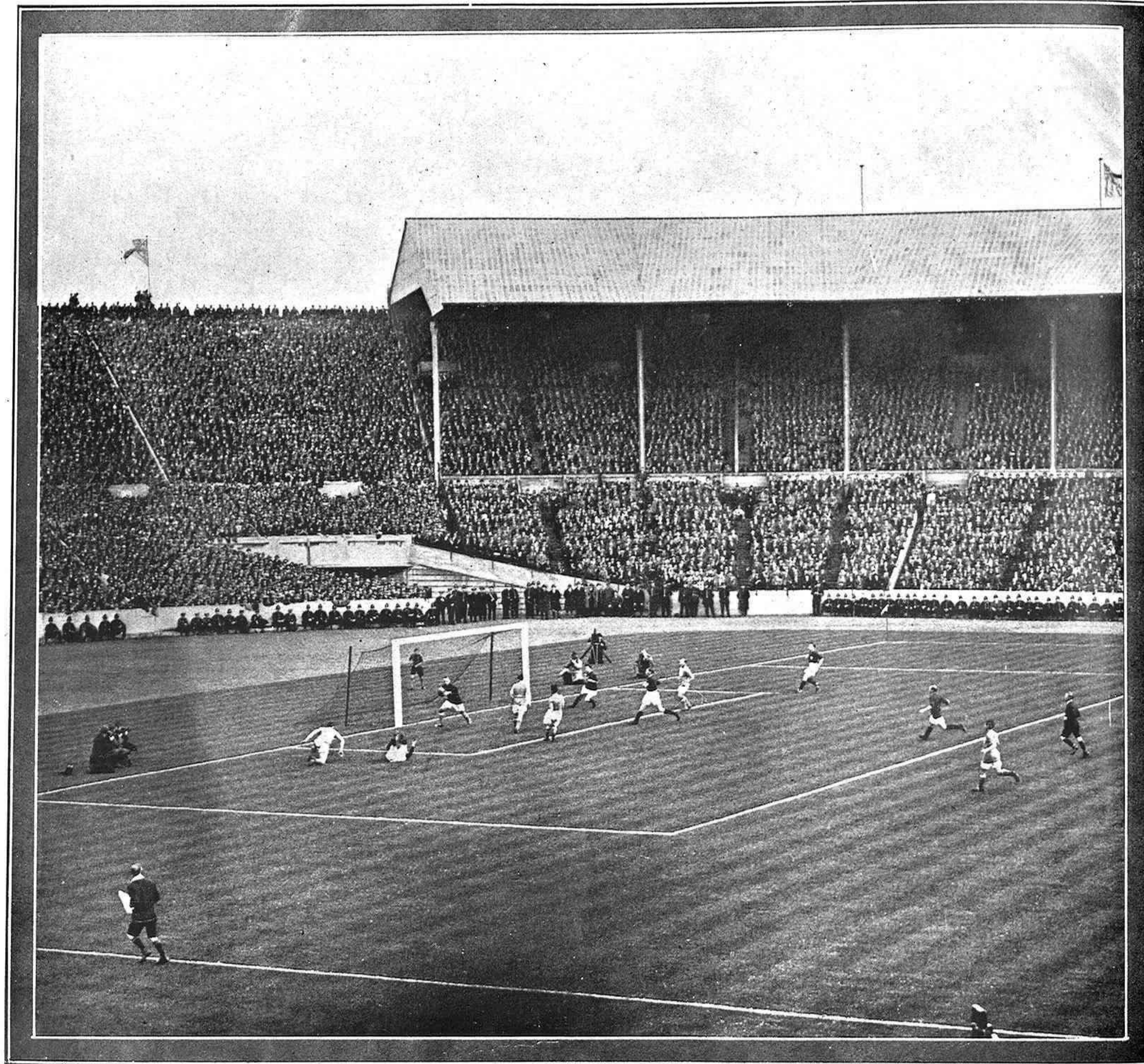
El grupo subcampeón de Andalucía, Real Betis Balompié, que tan brillante papel ha hecho en el campeonato nacional, logrando vencer al F. C. Barcelona

Durante el último mitin aéreo de Bournemouth, la novedad que más público llevó al aeródromo fué la prueba reservada á pilotos femeninos exclusivamente. En nuestro grabado, á la izquierda, miss O'Brien, la vencedora, recibe la felicitación de una compañera de arriesgados vuelos

(Fots. Agencia Gráfica y Maymó)

la Comisión oficial del Estado de Nueva York tenga un exagerado alcance; ni siquiera que, aun resolviéndose desfavorablemente para él el pleito que le sigue cierto empresario, la bolsa de Paulino se afloje demasiado. Aquélla concluirá con un oportuno perdón, ó, en su defecto, alcanzando los trastornos á la época de descanso del de Regil; cuanto á éste, si los tribunales le quitan la razón, lo que es muy problemático, la fiesta le costará unos cuantos dólares; pero la propaganda que le hayan hecho no podría pagarse ni con el triple de la suma.

El combate próximo no parece muy claro si será contra Delaney ó Demp-



La partida final de la Copa de Inglaterra entre los equipos Cardiff City y Arsenal en el estadio de Wembley. Aspecto de un sector del espléndido campo, rebotante de público, y de la meta del Arsenal durante una de las fases más presionantes del ataque de Cardiff

(Fot. Agencia Gráfica)

sey. Después de renunciar aquél a su título mundial de los semipesados, el telégrafo insiste en que tiene más posibilidades la pelea contra el ex campeón mundial. Para el vasco tiene también mayores ventajas este combate, que no en balde Jack Dempsey, el marido de la *estrella* Estelle Taylor, ha sido durante larga temporada la figura más popular estadounidense.

FÚTBOL INGLÉS Y ESPAÑOL

En el estadio de Wembley, el circo más amplio del continente, la final de la Copa de Inglaterra entre Arsenal y Cardiff fué el acontecimiento futbolístico británico que despierta anualmente la expectación deportiva más fuerte.

Contra todas las probabilidades, el equipo londinense Arsenal, favorito del torneo, fué vencido

por el grupo de Cardiff, que, aunque inferior en técnica, se mostró, por sus arrostos y entusiasmos, merecedor del triunfo, que fué presenciado por Jorge V, el que felicitó efusivamente a los profesionales galeses que por vez primera conquistaron el magnífico trofeo.

•••••

El torneo nacional, próximo a su fin, enfrentará al cabo en Zaragoza a los equipos más fuertes de la Península.

Vencedores los irundarras y los madrileños, por una parte, y los catalanes y bilbaínos por otra, el choque de los semifinales será entre el Madrid y el Irún de una parte, y el Barcelona y el Arenas de otra.

La falta de fechas hará que indispensablemente en una sola jornada queden decididos los nombres de los equipos que el 15 de Mayo

disputarán nuevamente el título nacional que conserva el once azul grana, y que en esta ocasión, si quiere sostenerse en el puesto preeminente, le obligará a una prueba extraordinaria.

Y la prueba más difícil, donde podrá patentizar la clase española todo su valor, serán estos inmediatos encuentros internacionales contra franceses e italianos.

Los desempates han probado, por la igualdad de las fuerzas de los bandos rivales, que el nivel medio del fútbol hispano mejoró notablemente, y aun se beneficiará de indudables ventajas técnicas que le podrán equiparar al más depurado de Britania, cuando la organización profesional sea una situación perfectamente identificada con el espíritu de los clubs y el público.

JUAN DEPORTISTA



La PASTA DENS
 hará conocer a usted
 la verdadera blancura
 de sus dientes.

Limpia el esmalte dental con
 la suavidad de una esponja,
 sin atacarlo ni rayarlo.
 Refresca la boca.
 Perfuma el aliento.

Tubo grande, 2 ptas.; pequeño, 1,25
 en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID

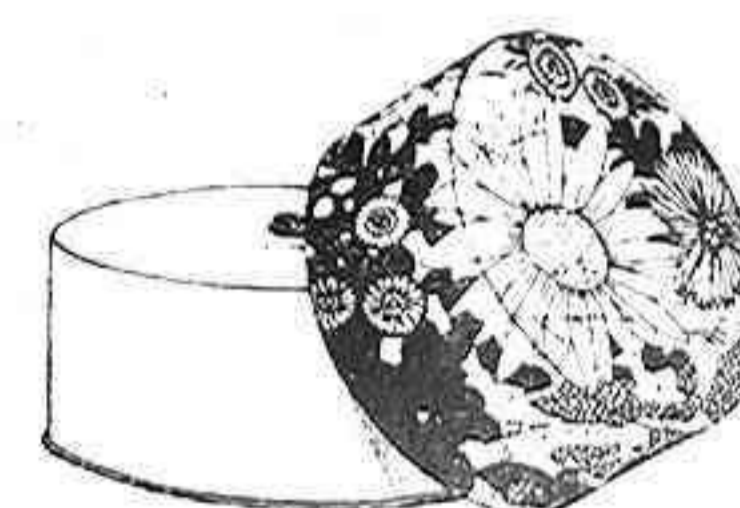
Algunos de los productos
 más recomendados de la
 Perfumería Gal



El JABÓN HENO DE PRAVIA
 es el predilecto de la gente "chic"
 Pasta neutra espuma suave,
 perfume intenso Pastilla, 1,25



El AGUA DE COLONIA AÑEJA
 se compone de alcohol neutro de 90°
 y esencias naturales. Frasco, 2,50.



Los POLVOS DE ARROZ HENO
 DE PRAVIA son impalpables
 y muy adherentes Caja, 1,50



El EXTRACTO FLORES
 DE TALAVERA se distingue
 por su perfume discreto. Frasco, 7,50.

DIVAGACIONES SOBRE LA CRITICA

La crítica literaria y los críticos que la ejercen vienen «disfrutando» estos días de lo que los franceses llaman una «mala Prensa». Se maltrata á los censores de las obras del espíritu de una manera injustificada, so pretexto de que muchos de entre ellos no hicieron en su vida más que opinar y juzgar las obras ajenas sin que por su parte produjeran nada personal. Las acusaciones se extienden también al absurdo desacierto con que los críticos condenaron ciertas obras que la posteridad y aun los mismos contemporáneos se encargaron de enaltecer colocándolas en el lugar honorable á que sus altos merecimientos las destinaban.

Estos ataques no son nuevos. Constituyen una querrela antigua que surge de cuando en cuando con diferenciales caracteres que las circunstancias y el lugar imponen.

La crítica, sin embargo, es un género literario tan legítimo y duradero como la poesía, la historia y la didáctica. El que en la actualidad haya censores medianos en el mundo en nada justifica el parecer de los de los denigradores. Todas las literaturas cuentan ó contaron con censores cuyos escritos nos dejaron al juzgar verdaderas obras de arte. Paúl de Saint-Victor, en Francia, fué un verdadero artista en sus juicios. Taine, además de ser filósofo, lo fué igualmente antes de que escribiera sus libros de viaje y sus magníficos *Orígenes de la Francia contemporánea*. La *Historia de la poesía lírica en España*, de nuestro gran Menéndez Pelayo, es también una obra artística, y en realidad de ver-

dad puede afirmarse que la ausencia de sentimiento artístico imposibilita el ejercicio de la crítica ó la hace estéril é insoportable. Una facultad amplia de comprensión con escasas facultades para asimilarse y hacer comunicativo al lector el arte ajeno, basta también en ocasiones para justificar al crítico. Es el caso en la literatura contemporánea francesa de dos escritores notables, Faguet y Brunnetière, sobre todo del primero. Para Brunnetière, hombre de saber intenso, hasta las ideas abstractas eran cosa tangible y poética. El estilo oratorio de sus escritos alcanza muchas veces la elocuencia de los grandes maestros. Fué el adversario más temido de Zola en los tiempos en que el gran novelista gozó de popularidad mayor.

A Sainte-Beuve, que fué el genio de la crítica en el siglo XIX, y que probablemente seguirá siéndolo en los sucesivos, se le acusa de envidioso, porque no reconoció ni confesó la grandeza de Balzac, la de Michelet ni la de algún otro glorioso contemporáneo suyo. Nadie está exento de pasiones bajas, ni siquiera los espíritus más altos y relevantes; y en realidad, la palabra envidia parece demasiado fuerte aplicada al hombre que escribió las admirables *Causeries du lundi*, los *Retratos literarios* y, sobre todo, la magna *Historia de Port Royal*, que Brunnetière considera como una de las obras capitales del siglo XIX.

Las naciones huérfanas de censores aptos muestran con ello una decadencia notoria. La opinión necesita directores que la encaminen, derriben los falsos ídolos y establezcan las ca-

tegorías con arreglo á equidad y justicia. La voz del pueblo no es precisamente voz del cielo cuando se trata de la justa estimación de las obras del espíritu.

La crítica es un don. Exige facultades tan especiales como las que un artista creador necesita. «Cuando M. Taine—dice Zola—estudia el genio de Balzac, ejecuta la misma labor mental que el propio Balzac realizara al estudiar, por ejemplo, las aventuras de Grandet y Gorist; el primero aplica sus facultades al escritor para conocer sus obras; el segundo las encamina á un personaje para conocer sus actos.» En la crítica de arte acontece idéntico fenómeno: al hablar de un cuadro ó de una estatua, el crítico se deja llevar de las mismas emociones que el pintor ó el escultor experimentaron ante sus modelos. Cuando Paúl de Saint-Victor escribió su estudio sobre la *Coronación de la Virgen*, de Fra Angélico, sintió latir en su alma el alma ingenua del dominicano de Fiéssole. El verdadero crítico debiera proferir expresiones sublimes ante un paisaje de Claudio de Lorena, Ruysdael ó Corot, de la propia suerte que Rousseau, Chateaubriand y Lamartine las proferieron ante el espectáculo maravilloso de la madre Naturaleza.

Así se explica un ilustre crítico de arte, cuyas doctrinas se acomodan á los escritos en que las formula, el cual, sin embargo, reconoce con los clásicos que «al juzgar á los demás el hombre suele engañarse é incurrir en errores lamentables».

C. R. SALAMERO

EN HONOR DEL PINTOR LA TOUR



Autorretrato de La Tour

En París acaba de crearse la «Sociedad de los amigos de La Tour». Como se sabe, Mauricio Quintín La Tour fué un pintor francés famoso por sus retratos al pastel, que floreció en el siglo XVIII. En San Quintín, su pueblo natal, fundó una escuela de dibujo. También había en San Quintín un Museo La Tour, muy venido á menos. La «Sociedad de los amigos de La Tour», bajo la presidencia y patronato del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes y de M. David Weill, anuncia para el 25 de Mayo, en París, Galería Champentier, rue Faubourg Saint Honoré, una Exposición que comprenderá las obras maestras de los pastelistas franceses del los siglos XVII y XVIII, á beneficio de la reinstalación del Museo La Tour, en San Quintín, y de la Escuela de dibujo fundada por La Tour. Gracias al desprendimiento de los coleccionistas, el público podrá admirar muchas obras maestras que hasta ahora le eran desconocidas.

Ya que aquí tenemos la benemérita «Sociedad de amigos del arte», en general, sería loable y de utilidad artística la fundación de alguna otra amistad colectiva, en particular, hacia alguno de nuestros pintores famosos, ó menos famosos y dignos de ser mejor conocidos.

NUEVO MUNDO

es actualmente, merced á las recientes mejoras iniciadas en la gran Revista, la Revista española que por menos precio da más páginas y mejor contenido

En su número de ayer — que consta de más de **cincuenta** páginas, impresas, en gran parte, en rotograbado—publica

NUEVO MUNDO

una serie interesantísima de originales literarios é informaciones de actualidad

FRANCISCO VILLAESPESA,
el gran poeta, alejado durante mucho tiempo de las Revistas españolas, publica en este número el bellissimo poema
A N D A L U C I A

Y escritores y periodistas tan prestigiosos como

Luis Bello, Antonio Zozaya, Alfonso Hernández Catá, Alfonso Vidal y Planas, José Francés, Ramón Gómez de la Serna, Lorenzo Roldán, Eduardo M. del Portillo, Estévez-Ortega, José Montero Alonso, Julio Romano, Alvaro Real, López Muñoz, Carmona Victorio y otros, publican

Cuentos, Crónicas, Versos, Entreviús, Informaciones
La actualidad española

El interesante momento deportivo nacional

Páginas de «K-Hito», Caricaturas y Pasatiempos

Cincuenta céntimos el ejemplar en toda España

VIAJES POR ESPAÑA

MURCIA, LA CIUDAD QUE DESPIERTA

RECIENTEMENTE hemos tenido ocasión de pasar una temporada en Murcia, la ciudad populosa y rica, cuya poderosa vitalidad y riqueza son motivo de legítimo orgullo para todos los españoles. Nuestra visita no podía haberse hecho con mejor oportunidad. Fecha de Semana Santa; grandes fiestas; coronación de la Virgen de la Fuensanta, venerada patrona murciana; acontecimientos taurinos y deportivos. Animación, bullicio, alegría.

El programa anunciado no sólo no defraudó el interés del público, sino que logró superarlo con creces. Los diversos actos celebrados revistieron extraordinaria brillantez y solemnidad, desde las famosas procesiones de Semana Santa, en las que las maravillosas imágenes de Salcillo ponen su insuperable matiz artístico, hasta el grandioso acto de la coronación de la Patrona, al que concurrieron los más elevados dignatarios de la Iglesia, así como S. A. el Infante D. Fernando, en representación de la Familia Real, y el ministro de Hacienda, en la del Gobierno.

Pero el viajero curioso ha podido ver algo más que el continuado desfile de festejos; ha podido enterarse de algo que es también digno de conocerse y divulgarse, porque representa un ejemplo verdaderamente notable y digno de ser imitado. Nos referimos al resurgimiento administrativo que se advierte en la simpática ciudad y en su provincia, y que es obra de los hombres que hoy rigen los destinos en sus corporaciones oficiales.

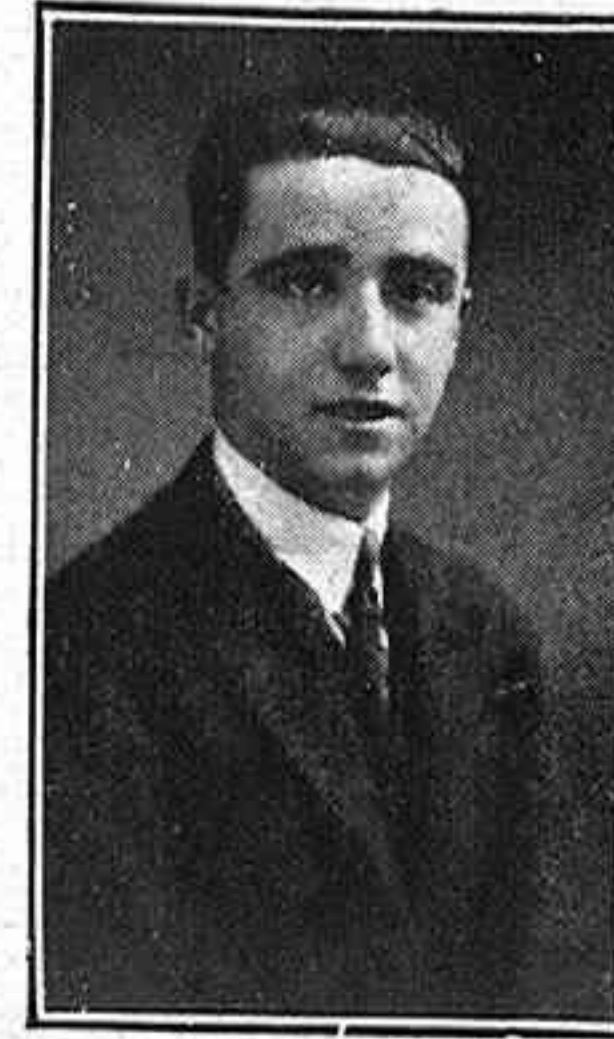
Bien conocido era, por desgracia, el estado de



DON JUAN ANTONIO L. SANCHEZ-SOLIS
Ilustre abogado y concejal del Ayuntamiento



DON FRANCISCO MARTINEZ GARCIA
Alcalde-Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Murcia



DON EVARISTO PEREZ CANOVAS
Presidente de la Comisión Municipal de Festejos

lamentable abandono en que se hallaban los servicios urbanos de la capital. La gran importancia de ésta hacía que se echasen de menos con mayor resalte. Pues bien: el Ayuntamiento actual, á cuyo frente se halla el prestigioso alcalde D. Francisco Martínez García, cultísimo periodista, director del diario *La Verdad*, ha emprendido la decisiva labor de dotar á Murcia de aquellos necesarios servicios que de muchísimo tiempo atrás debieran estar implantados; tales como el de abastecimiento de aguas y alcantarillado, pavimentación, mercados de ganados y de abastos, etc.

La urgencia, ya inaplazable, de acometer estas y algunas otras obras de importancia también, ha impuesto una limitación forzosa al programa, á fin de asegurar su realización dentro de un factible desenvolvimiento económico.

Lo fundamental, lo primario, lo que reclamaba con apremio la vida de la ciudad—abasteci-

miento de aguas, alcantarillado, reforma de la pavimentación y otras obras imprescindibles, como la de los Mercados, la reforma del Palacio de Justicia y el Consistorial—es lo que se está ya llevando á cabo. Para ello, el alcalde, señor Martínez García; los concejales todos, y en particular los que forman parte de la Comisión especial de Reformas urbanas, Sres. López Sánchez-Solís (D. Juan Antonio) y Fernández de Velasco (D. Recaredo), han trabajado sin descanso, logrando obtener un empréstito de cerca de diez millones de pesetas del Banco de Crédito Local de España. Los estudios y proyectos que han servido de base á dicho plan de obras se deben al benemérito

industrial murciano D. Bartolomé Bernal, gran amante de su tierra, á la que dedica sus constantes desvelos.

La transformación de la ciudad empieza plenamente. Pudiéramos decir que ha empezado ya, pues alguna de aquellas obras está casi terminada; pero el conjunto de ella acaba de salir á concurso. Dentro de poco, en un plazo muy breve, Murcia, la quinta capital de España, podrá presumir, en justicia, de tener atendidos cumplidamente todos sus deberes de gran urbe, con los que han de realizarse notoriamente sus bellezas y de ganar en grado sumo su tráfico y su vida toda.

Y el pueblo murciano guardará eternamente un recuerdo de gratitud para aquellos hombres que, en un período relativamente breve, consiguieron dar cima á las aspiraciones sentidas desde hace tantísimo tiempo y que siempre permanecían insatisfechas.—F.

UNA JOYA ESPLÉNDIDA LA CORONA DE LA VIRGEN

La Unión Mercantil é Industrial

EL suceso extraordinario, el epílogo grandioso que han tenido este año las fiestas murcianas, ha sido—ya lo decimos—la coronación de la Virgen de la Fuensanta.

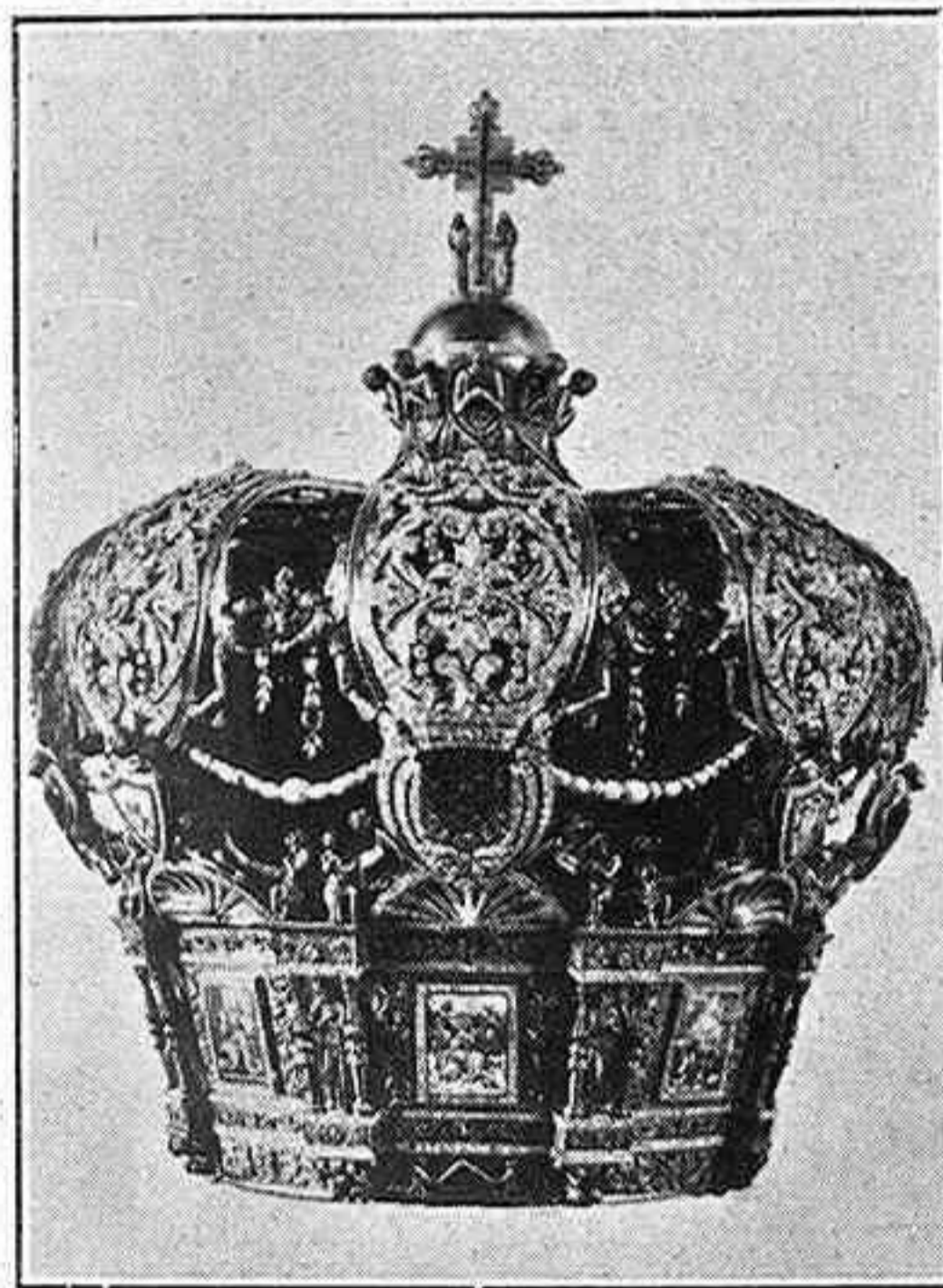
La corona regalada á la excelsa Patrona—costeada por suscripción popular—ha sido, en verdad, una joya espléndida, una maravillosa obra de orfebrería que á su gran valor material (unas 250.000 pesetas) une la circunstancia de tener una altí-

sima calidad artística. Ha sido la admiración de todo el mundo.

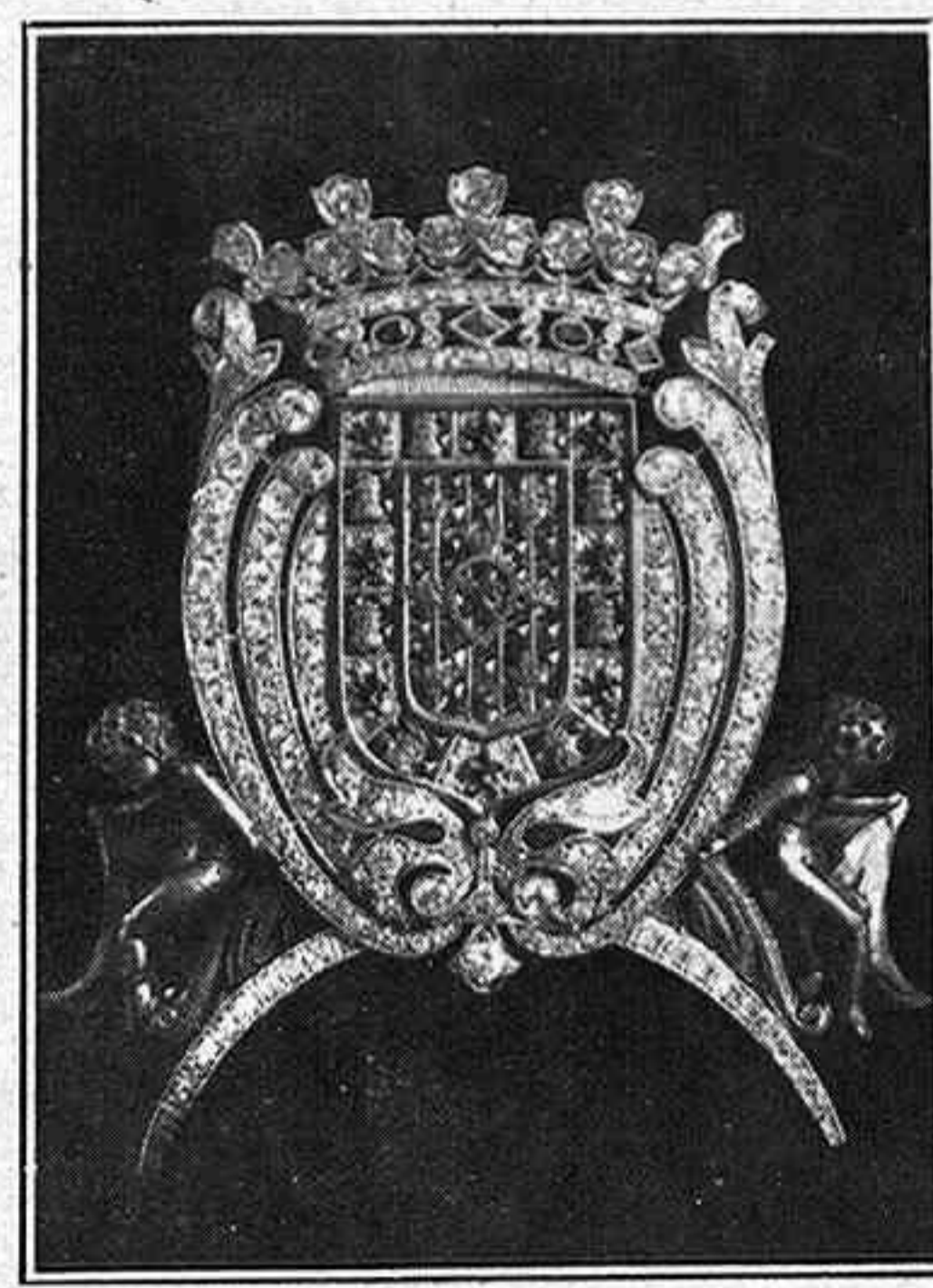
Lleva la rica corona cinco kilos de oro y platino, y en ella figuran cerca de dos mil brillantes, tres mil quinientas rosas y otras muchas piedras preciosas de diversa clasificación.

Juntamente con ella se hizo otra corona, pequeña, para el Niño Jesús, que también es valiosa en alto grado, como puede suponerse, pues contiene unas 1.800 piedras preciosas—de ellas 400 brillantes y más de mil rosas.

La maravillosa obra—cuya construcción fué adjudicada, previo concurso—ha sido ejecutada



Magnífica corona regalada á la Virgen de la Fuensanta y construída por el joyero D. Antonio Heranz



Valioso y artístico escudo de brillantes que figura en la corona y ha sido costeado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Murcia

por un prestigioso orfebre de bien ganada reputación, el señor D. Antonio Heranz, establecido en esta Corte—calle de Preciados, núm. 9—, cuyo solo nombre era ya una garantía de depurado gusto, de probidad y de éxito.

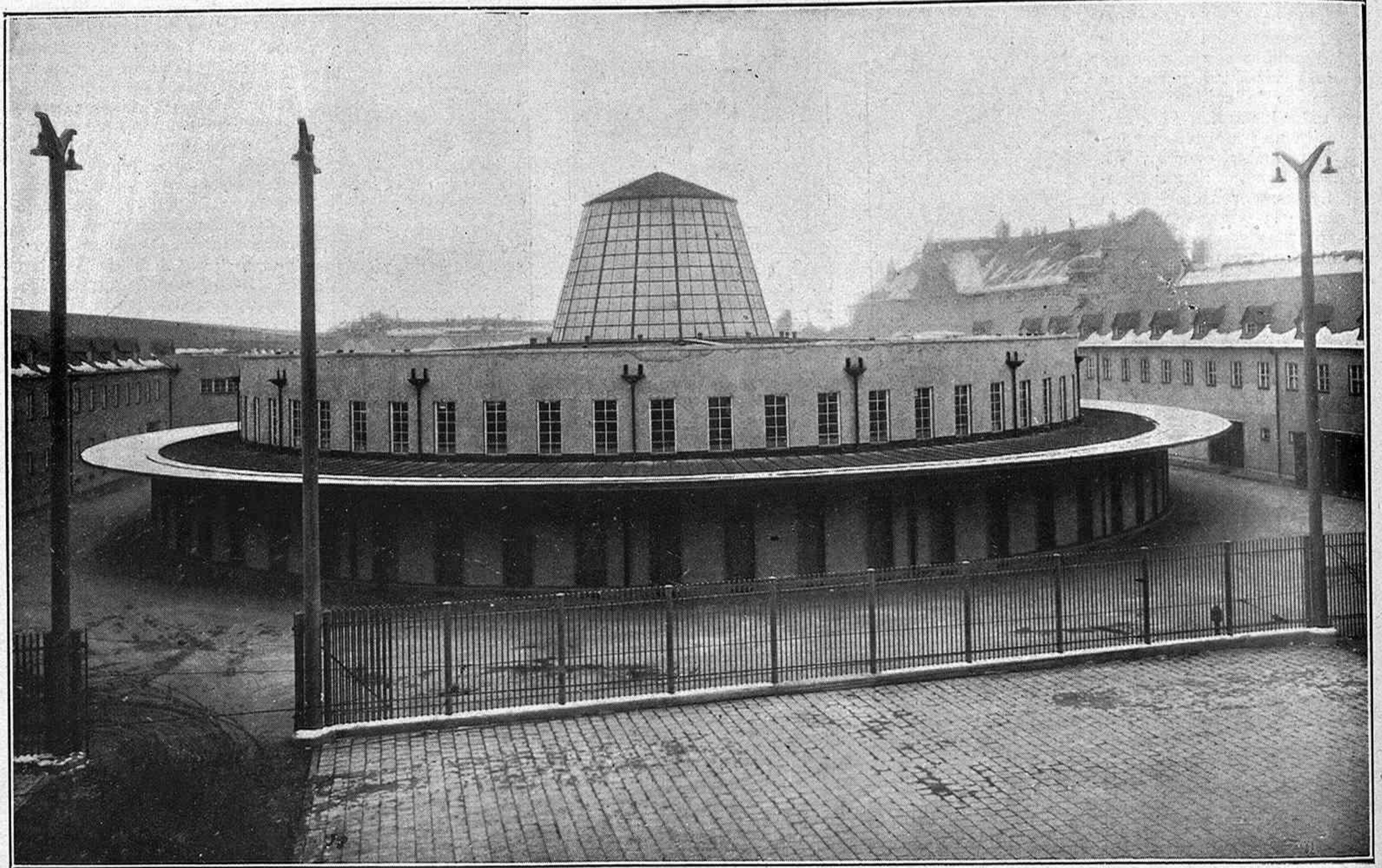
El señor Heranz, que tan sólido renombre ha conquistado en sus innumerables trabajos de esta índole, no sólo entre los profesionales de la joyería, sino en el gran público, ha sabido añadir una brillante página á su historia artística que le ha valido general admiración y aplauso y sirve para continuar dignamente la gloriosa tradición de la orfebrería española.

LA vida comercial murciana cuenta como una de sus principales manifestaciones sociales con esta importante entidad denominada «Unión Mercantil é Industrial», cuya fundación data de hace unos quince años, durante los cuales ha sabido realizar una merítisima gestión en defensa de los intereses de sus asociados, de Murcia entera y de los de la nación en general, pues no se ha planteado en España problema de algún interés económico, sin que este vital organismo haya aportado á su solución las colaboraciones que estimaba oportunas, llegando á alcanzar triunfos tan memorables como el de ver aceptadas é implantadas por el Gobierno iniciativas y propuestas suyas de interés nacional. Tal sucedió con la creación del Consejo Ferroviario y del papel de la llamada «Deuda ferroviaria», ideas—hoy en provechosa cristalización—por las que el Gobierno hubo de felicitar á la «Unión Mercantil» murciana.

Siguiendo las acertadas orientaciones que imprimió á esta entidad su antiguo presidente, el ilustre D. Fernando Delmás—que abandonó su cargo, requerido para ocupar la Alcaldía—, el actual presidente, D. José Lorca Tortosa, prestigiosa personalidad, y sus compañeros D. José Bernal (secretario), D. Matías González, D. Antonio Pintado, D. Federico González, D. Fernando García Nieto y otros importantes industriales, que son sus valiosos colaboradores, han conseguido proseguir la brillante actuación que tanta preponderancia dió á esta sociedad, y está dando gran impulso á la organización gremial, entre la que se destacan, por su pujanza, los gremios de alcoholes y ultramarinos.

La Oficina Contencioso-administrativa, que tan inestimables servicios viene prestando á la «Unión Mercantil», es su mejor galardón, y por sí sola bastaría para llenar los fines principales de la sociedad, pues su gran experiencia jurídica, su organización y su competencia constituyen el mejor elemento de defensa para la vida comercial.

UNA CURIOSA INNOVACIÓN POSTAL



GANAR tiempo es el imperativo ineludible de la época presente, en la que, por exigencias de la vida moderna, ha de hacerse todo muy de prisa, y además, muy bien. El sistema de carga en los autocamiones postales por el procedimiento actual es relativamente lento, y exige numerosos auxiliares. De ahí que la administración alemana de correos, una de las mejor organizadas del mundo, haya venido estudiando desde hace tiempo el establecimiento en las principales ciudades del *Reich* de

un departamento que, por su construcción especial, permita realizar las operaciones de carga y descarga de las sacas de correspondencia en brevísimo tiempo, con el personal más reducido, y en el mayor número posible de vehículos, simultáneamente. Este problema parece haberse resuelto en la Central de Correos de Munich, mediante el original cargadero circular que muestra la fotografía adjunta, y en el que pueden ser abastecidos ó descargados al mismo tiempo sesenta autocamiones postales.

Cooperativa de la Asociación de la Prensa

M A D R I D

Grandes establecimientos de ultramarinos en la calle de la Libertad, 13, y Goya, 9 (esquina á Serrano)

GÉNEROS DEL PAÍS Y DEL EXTRANJERO

EMBUTIDOS - CONSERVAS - QUESOS - MANTECAS - POSTRES

VINOS DE LAS PRINCIPALES MARCAS

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Todo comprador tiene un descuento de cuatro por ciento